



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología
Carrera de Antropología

Identidad y Territorio: La experiencia en la Isla Santa María



MEMORIA PARA OPTAR AL TITULO DE ANTROPOLOGO

Walter A. Imilan Ojeda

Profesor Guía: Daniel Quiroz L.

JUNIO 2002

Introducción	Página	1
a. itinerario		4
Parte I: Plan de lectura		6
Capítulo 1: El campo de fuerzas		7
1.1. La sensibilidad posmoderna		7
1.2. Flexibilidad y circulación		16
1.2.a. El nuevo capitalismo		16
1.2.b. El encañonamiento de Perry: globalizar o desaparecer		24
1.3. Redes y flujos		30
Capítulo 2: Espacio e identidad		36
2.1. La curvatura del espacio		36
2.2. La representación del espacio		45
2.3. Identidad y viajes		52
Parte II: La Isla		60
Capítulo 3: El territorio		61
3.1. Viaje		61
3.2. Asentamientos		67
3.3. Actividades		81
Capítulo 4: La identidad		93
4.1. Diferencias		93
4.2. Memoria		103
4.3. Encuentros		109
Conclusión		124
Bibliografía		136

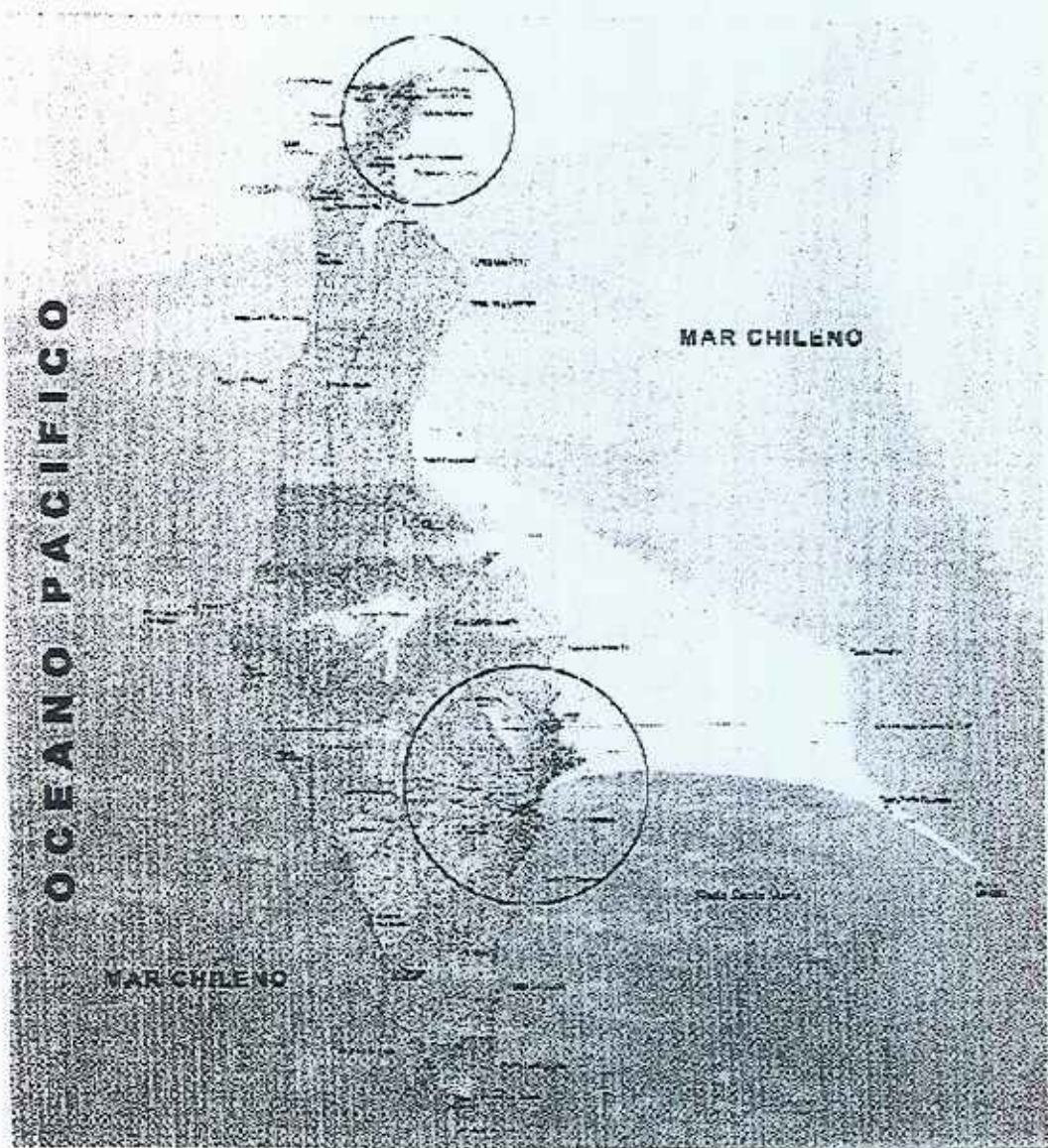


Fig 1. Mapa de la Isla Santa María. Destacan en círculos sus dos asentamientos.

Figura portada: Dibujo holandés. Isla Santa María visitada por la expedición de J. Van Spilbergen en 1614.
En Dibam, *Chile a la Vista; Navegantes holandeses del Siglo XVII*, Catálogo de Museo Nacional, Santiago, 2000

Agradecimientos a:

Proyecto Fondecyt 1990027 'Estrategias adaptativas en sistemas culturales insulares del litoral higromórfico chileno' y a su director Daniel Quiróz L. que hizo posible el desarrollo de esta tesis.
Patricia Carrillo, Pamela Muñoz, Mis compañeros de aventura antropológica (Francisco A., Alejandro G., Consuelo H., Yuri J., Nicolás R., Antonio R., Soledad S., Carlos L. y Héctor M.), Mi grata familia y a Alejandra S..

INDICE DE FIGURAS

N°		Página
1	Mapa de la Isla Santa María	ii
2	Recolección de <i>pelillo</i> en Puerto Sur	6
3	Adela Plaza preparando un congrio, Puerto Sur.	35
4	Sector "Las Dolores", costa Oeste de la Isla Santa María	51
5	Plata central de Puerto Sur con faenas de construcción de rampa, Enero 2001.	59
6	Muelle de Puerto Sur	60
7	Plano de Puerto Sur	66
8	Plano de Puerto Norte	75
9	Familia isleña con visitas de verano, Caleta Macaya, Puerto Norte	89
10	Grupo de buzos en Caleta Inglés, Puerto Norte	89
11	Resumen de diferencias internas	99
12	Subida al sector de <i>arriba</i> , Puerto Sur	102
13	Cementerio viejo de Puerto Sur	105
14	Recolección de <i>pelillo</i> al amanecer en la Playa de Puerto Sur	118
15	Foto aérea de la Isla, sector Sur	135

Fotografías y dibujo de planos: Walter A. Imilan O.

RESUMEN

El presente trabajo es una aproximación al vínculo entre territorio e identidad de la comunidad que habita la Isla Santa María, Región del Bío-Bío. Dicha exploración se desarrolla a partir de la revisión conceptual de ciertos procesos que actualmente impactarían a estas dos nociones, y que nos convoca a revisar la construcción de nuevos vínculos entre ellos.

La población de la Isla está compuesta por pescadores y mariscadores, pese a ser una comunidad pequeña, señalamos que ella es partícipe de las dinámicas culturales de la época contemporánea. Como consecuencia, sus procesos de formación de identidad conjugan elementos locales como extra-locales, y es a partir de esta dinámica particular, que la comunidad redefine un territorio que permita construir su lugar de identidad.

INTRODUCCION

La intención de hablar sobre un *lugar*, la experiencia de ubicarse en un espacio y en un tiempo particular, se detiene una y otra vez en la fascinación de los flujos, en la circulación y aceleración de los acontecimientos y de los mensajes sin domicilio conocido. La idea de ser habitante/espectador de la aldea catódica que cada día se yergue en nuestra presencia, nos inmoviliza en la búsqueda de un *lugar* particular desde donde pensarnos a nosotros mismos y al mundo, hasta parecemos innecesaria dicha exploración.

El *lugar* de nuestra intención aparece, a propósito de nuestra porfía, como un dibujo en carboncillo; cuando afinamos la vista surgen los trazos discontinuos, con demasiados intersticios sin ennegrecer y que frente al mínimo soplado arriesgamos el deslizamiento del polvo residual de la superficie, desdibujando o redibujando nuevas formas. Entonces, se hace evidente la confusión frente a su fragilidad.

La técnica prodigiosa de nuestra época diluye las distancias en virtud de la mayor velocidad y aceleración - el verdadero prodigio de la técnica contemporánea - que elimina el diferencial de tiempo que permitía a la experiencia cotidiana significar un desplazamiento por el espacio. Prodigios técnicos que ha acorralado a los tiempos y espacios distintos hasta fundirlos en un infinito aquí y ahora (*esto sucede en estos momentos, frente a nuestros propios ojos*).

Esta dinámica es presentada como hegemónica en la época actual, impactando en la experiencia cotidiana de los sujetos para ordenar de una forma particular los materiales con los que construye su identidad vinculada a un territorio. No obstante, la posmodernidad nos dispone a la combinación de lógicas, tradiciones y experiencias, en consecuencia, para aproximarnos a esta experiencia subjetiva deberíamos redefinir la noción de *lugar*, explorar una que establezca novedosas formas de relacionar los materiales, y de paso reedifique una idea de territorio en la formación de identidades. La experiencia de esta tesis dice relación con la identificación y desentrañamiento de esta noción de *lugar*.

Una primera observación respecto a lo anterior plantea la idea de una contemporaneidad avanzada, en cuanto las diversas culturas y sociedades son puestas en copresencia, afirmando la participación de toda la diversidad humana en un mismo horizonte temporal. El espacio, a su vez, también se sitúa en este horizonte indiferenciado, lo cual pone en crisis sus posibilidades de significación distintiva para desarrollar sentidos de pertenencia. Bajo este supuesto; ¿Vale la pena entonces, insistir en la búsqueda de un *lugar* que nos permita plantear el problema de la identidad colectiva aferrada a una comunidad temporal y territorial? ✓

* En efecto, el problema se remite inevitablemente a re-espacilizar la identidad, dar un nuevo giro a la relación entre ésta y el territorio. Para ello, creemos necesario someter a revisión las diversas fuerzas que ejerce la cultura contemporánea, expresadas en dinámicas económicas y sociales, y como ellas estarían definiendo imaginarios del tiempo/espacio y la construcción de territorios. En advertencia de este escenario resultante, el presente trabajo se plantea abordar la experiencia de la comunidad de la Isla Santa María como una forma de territorializar nuestras preguntas. En efecto, al enunciar nuestro objeto de estudio referido a un espacio particular, estamos haciendo una apuesta por el vínculo entre el territorio isleño y la identidad de la comunidad que lo habita. La hipótesis que subyace a esta afirmación es que la Isla - como espacio físico, material, conceptual y de ejercicio de prácticas - es el *lugar* donde se definen los procesos de formación de identidad y de sentidos de pertenencia, en cuanto es residido por un grupo social que comparte un espacio/tiempo. Este lugar le permite al isleño anclar su experiencia identitaria en el ámbito de lo local y ponerlo en relación con lo extra-local. }

La Isla Santa María se ubica en el Golfo de Arauco, a veintidós millas náuticas de Lota (74°30' Longitud Oeste, 37° Latitud Sur). Su población bordea las dos mil quinientas personas que se distribuyen en dos caletas de pescadores. Al ser una pequeña comunidad, ¿por qué preocuparse de ella: una pequeña Isla?, ¿Cuánto puede aportar su estudio en comprender las nuevas reedificaciones del *lugar*?, ¿No sería más pertinente centrarse en el estudio de las grandes ciudades, los verdaderos epicentros de las transformaciones y fenómenos actuales?. La elección de la Isla para buscar respuestas sobre los vínculos entre territorio e identidad responde a un doble interés; uno de tipo metodológico y otro de orden teórico.

En primer término, se refiere a un guiño a la tradición antropológica, el cual rezaba; cada cultura en su isla. Tal como presenta la antropología clásica la relación entre cultura y territorio. Es el sueño del analista de encontrarse con la unidad cultural, con fronteras tan claras como los acantilados y el mar. Aquí, el lugar y la identidad son inequívocos, las fronteras de su particularidad se encuentran dadas de manera ecológica, de forma natural; mares, ríos, desiertos o montañas. No obstante, también hay otra idea compartida desde el análisis clásico hasta nuestros días, el precepto que la Isla se presenta como una sociedad a escala, con una complejidad de menor densidad en relación, por ejemplo, a la ciudad contemporánea. Por ello centrar la mirada en ella podría identificar con relativa nitidez fenómenos y sus relaciones.

o
h / En segundo término, para poner en movimiento nuestra hipótesis general, nos planteamos desafiar el pregón de la desaparición del *lugar*. La reducción de alteridad, como consecuencia de la copresencia a la que la cultura contemporánea dispone, nos advierte que el lugar en que se desarrolla la cultura ya no es un *lugar* referido a un espacio/tiempo particular, sino a uno de tipo global, y por lo tanto, el horizonte territorial de la cultura pierde sentido en cuanto objeto de estudio para comprender los procesos identitarios. La persistencia en la relevancia del territorio local, es referir a la particularidad de un *lugar* en que la comunidad isleña se piensa y puede ser pensada. Estas son las dos fuentes que entran en diálogo para identificar estrategias para configurar la dimensión territorial de la identidad.

No obstante, ambas dimensiones en la elección de la isla como objeto de estudio, sólo nos auxilian para iniciar este trabajo. Por una parte no podríamos desconocer la crítica revisionista a la que ha sido sometida la antropología clásica en su búsqueda de sociedades simples y claramente delimitadas, más que por haber situado su mirada sobre ellas, por su propio ejercicio de simplificar. La idea de 'sociedad a escala' intenta resguardar el análisis de los arranques simplificadores.

o
h / Por otra parte, la instalación del discurso de la globalización, como fenómeno que escenifica las actuales transformaciones culturales, ha emergido en debates que han impugnado la

presunta homogeneidad resultante de su proceso. Este discurso, en su versión triunfalista, se refiere también a una explicación universal y simple del mundo que poco aporta a la comprensión de una realidad que se niega a ser reducida a mera repetición de lo mismo. A su vez, también se plantean argumentaciones que desdeñan la participación en estos procesos por parte de pequeñas comunidades de base local. Más que despreciar una y abrazar otra, debemos advertir que entre las nociones de lo local y lo global se cobijan una serie de tensiones en las que necesariamente hay que indagar.

En efecto, el doble interés aludido identifica los parámetros de entrada a nuestro problema, sin embargo, dejamos deslizar que la exploración por el *lugar* isleño tratará de dar con los intersticios de estos parámetros, de sus límites y posibilidades.

a. itinerario

En las últimas décadas del siglo pasado se identifica la emergencia de una serie de nuevos fenómenos. Harvey¹ afirma que en dicho momento estaríamos en presencia de una mutación en la cultura. Durante este período se identifica la existencia de una cierta conexión en la aparición de tres fenómenos; el surgimiento de formas culturales posmodernas, la emergencia de modos más flexibles de acumulación del capital y nuevas formas de reorganizar el espacio/tiempo. Lo que nos plantea este autor es una relación convergente de estos movimientos que darían cuenta del establecimiento de un cambio cultural. Asumiendo esta primera definición de escenario en el capítulo 1 nos planteamos revistar estas transformaciones en cuanto nos permita identificar el *campo de fuerzas* desde donde se debería plantear la construcción de un *lugar*. Es así como intentaremos fijar algunas características de la condición posmoderna de la cultura, señalar los principales impactos del capitalismo tardío, presentar las tensiones que se desprenden de la idea de globalización y reseñar las transformaciones en la experiencia del tiempo y espacio.

¹ D. Harvey, *La Condición de la Posmodernidad*, Amorrortu, Madrid, 2000.

En el capítulo 2 nos planteamos discutir la relación entre el espacio y la identidad, para ello aventuramos una noción del binomio tiempo/espacio, nos planteamos cómo representar el espacio a partir de sus prácticas y, finalmente presentamos, una moción para espacializar la cultura, para comprender la relación irreductible entre el espacio y la cultura.

El desarrollo de estos dos capítulos agrupados en la primera parte, compone el plan de lectura para nuestro problema, a partir de ellos nos proponemos enunciar preguntas específicas para nuestro viaje a la Isla Santa María y desarrollar conceptos que permitan, justamente interpretar la edificación de un *lugar* isleño.

El Capítulo 3 agrupa tres relatos que intentan caracterizar el territorio de la Isla, a través de la historia de sus asentamientos y de las actividades que se practican en él. En el capítulo 4 desarrollamos algunos elementos que, a nuestro juicio, dan cuenta de los procesos identitarios de la comunidad isleña, en función con la construcción de lo local y su relación con lo extra-local.

Estos capítulos, agrupados en la segunda parte, se inscriben dentro del amplio campo de la etnografía. Podríamos llevar a cabo un resumen acerca de la discusión que rodea actualmente el estatuto epistemológico de la práctica etnográfica, cuestiones que no son ajenos a este trabajo, no obstante, pretendemos ir tomando partido respecto a ellas en la medida que se despliegue nuestra propia práctica de descripción y análisis. Sobre estos capítulos y su pretensión etnográfica, y a modo de precaución del autor, sólo prevenimos de la cualidad de segunda mano de nuestro método; del trabajo de revestir con evidencias dichos ajenos y de conjurar fragmentos presenciados en disímiles campañas de trabajo de campo.

Finalmente, en las conclusiones intentaremos conectar y vincular los materiales que se han expuesto, de forma que la presente investigación logre articular una tesis sobre el territorio y la identidad en la comunidad de la Isla Santa María, a su vez que entregue elementos para identificar la dinámica de estos procesos en el ámbito de la cultura contemporánea en general.



Fig. 2. Recolección de *pelillo* en Puerto Sur, Isla Santa María.

CAPITULO 1: El campo de fuerzas

Actualmente existe el pleno consenso sobre la experimentación en las últimas décadas de cambios fundamentales en las esferas de la cultura, la sociedad y la economía. Estas transformaciones son posibles de leer a través de una serie de fenómenos; en el caso de la sociedad, la preeminencia de un nuevo paradigma tecnológico estaría repercutiendo sobre nuevas formas de organizar el trabajo; en lo económico, la mayor flexibilidad del capital dotaría de particulares bríos a la globalización capitalista; y en lo cultural, estaríamos en presencia de una ruptura en el patrón de producción cultural moderno. En este capítulo nos planteamos delinear estos procesos, en cuanto nos permitan identificar el actual campo de fuerzas sobre el cual se desarrolla la experiencia social en general, y que constituye el escenario sobre el cual se despliegan los procesos identitarios y reedifica nuevas nociones de territorios.

1.1. La sensibilidad posmoderna

Para iniciar el desarrollo de nuestro plan de lectura, identificaremos la sensibilidad epocal que se presenta en la actualidad. La sensibilidad epocal la podemos definir como un particular 'espíritu' que marca el nacimiento y desarrollo de valoraciones, prácticas, normas, experiencias, instituciones, etc., como causa y efecto de dinámicas y fenómenos culturales. La posmodernidad la entenderemos en este sentido, como un tipo de sensibilidad que se despliega en la contemporaneidad.

La condición de la posmodernidad ha sido un campo de amplia discusión por parte de la reflexión filosófica y social de los últimos años. Por ello nos planteamos, más que una revisión

exhaustiva sobre el debate, dejar planteados algunos materiales pertinentes para los objetivos de la presente tesis.

Nuestra primera inquietud sobre la noción de posmodernidad es guiada por la pregunta de si su accionar representa un quiebre, una superación o un desplazamiento del itinerario cultural fijado por la modernidad¹.

Dispongamos dos observaciones a este respecto. En primer término, N. Garcia C.² define que el proyecto de la modernidad se expresa a partir del desarrollo de cuatro movimientos, a saber, movimientos de renovación, expansión, democratización y emancipación³. Si bien, en las últimas décadas del siglo XX, se identifica un agotamiento de determinadas formas y la emergencia de otras en el desarrollo de estos movimientos, no sería justo plantear una ruptura con el espíritu de la modernidad, ya que éste, que contiene el movimiento y la aceleración como elemento constitutivo, efectivamente ha permitido - por ejemplo - una exacerbación del individuo, un paso de la internacionalización a una globalización y un aumento en la reflexividad social, todos elementos que expresan el desarrollo de los movimientos, manteniéndose en la coherencia del itinerario pensado por la modernidad.

Sin embargo, esta transformación, que sugiere una aceleración en el desarrollo de los movimientos, no refiere tampoco a una superación de la modernidad. Precisamente, estos desarrollos se enmarcan en un proceso discontinuo y no del todo homogéneo, la experiencia cultural de la modernidad ha estado lejos de ser uniforme; tal como sucede en ciudades

¹ La calidad de un concepto se mide en función de su capacidad de discriminar, de distinguir e identificar un determinado fenómeno. El concepto de posmodernidad presentaría una cierta capacidad discriminatoria para plantear la idea de cambio en la sensibilidad cultural. No obstante, el surgimiento de un nuevo concepto siempre resulta problemático. Sistematizando la vieja discusión física respecto a si el movimiento surge o no de si mismo, Prigogine plantea; "¿se puede dar cuenta de la novedad sin reducirla a una simple apariencia?, ¿Se puede explicar el cambio sin negarlo, sin reducirlo al encadenamiento de lo mismo a lo mismo?"

² N. Garcia Canclini, *Culturas Híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijaldo, México, 1989.

³ *Idibem*, p.32. El movimiento moderno estaría compuesto por cuatro proyectos, a saber: Emancipador; entendido como la secularización de los campos culturales, producción autoexpansiva y autorregulada de las prácticas simbólicas. Expansivo; tendencia de extender el conocimiento y la posesión de la naturaleza, la producción, la circulación y el consumo de los bienes. Renovación; innovación de las relaciones entre naturaleza y sociedad y reformulación de los signos de distinción que el consumo masivo desgasta. Democratizador; difusión de la educación para el logro de una evolución racional y moral. Estos proyectos generan una serie de tensiones entre ellos, por lo cual siempre se mantienen en el horizonte de proyecto y en la dinámica de movimiento para establecer equilibrio entre ellos.

cosmopolitas donde interactúan comunidades radicalmente diversas en cuanto cultura o en la comparecencia de países que muestran dispares desarrollos entre los movimientos del proyecto⁴. La particularidad de la posmodernidad radica en la puesta en copresencia de estos dispares desarrollos. En estos términos, ésta ha permitido el reconocimiento de la heterogeneidad como expresión constitutiva de las dinámicas de la modernidad⁵. Por ello, la posmodernidad realiza un ejercicio de desplazamiento de la sensibilidad moderna: la abre hacia el desarrollo heterogéneo, discontinuo y múltiple.

Ahora bien, una segunda observación que permite identificar otros elementos de la sensibilidad posmoderna, la situamos en el ámbito de la producción cultural. En el divulgado estudio de F. Jameson⁶ sobre la estética en la modernidad, el crítico identifica, hacia fines de la década del sesenta, la emergencia de nuevos estilos que nos plantea un quiebre en relación a los cánones estéticos propios de la modernidad. Estos nuevos estilos se verían reflejados en las artes visuales desarrolladas por autores como Warhol y Duchamp, en la música por nombres como Cage o en la arquitectura de Pei y Gehry entre otros. No obstante, dentro de la convulsión provocada por la emergencia de estas nuevas producciones, cabe preguntarse respecto si éstas responden a una ruptura o cambio fundamental en la esfera de la producción cultural, lo que daría cuenta de la permanente innovación y renovación de estilos tan propios de la modernidad, o bien, identifican otro tipo de relación.

Exploremos una respuesta. Las generaciones de la última mitad del siglo XX inician una producción cultural considerando a los subversivos, transgresores, inmorales y antisociales artistas e intelectuales modernos como clásicos, en cuanto los movimientos modernos, en general, ya han sido canonizados e institucionalizados por la academia. Este suele ser el momento en que se sitúa el inicio de una nueva producción de tipo posmoderna, la cual se enfrenta a una actualidad donde ya no es posible la innovación trasgresora, llegando a su fin las llamadas vanguardias. Siguiendo a Jameson, la reacción de los artistas a este escenario de

⁴ Como acotación respecto a esto, cabe destacar que durante largo tiempo se comprendía la modernidad de un país en la medida que pudiera desarrollar una institucionalidad política de tipo democrática y un sistema económico capitalista. La emergencia de las llamadas "economías emergentes" del sudeste asiático a fines de 1970, encumbrados como ahora países modernos, es una expresión clara respecto a la condición de movimiento y de proyecto de la modernidad

⁵ N. García Canclini, *Imaginario urbano*, Eudeba, México, 1997.

⁶ F. Jameson, *El Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona, 1984.

clásicos modernos ya no posee la fuerza subversiva ni escandalizante que se podría arrogar como nueva vanguardia, pues su propia producción ya se encuentra institucionalizada, y por lo tanto, contempladas de antemano como posibilidades de discurso. Es así como los gestos de ruptura artísticos ya no son intervenciones eficaces en procesos sociales, sino más bien se constituyen sólo en ritos⁷. Este fenómeno daría cuenta, más que de un quiebre definitivo, de un desplazamiento en la función y significación social de la producción cultural.

A partir de estas dos observaciones respecto al carácter de la posmodernidad, podemos señalar que la sensibilidad contemporánea refiere, más allá de un quiebre o superación, a un desplazamiento de los elementos que caracterizan a la cultura moderna. La idea que presenta una supuesta superación del proyecto moderno, en cuanto se han acelerado sus movimientos, se enfrenta al desarrollo heterogéneo que evidencia las tensiones entre ellos en el ámbito local, lo cual dispone a un desplazamiento del itinerario moderno. La actual sensibilidad epocal se caracteriza por la copresencia heterogénea de tradiciones culturales que han desarrollado en forma diferenciada los movimientos. De esta manera se apela a una convergencia de fuerzas culturales de distintos orígenes y tradiciones puestas en copresencia, es lo que García C. identifica como *heterogeneidad multitemporal*.

A su vez, el quiebre del canon estético moderno en la producción cultural, nos sugiere más bien, un cambio en la *significación y función social* de la producción al establecer un estrecho vínculo con la esfera de producción del capitalismo tardío⁸. En efecto, la consolidación de las industrias culturales resitúa la producción cultural en un nuevo escenario vinculado al consumo de signos insertos en la cultura de masas.

Ahora bien, sobre estos elementos señalados de manera general que delinear el carácter de la sensibilidad posmoderna, continuaremos una revisión acerca de las transformaciones de los referentes que dotan de sentido en la experiencia posmoderna.

⁷ N. García Canclini, *op. cit.*, 1989, p. 44.

⁸ F. Jameson *op. cit.*

La mutación de algunos rasgos esenciales que definieron la modernidad se ha relacionado, en la clásica presentación de Lyotard⁹, como consecuencia del fin de los meta-relatos; sistemas omnicomprensivos que dotaban de un sentido histórico, con categorías morales y políticas claramente enunciadas, que otorgaban legitimidad al vínculo social. Estos meta-relatos se referían a las grandes epopeyas y héroes, a las épicas nacionales y a los sistemas teleológicos, en los cuales la Historia se constituía en una fuente para dotar de sentido a la pertenencia social del sujeto.

Como consecuencia del fin de estos sistemas nos encontramos con una creciente independencia de los sistemas sociales y de los sujetos, que al perder todo principio de legitimación basado en este orden totalizante, sus dinámicas quedan dispuestas a juegos de lenguaje, donde se buscarán nuevos principios de verdad, de bien-mal, de bello-feo, etc., no gozando ninguno de ellos de una legitimidad externa a sus propios enunciados.

Este nuevo escenario desprovisto de meta-discursos, y por lo tanto, de meta-referentes que actúen como legitimadores, abre las posibilidades a la coexistencia de lo heterogéneo, de lo diverso, donde cada expresión no responde a una orquestación externa, sino a las efímeras posibilidades de relaciones discretas que puedan establecer. En el caso de Lyotard, estas posibilidades se realizan en los juegos de lenguaje que establecen los sujetos, exacerbando de esta forma el principio de autonomía e independencia individual.

Tal imagen, que responde a un proceso de fragmentación, la encontramos en la música sinfónica de J. Cage, en la que cada instrumento de la orquesta interpreta su propia obra, donde las líneas melódicas de las secciones son independientes entre sí, dejando al auditor sumido en una serie de temas simultáneos que cuentan muchas 'historias' a la vez; imposibles de ser seguidas y comprendidas como partes funcionales de una sola obra. Al igual que en esta música, la sociedad se enfrentaría al extravío de su director de orquesta – entendido como el referente - entregando su dinámica a la exposición de fragmentos experimentados por los sujetos, imposibles de ensamblar en una sola Historia.

⁹ J. Lyotard, *La condición posmoderna*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1993.

Nos encontramos entonces, con una crisis de los referentes de legitimidad, principalmente de la Historia como principio de orden, en cuanto cuerpo coherente que interpreta un pasado, significa un presente y proyecta un futuro. Es el ordenamiento temporal, intrínseco a la Historia, el que entra en crisis. Este escenario da vida al paisaje más divulgado de la posmodernidad; el compuesto por la presencia caótica de expresiones culturales que se resisten a una significación inequívoca, que apelan a referentes de tradiciones diversas sin respetar un orden temporal (heterogeneidad multicultural). Jameson identificará una característica particular de la posmodernidad que se vincula con este nuevo fenómeno, que él denomina como una condición esquizofrénica de la cultura.

La idea de esquizofrenia se refiere a un quiebre en la categorización histórica. Tomada del desarrollo clínico de la esquizofrenia por parte de J. Lacan, el crítico norteamericano da cuenta de una simetría entre este desorden patológico de tipo psiquiátrico con la forma de entender la temporalidad en la posmodernidad.

Lacan, investigando la estructuración del lenguaje, identifica que la generación de sentido se produce en el encadenamiento sucesivo de significantes (la materialidad del lenguaje, lo enunciado). Es a partir del ligamiento de significantes, de la relación sintagmática de una serie de ellos, que se constituye un significado (un concepto). Esta idea refuta la noción lineal de generación de sentido que se encontraría entre un significante y un significado, afirmando que el significado surge en la relación entre significantes. La mente de un esquizofrénico quiebra esta cadena dejando a la deriva una serie de significantes sin relación entre ellos y por lo tanto sin la posibilidad de construir significados.

En el mismo sentido, si se entiende que la formación de la identidad personal requiere de una articulación temporal que permita identificar un pasado y un futuro en virtud del presente desde donde se realiza dicha operación, el trastorno de identidad del esquizofrénico es producto de esta incapacidad, en cuanto se enfrenta a una serie de acontecimientos dispersos, simultáneos y en su pura materialidad. Así mismo, el lenguaje (la frase como su expresión) tendría una función temporal, en cuanto la lectura progresiva de la frase cierra su círculo hermenéutico. En la medida que es posible articular los componentes de una frase de manera

temporal podemos entender su significado, así mismo en cuanto el sujeto es capaz de articular un pasado, presente y futuro, es capaz de dotar de significado a su experiencia biográfica.

La esquizofrenia, entonces, vendría a definir en parte la experiencia posmoderna; destemporalizada, de significaciones que no dan cuenta de una progresión temporal, significantes independientes los unos de los otros. Esta nueva operatoria posmoderna libera con fuerzas inéditas la circulación de significantes y significados.

Los postulados de Jameson y de Lyotard reafirman dos características de la posmodernidad estrechamente ligadas. La primera referida al desorden temporal, producto de la condición esquizofrénica de la cultura, y de la crisis de la Historia y de los metarelatos que sustentaban. La segunda característica se relaciona a la relocalización de los referentes generadores de sentido, que ya no son externos como resulta de las uniones entre significantes para la generación de significado y tal como se desprende de un *meta* relato.

Respecto a la característica de externalidad señalamos algunos elementos. El sentido para Jameson, en una situación 'normal', reside en las relaciones sintagmáticas de significantes, en los vínculos, en los inter-significantes. El sentido es externo a los significantes. Cuando la cadena que los sustenta se rompe, los significados pierden su cualidad externa a los significantes. A su vez, el meta-relato se ubicaba por sobre los distintos sistemas culturales; políticos, sociales y económicos, generando de esta forma un principio de orden externo a ellos. En consecuencia, el referente para la construcción de un sentido deviene en un recurso fragmentario.

Así por ejemplo, la representación de la realidad ya no tendrá a la misma realidad como su referente, sino en el mejor de los casos, serán otras representaciones igualmente fragmentarias. Tal como sucede en la pintura de realismo fotográfico, en la cual el referente no son escenas de la vida real, sino son las imágenes fotográficas de ella. Su 'realismo' entonces, deviene en simulacro (Baudrillard), en cuanto representación de un referente que no existe - o mejor dicho - de uno que no se ubica en un plano externo al de la representación; la pintura en este caso es una representación de otra representación.

En otro registro, podemos ejemplificar con el surgimiento de las ciudades posmodernas el desarrollo de la fragmentación, o la pérdida de un referente externo, y de la reducción de la Historia a estilos históricos o a historicismos que conviven en un mismo espacio forjando un nuevo tipo de experiencia.

El desarrollo de las grandes metrópolis contemporáneas han presentado un quiebre en su principio de unidad simbólica y funcional tan buscado por el urbanismo moderno¹⁰. El crecimiento desenfrenado de ciudades como Los Angeles o Tokio ha disuelto la posibilidad de articular la ciudad en función de un referente inequívoco. El crecimiento que se desborda a través de sucesivas conurbanaciones, integrando ciudades intermedias y poblados menores a la voraz mancha de aceite de la mega urbe, imposibilita su comprensión como una unidad. La ciudad y la experiencia de sus habitantes se vuelve fragmentaria; incapaces de aprehender su urbe como una totalidad eficazmente segregada, sólo experimentan la porción que les toca habitar. La forma de comprender esa particular ciudad que cohabita junto a muchas otras, se establece identificando referentes 'locales', con la condición que ninguno de ellos por sí sólo se ubica por sobre los otros. El surgimiento de múltiples sub-centros urbanos acelera y expresa a la vez, este proceso de fragmentación.

La ciudad de Santiago experimenta parte de este proceso, si bien resulta un exceso plantear su actual desarrollo como posmoderno, atisba algunos rasgos que dicen relación con la fragmentación de su espacio que pone en crisis su significación. En términos históricos, la Plaza de Armas ha sido el referente para la comprensión de Santiago, en cuanto ha permitido entender la ciudad como una unidad. Su trazado refiere a una fecha y un kilómetro cero desde donde se desarrolla y significa la urbe, por ello se constituye en un lugar no sometido a la circulación y especulación inmobiliaria. De ahí su condición externa al desarrollo de la ciudad, no obstante siendo el referente de él. Asistimos en la actualidad al debilitamiento de este referente, el surgimiento de subcentros urbanos de tipo comerciales y empresariales desplazan y anulan silenciosamente el poder articulador de la Plaza de Armas, entregando la propia experiencia urbana y desarrollo de la ciudad a una multiplicidad de nuevos referentes

¹⁰ G. Amendola, *La città posmoderna; Magie e paure della metropoli contemporanea*, Laterza, Roma, 1997.

independientes entre sí, que se reconocen en la simultaneidad, que no se sitúan externamente al sistema que significan, ya que son producto de la misma circulación del capital inmobiliario que articulan.

La ciudad posmoderna es la coexistencia de dinámicas radicalmente diversas incomunicadas entre sí, en ella se conjugan gethos miserables con barrios high tech, ciudades que se realizan en la discontinuidad de sus formas y funciones. El desarrollo de diversos estilos arquitectónicos, de remodelaciones e intervenciones en el diseño urbano de manera sucesivas y fragmentarias presentan un panorama en que la historia de la ciudad como unidad física es incomprensible.

Ahora bien, retomando la argumentación, estas características posmodernas se hacen aún más visibles en la emergencia de un nuevo patrón de producción cultural. El estilo estético producto de esta crisis es lo que Jameson ha denominado *pastiche*. Este estilo da cuenta del triunfo del historicismo por sobre la Historia en cuanto es la rapiña aleatoria de todos los estilos del pasado. Si los sujetos han perdido su capacidad para ordenar de manera coherente sus experiencias temporales, la producción cultural no puede producir otra cosa que una colección de fragmentos, como práctica azarosa de lo heterogéneo y aleatorio.

Hace un momento planteábamos que la producción cultural establecerá un nuevo tipo de relación con la economía, de la cual surgirá su nueva función y significación social plasmada en lo que son las industrias culturales. La emergencia de la moda como fenómeno de masas exige una permanente renovación de estilos y una diversificación de ellos que sólo son posibles de realizar a través de un vínculo estrecho con la economía. Las industrias culturales¹¹ dan cuenta de una nueva forma de entender las relaciones entre lo tradicional y lo moderno, entre lo culto y lo popular, y en general de una serie de categorías sacramentadas por la modernidad. En el campo de las industrias culturales, que es el de la posmodernidad, no se permiten distinciones de alta o baja cultura, tradición o vanguardia, ya que todos los discursos poseen la misma legitimidad en su puesta contemporánea, estableciendo un relativismo que no

¹¹ N. García Canclini *op. cit.*, 1989. La consolidación de las industrias culturales en el campo de la producción cultural fomentaría las relaciones complejas entre moderno-tradicional y culto-popular en un contexto de *heterogeneidad multitemporal* que presentan las naciones latinoamericanas, expresando en este nivel su carácter de culturas híbridas.

admite esencialismos, o más bien, que se resiste a un ordenamiento histórico unidireccional para establecer una jerarquía. El imperativo de consumo de las industrias culturales las desentiende de la temporalidad histórica y de los referentes de su producción, aparentando siempre la novedad o revisitando de manera aleatoria el pasado. La profusa recuperación de imágenes del pasado permite que éstas se combinen al azar sin responder a un principio duradero, su permanencia es intrínsecamente inestable por los cambios de moda. De esta forma, el campo de la producción posmoderna, da pie para la expresión de impulsos culturales de muy diversos tipos.

Este tipo de producción cultural posmoderna tendrá un papel preponderante en el desarrollo del capitalismo tardío, es en este ámbito donde se emplazará su nueva significación y función social. Se ubicará en un lugar de privilegio en la nueva economía en cuanto al tipo de productos que genera y las formas de su circulación, transformándose en un elemento dinamizador de las prácticas económicas.

La modernidad nos planteaba el desmoronamiento de las instituciones tradicionales avaladas por la religión y la comunidad en general, para dar paso a la secularización y al orden social de tipo contractual, liberando y precipitando al sujeto a la crisis de sentido. La posmodernidad instituye nuevas dimensiones para el desarrollo de esta crisis. Al desplazar nuevamente los referentes de sentido, incrementar la fragmentación, alterar el ordenamiento temporal y renovar vínculos con la economía, la sensibilidad posmoderna reedifica una nueva condición para el sujeto y sus fuentes de identidad. *

1.2. Flexibilidad y circulación

1.2.a. El nuevo capitalismo

En los años 80's nuestro país experimentó cambios significativos en la estructura económica. Lo cierto es que dicho proceso, catalogado como políticas neoliberales coyunturales al régimen dictatorial, era acompañado por una reestructuración mundial del capitalismo, cuyas consecuencias, como su propio carácter de reestructuración, sólo se hicieron evidentes hacia el final de dicha década; con el retorno a la democracia y la consiguiente consolidación de dichas políticas en el ámbito nacional, y la caída de los socialismos reales en el plano internacional.

El espíritu destructivo/creativo del capitalismo reapareció con toda su fuerza instalando conceptos como economía de la información, globalización y producción flexible, entre otros. Las condiciones de emergencia de toda esta nueva batería conceptual ya habían sido enunciados hacia finales de los 60's como característicos de una sociedad posindustrial (Bell). En la actualidad nos encontramos con un macizo análisis respecto a este proceso de transformación profunda en la esfera económica.

En consecuencia, nos interesa plantear cuales son los alcances de estas nuevas formas de orden y dinámicas económicas que repercuten en las prácticas de intercambio, diseñando cartografías que posibilitan determinadas formas de circulación, no tan sólo de mercancías, sino también de imágenes, lenguajes y sentidos a través de las industrias culturales, y de la circulación de personas como producto de la flexibilización de los mercados del trabajo.

En primer lugar, establecemos que el capitalismo tiene un principio fundamental, un principio de orden que lo orienta, a saber; el incremento del excedente. Con este objetivo de base, el capitalismo como modo de producción, reordena los elementos que forman parte de su fórmula productiva. Los factores como el trabajo, el capital, el conocimiento (tecnología) y la energía, son organizados de una forma determinada que permita incrementar sostenidamente el lucro.

El capitalismo posee una indiscutible energía interna guiada por un espíritu de destrucción y creación, el capitalismo en este sentido, se transforma en el correlato económico de la modernidad, pues será el vehículo por el cual se movilizarán todas las fuerzas sociales para el desarrollo y la permanente renovación, desatando el avance sin tregua y una expansión que desplaza y destruye las formas tradicionales o arcaicas como condición necesaria para crear otras nuevas que aseguren el desarrollo y reproducción de su propio espíritu¹².

Este espíritu dota al capitalismo de una fantástica ductibilidad interna. Sus factores productivos se acomodan en lo que se ha llamado *modelos de desarrollo*¹³ que le permita cumplir eficazmente con su prerrogativa de incremento del excedente. En términos concretos los modelos de desarrollo son fórmulas tecnológicas mediante las cuales el trabajo actúa sobre la materia para generar el producto, determinando en último término el nivel de excedente. La identificación de estos modelos presenta una estrategia para comprender las transformaciones del capitalismo a partir de las fórmulas tecnológicas aplicadas durante distintas fases de su desarrollo.

M. Castells, a partir de la creación de este concepto, identifica tres modelos históricos de desarrollo del capitalismo; uno agrícola, uno industrial y otro informacional. Cada uno de estos modelos se definen por la preeminencia de un determinado factor para la determinación de excedente. Es así como, en el primero de los modelos, el agrario, los factores fundamentales en la determinación de productividad y de excedente son el capital (en forma

¹² Sobre la expresión material del espíritu del capitalismo y su relación con el proyecto moderno, Richard Sennett (*Carne y Piedra*, Alianza, Madrid, 1994) observa las ciudades estadounidenses como siempre nuevas, como si su vejez fuera negada por la destrucción y creación capitalista. En la permanente innovación de proyectos cada vez más ambiciosos, no sólo a su interior por medio de la renovación urbana, sino también en la expansión de sus límites, se concibe una sociedad que se desarrolla en el dominio de la frontera infinita. En la misma línea M. Berman (*Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI, México, 1998) rescata la paradoja a la que es sometido el Fausto de Goethe en su afán de desarrollo, de intervención material del mundo, cuando decide construir la ciudad más esplendorosa jamás construida y para ello debe acabar con una pareja de ancianos que se resiste a abandonar los terrenos sobre los cuales inexorablemente debe expandirse la urbe. Esto es lo que Berman identifica como la tragedia del desarrollismo, la necesaria destrucción de formas tradicionales de vida, en Fausto representadas por la pareja de ancianos, para el desarrollo de todas las fuerzas sociales de la modernidad a través de la expansión capitalista.

¹³ Manuel Castells, *La ciudad informacional: Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano regional*, Alianza, Madrid, 1995. Para el análisis de la reestructuración capitalista nos apoyaremos en la obra de este autor importante autor español.

de tierra) y el trabajo. Es decir, un incremento de ellos repercutirá decisivamente en el aumento de la productividad. Lo anterior no significa que los otros factores productivos como la energía o el conocimiento no tengan relevancia, sino que en la fórmula agraria, la tierra y el trabajo son fundamentales – por sobre el resto – para fijar el nivel de excedente.

Los modelos de desarrollo se encuentran íntimamente ligados a la organización de la sociedad, con los cuales establece una relación de causa/efecto, que los instituye en un sistema complejo e interactivo entre tecnología y procesos organizativos que se ubican en la base del crecimiento económico y el cambio social. El paso de una economía agraria a una industrial - el advenimiento de un nuevo modelo de desarrollo- se produce cuando hay una convergencia entre cambio tecnológico y cambio social. Castells otorga a la tecnología un papel preponderante en la noción de modelo ya que los cambios tecnológicos son, justamente, nuevas formas de organizar los procesos productivos. El cambio social está representado principalmente por transformaciones en el trabajo - establecimiento de nuevas modalidades laborales y sus respectivos disciplinamientos éticos- y por la hegemonía que establecen determinadas clases o grupos sociales. La hegemonización de un grupo pasa inevitablemente por la utilización del conocimiento, de esta forma la tecnología que es su formulación aplicada, es el medio por el cual se instalan nuevas relaciones sociales.

La relación entre grupos dirigentes, tecnología y desarrollo económico surge para Castells como central para explicar el devenir del capitalismo occidental en su supremacía frente a otros sistemas de producción y, al mismo tiempo, para definir la competencia al interior de él¹⁴.

En el modelo industrial de desarrollo el factor primordial para generar la productividad es la energía. Las distintas fuentes energéticas utilizadas desde la industrialización (vapor y

14 Manuel Castells, *La sociedad informacional: la sociedad Red*. Alianza, Madrid, 1999, p. 33. “En efecto, la capacidad o falta de capacidad para dominar la tecnología, y en particular las que son estratégicamente decisivas en cada período histórico, define en buena medida su destino, hasta el punto de que podemos decir que aunque por sí misma no determina la evolución histórica y el cambio social, la tecnología (o su carencia) plasma la capacidad de las sociedades para transformarse, así como los usos a los que esas sociedades, siempre en un proceso conflictivo, deciden dedicar su potencial tecnológico”. Castells establece paralelos en el impacto de la promoción estatal del desarrollo tecnológico entre Occidente y Oriente, en el crecimiento económico y el desarrollo de las naciones. Además identifica con claridad de cómo el cambio tecnológico siempre se acompaña con una reestructuración de los procesos de producción, surgiendo nuevas clases dirigentes después de ellos.

electricidad) significaron cambios importantes en las relaciones técnicas de producción, no obstante siempre insertas en el paradigma industrial. La organización típicamente industrial se identificará como fordista, en honor a H. Ford y su planta de automóviles, pues su industria se transformó en un paradigma del capitalismo industrial tanto por la forma de organizar el trabajo, como de la épica construida en torno a la imagen de su fundador, instituyéndose en un ejemplo de las elites que se hegemonizaron; burguesía industrial que logra renovar la producción a través de cambios tecnológicos y formas organizar el trabajo¹⁵.

El modelo industrial posee una serie de características que refieren a una geografía económica y política que construyó, las formas de trabajo que se desarrollaron y las elites que lo dirigieron. En términos geográficos, la mayoría de los procesos que llevaban a la transformación de la materia a un bien final se realizaban en la vecindad de complejos industriales. Estos complejos se localizaban en ciudades industrializadas de las metrópolis mientras que los insumos eran importados desde las colonias y, posteriormente, de los 'países en vías de desarrollo'. En general se producían productos para mercados de masas, indiferenciados, lo que importaba era cubrir el máximo de demanda.

Por su parte, las grandes empresas se representaban a sí mismas con un sentido nacional, en cuanto daban trabajo y generaban riqueza para un territorio y un Estado particular. A su vez, eran retribuidas con medidas proteccionistas que cuidaban de la competencia externa. Cabe recordar que el capitalismo industrial de posguerra (en Europa como en Latinoamérica) se desarrolla al amparo de Estados fuertes en su rol productivo, distributivo y regulador. La política económica de los Estados tenía como uno de sus principios ampliar la demanda, generando las condiciones para la producción a escala y el consumo de masas. En el caso latinoamericano, el pensamiento de la CEPAL impugnó el fin de la relación centro/periferia abogando por un desarrollo industrial *hacia adentro* de las fronteras nacionales. El impacto del *desarrollismo* latinoamericano se expresó en el auge de una industria nacional y en el crecimiento de los sectores sociales medios apoyada en una poderosa burocracia estatal.

¹⁵ Henry Ford a partir de la creación de su cadena de montaje, que significó todo una nueva forma de disciplinar el trabajo, deliró con la expansión infinita de los mercados y los productos, delirio desarrollista que se expresó en todas las fuerzas puestas sobre su modelo de automóvil Ford T.

La segunda mitad del siglo XX, la última etapa del capitalismo industrial, se caracteriza por un *pacto social entre capital y trabajo*¹⁶, en cuanto la organización de los trabajadores y su poder de negociación frente al capital llega a su cúspide, disminuyendo los niveles de explotación del trabajo por parte de éste, logrando una mayor distribución de la riqueza y un acceso más igualitario, en general, a los beneficios del desarrollo. El mercado del trabajo se caracterizó por su inflexibilidad y una estructura del empleo distribuido en forma de pirámide, ordenando ascendentemente los trabajos de mayor a los de menor especialización. Si bien esta descripción se figura de mejor manera en países de Europa occidental, el pensamiento cepaliano intentó replicar dichas condiciones en nuestro continente.

Las crisis del petróleo de fines de los 70' pondrá en evidencia el agotamiento del modelo industrial. En esta necesidad espiritual del capitalismo por reinventarse a sí mismo se genera un desplazamiento de sus fórmulas tecnológicas dando cuenta de la hegemonía de un nuevo modelo de desarrollo: el informacional.

En la fórmula del nuevo modelo de desarrollo, el conocimiento o tecnología, es el factor clave en la generación de excedente. Si bien el conocimiento tecnológico se encuentra presente en toda actividad productiva, lo nuevo de lo informacional, es que el conocimiento actúa sobre sí mismo con el fin de generar una mayor productividad. Esta transformación en el *valor* del conocimiento consecuentemente ya había sido identificada como una característica de la posmodernidad, Habermas¹⁷ anunciaría: El saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción; en los dos casos para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su 'valor de uso'. X

En general, la hegemonía del valor de cambio por sobre el de uso implicará una extensión de la mercantilización en las prácticas humanas. En un segundo paso, por decir más extremo, la producción cultural devendrá en puro valor de signo, vinculándose con el desarrollo de las industrias culturales; el placer de consumir, interés guiado por el acceso a los signos más que a los bienes, como valor dado por las apariencias de la moda y el espectáculo.

¹⁶ M. Castells, *op. cit.*, 1995.

¹⁷ Cit. J. Lyotard, *op. cit.*, p. 16.

La emergencia de este paradigma tecnológico se sustenta en el procesamiento de la información; la información se constituye tanto en la materia prima como en el producto. La producción más característica de este modelo son los sistemas de decisión, de gestión y procesadores de información. Los principales efectos del nuevo paradigma tecnológico recaen más sobre los procesos que sobre los productos. Por sobre nuevos productos se generan cambios fundamentales en la organización social del trabajo. Un pequeño ejemplo; Ford continúa fabricando automóviles, más modernos, rápidos, cómodos, automóviles al fin. No obstante, su cadena de montaje ha sido reemplazada por la fabricación dispersa de sus partes; la carrocería en México, los neumáticos en Alemania, los vidrios en China, etc. Fabricación en industrias altamente automatizadas que significaron un violento ajuste en los mercados del trabajo, no sólo por su disminución, sino también por su especialización. La pirámide del trabajo industrial sufre una inversión, por un lado aumentan los trabajos de menos especialización, como los de servicios menores (aseo, mensajería, etc.), y por otro, los de mayor especialización vinculados a funciones ingenieriles y de servicios avanzados. Los grandes afectados son los trabajos de especialización intermedia, ya que son reemplazados por la automatización. Las características de esta producción han implicado un engrosamiento de los trabajos en servicios vinculados con la empresa; asesorías de gestión, servicios de diseño, publicidad, asesorías legales, etc., dando paso a una economía centrada en los servicios.

La articulación de plantas industriales dispersas genera grandes cantidades de información que deben ser administradas, consiguientemente, se requiere un manejo telemático de importancia con una serie de dispositivos de control de información y conocimiento que permitan la flexibilidad en la producción; cambiar diseños y volúmenes en cortos períodos de tiempo.

La nueva economía es causa/efecto de innumerables transformaciones, no tan sólo de los procesos descritos anteriormente, sino también de la ampliación de territorios para su operación. La flexibilización de las fronteras nacionales permite el aprovechamiento territorial de condiciones favorables para la obtención de excedente al amparo de bajas remuneraciones, leyes laborales y ambientales débiles, etc. En general, todos elementos que dotan a la producción de una flexibilidad que le permita la búsqueda del mayor lucro, como nunca antes se había visto en la historia del capitalismo. En consecuencia, el capital se desterritorializa,

abandona el vínculo político con un territorio, ahora su imperativo es de circulación y aceleración. >

Esta última característica se desarrolló como parte de la estrategia para superar la crisis del modelo industrial; el capitalismo se brinda de un nuevo impulso expansionista. Este movimiento de expansión se llevó a cabo en dos dimensiones; una al interior de las naciones y otra externa, internacional. Es así como en el ámbito interno el Estado entrega a las fuerzas del capital privado parte importante de su rol distributivo, productivo y regulador. El Estado cede zonas sociales al disminuir sus garantías sobre los sistemas de seguridad social, pierde protagonismo y capacidad económica al privatizar las grandes empresas de su administración y al desregular el juego de la oferta y demanda.

Como consecuencia de este proceso se quiebra el pacto social entre capital y trabajo que había caracterizado la relación entre economía y sociedad durante la segunda mitad del siglo XX, dando paso a una supremacía cada vez mayor del capital por sobre el trabajo. El Estado disminuye profundamente su capacidad mediadora entre ambos, y en consecuencia, su propio rol integrador cae en desgracia.

En el modelo agrícola las elites estaban compuestas por los señores de la tierra, en el industrial será el empresariado de tipo burguesía industrial el que comandará el desarrollo de las fuerzas productivas, por su parte, en el modelo informacional la nueva elite estará compuesta por los especuladores y administradores del capital. Estos especuladores poseen una cierta invisibilidad, difícilmente el capitalismo podría construir una épica en torno a ellos, a diferencia por ejemplo, del mismo Henry Ford. Estos especuladores desplazan por las redes transnacionales del capital, sus intereses son tan cambiantes como la misma flexibilidad del sistema, su poder se basa en la capacidad de acelerar la circulación del capital más que en la concreción de proyectos desarrollistas. Sus decisiones son tomadas desde un horizonte desterritorializado, y por lo tanto, se han desentendido del trabajo local.

El modo de desarrollo informacional es la forma predominante en que se articula la sociedad posindustrial. Se constituye en el *modus operandi* del capitalismo tardío.

En el siguiente apartado nos centraremos en el movimiento expansivo del capitalismo de carácter internacional, que se ha dado por llamar como globalización, en tanto establece una nueva geografía y morfología para el desenvolvimiento de la economía y la sociedad.

1.2.b. El encañonamiento de Perry: Globalizar o desaparecer

El capitalismo siempre ha tenido un carácter globalizador, su impulso expansivo lo ha llevado desde los inicios a la conquista de nuevos territorios. El Almirante Perry asedia los puertos de Japón en el siglo XIX; 'comercian o mueren', fueron sus palabras. Hoy en día el imperativo es similar; 'globalizarse o desaparecer'. Pero entonces, ¿cuáles serían las particularidades de esta nueva oleada expansiva internacional del capitalismo?. Exploraremos elementos de esta respuesta para identificar sus probables impactos en la cultura.

La noción de globalización procura dar cuenta de la novedad de un capitalismo que ha extendido sus límites hasta los confines del planeta, envolviéndolos en las lógicas de los mercados y las redes de información¹⁸. Efectivamente el intercambio en la globalización no se produce entre naciones, en rigor son los Estados los que establecen tratados de comercio, no obstante son los mercados, como constructos más reales que ellos, los que ejercitan el intercambio. En virtud al progresivo debilitamiento de la función económica de los Estados y el fortalecimiento de la empresa de funcionamiento transnacional, la conexión de mercados en red posibilita la expansión del sistema por sobre las ya vetustas fronteras de las economías nacionales. ✕

La nueva economía, tal como referíamos anteriormente, se caracteriza por la flexibilidad; laboral, en la oferta, en los productos y en general de todos sus componentes. Las fronteras del estado-nación pierden pertinencia en la generación de la riqueza, ya que el incremento de excedente en el capitalismo informacional va de la mano con la eliminación de cualquier barrera que interfiera en la libre circulación de las mercancías. En consecuencia, a las administraciones territoriales solo les cabe proporcionar las mejores condiciones para dicha

¹⁸ J. Brünner, *Globalización cultural y posmodernidad*, Fondo de cultura económico, Chile, 1999.

circulación. Harvey¹⁹ lo expresa de la siguiente forma; cuanto menor importancia adquieran las barreras espaciales mayor es la sensibilidad del capitalismo a las variaciones de los lugares en el espacio y mayores los incentivos para la diferenciación de los lugares en el espacio con vistas a atraer capital. Estas condiciones han significado una vertiginosa competencia, por sobre todo de los países más pobres, por generar una base de mayor flexibilidad para la operación del capital, instigados con mucho interés por los emergentes organismos internacionales de la economía.

El proceso de diferenciación se encuentra estrechamente vinculado con la creciente interdependencia de las naciones, expresada en la suscripción de convenios y tratados. La mayor de las veces esta política de diferenciación se trata de desregular condiciones laborales y ambientales con consecuencias severas en la calidad de vida y sustentabilidad del modelo en países en 'vías de desarrollo'.

El capital, entonces, se encontraría en una búsqueda permanente de las mejores condiciones para una inversión que asegure su máxima rentabilidad. Saseen²⁰ identificó este fenómeno a partir de una profusa circulación del capital por redes transnacionales con asiento en determinados puntos estratégicos desde donde se dirige su accionar. Estos centros neurálgicos del capitalismo informacional son señaladas como ciudades globales; Nueva York, Londres y Tokio. La cualidad de estas ciudades son a lo menos dos; por un lado son ciudades que han reemplazado sustantivamente una economía industrial por una de servicios avanzados, lo que les ha permitido transformarse en enclaves de los mercados financieros de sus respectivas zonas geográficas; Norteamérica, Europa occidental y Sudeste asiático. A su vez, esta dispar disposición geográfica les permite cubrir todos los usos horarios del planeta, sometiendo al capital a una circulación continúa de horizonte planetario. Estas ciudades son producto de la combinación de dispersión espacial e integración global.

La circulación del capital por la red formada por estas tres ciudades no se detiene nunca, siempre está atento a encontrar las mejores condiciones de inversión no importando el territorio particular donde se posará por años, meses e incluso por días, hasta nuevamente

¹⁹ D. Harvey, *op cit.*, 1999, p. 122.

²⁰ S. Saseen, "Ciudades en la economía global: enfoques teóricos y metodológicos". En: *EURE*, vol. 24, n° 71, Santiago, 1998.

encontrar otro lugar, cualquiera, que ofrezca una mejor rentabilidad. De esta forma va cooptando riquezas alrededor del mundo, la red del capital globalizado se instituye como la madre de todas las acumulaciones. La operación en red es la única posible para la acción del capital posindustrial, las redes telemáticas que no son más que flujos de información, permiten la administración de la producción dispersa y el manejo de los mercados financieros.

La red es una morfología propia de la cultura posmoderna, desjerarquizada, en cuanto en ella no es posible identificar un arriba y abajo, un centro y periferia. Por ello, la idea clásica de centro/periferia para identificar economías subalternas y hegemónicas pierde sentido. Lo que existe son flujos de capital que circulan por la red. La empresa, como unidad básica de organización social de la economía, pierde su rol nacional – territorial - que otrora ostentaban.

Efectivamente, la configuración en red va más allá de la administración del capital, correspondería a un nuevo tipo de morfología social (Castells). Su modalidad de operación es de tipo binario, se está en ella o no, su principio de orden es de inclusión/exclusión. Aquí el Almirante Perry volvería a anunciar: 'participas de la red o no existes'. El poder al interior de la red se encuentra distribuido, ningún agente por sí sólo podría abogarse el control de ella. El mejor ejemplo para dar cuenta del funcionamiento de una red es la Internet, en la cual ningún sitio web posee un control sobre otro, es decir, no es posible la jerarquía interna. Esta afirmación sin duda que conlleva una serie de nuevas formas de entender los fenómenos culturales que se articularían a partir de esta morfología, particularmente relacionados al problema del poder. Advirtiéndolo que el actual desarrollo de este tipo de funcionamiento en el campo de la economía podría prever sobre su ampliación hacia otros campos de la cultura. En el ámbito de la economía, la imagen de una sola gran red del capitalismo mundial ha sido resistida a través de la identificación de redes de alcance regional y subregional, y de esta manera la jerarquía se daría entre los distintos tipos de redes.

No obstante, si esta profusa circulación hace referencia principalmente al capital; ¿qué sucede entonces con el trabajo?. A modo de hipótesis se puede plantear que la flexibilización de éste apunta hacia una circulación similar. Posiblemente la mejor imagen para ello es el fenómeno de las grandes migraciones de principios de este siglo; miles de personas desplazándose desde

las ex-colonias a sus ex-metrópolis europeas, desde el Sur a los países del Norte y también desde Perú a Chile; migraciones en su mayoría temporales, que forman parte de circuitos estacionales. El impacto de este fenómeno ha sido fundamental en la cultura contemporánea, particularmente para la definición del actual estado de multiculturalidad o transculturalidad que experimentan, como algo nuevo, los territorios que participan de la circulación.

Castells niega el impacto decisivo en la circulación de las gentes; el capital es global y el trabajo local, esos serían sus ámbitos respectivos en el nuevo capitalismo. El autor en su trabajo *La ciudad informacional* da cuenta de la exclusión de grandes masas de trabajadores en las ciudades norteamericanas incapaces de incorporarse a los desafíos de la economía informacional, quedando marginados del prodigio de la red del capital. Aquí nos presenta una posible explicación para el aumento de la anomia en la ciudad; aumento explosivo de la delincuencia, narcotráfico y pandillismo en la población joven durante la década de reestructuración de los ochenta. Finalmente, para Castells, son las elites las que se globalizan mientras las gentes siguen arraigadas en lo local. ✕

Este es uno de los puntos centrales de nuestra discusión. La circulación en red no se remite solo al capital, si bien es el que genera las condiciones objetivas, se referiría a una circulación de todos los productos y prácticas de lo cultural, incluyendo a sus gestores; los sujetos. ✕

Las industrias culturales producen productos diseñados para la circulación desterritorializada. Exponen efímeramente imágenes del mundo en forma de pastiche, pero a pesar de su fácil deglución y excreción, han tenido un impacto relevante en las formas de comprender no sólo lo global, sino también como es de esperar, de imaginar el propio entorno donde se desenvuelven las culturas locales. ✕

Ahora es en este territorio; lo local, donde se inscribe la globalización como punto de encuentros y desencuentros de tradiciones que precipitarán el escenario más vistoso de la posmodernidad. Sin embargo, la celebrada democracia de las redes es impugnada por el campo de la producción cultural. Las industrias culturales tienen un claro centro de producción; Estados Unidos y cada vez en menor cuantía Europa. Por ello García C. propone

hablar más de una norteamericanización de la cultura que de una globalización. Son las redes de significado de la sociedad norteamericana las que se expanden por el planeta apoyadas por una poderosa industria mass-mediática que difunde sensibilidades restringidas a lo que es su particular tradición. No obstante, es la propia singularidad de la red, sus cualidad desjerarquizada de inclusión, que permiten en cierto sentido la resistencia de lo local, que en sus flujos se funde con lo global en una hibridez propia de la posmodernidad. ✕

Revisemos esta última afirmación. La cultura globalizada espectaculariza al mundo y la diferencia, dispone de todas las expresiones posibles como productos homogeneizados para el consumo. Las tradiciones culturales devienen en valor de cambio, mero consumo de imágenes de lo exótico y lo diverso para la satisfacción de las modas. Esta exposición de la diversidad cultural en el mercado está dispuesta para ser intercambiada y por lo tanto, se somete a una reducción inofensiva de la diferencia, donde la alteridad es solo apariencia. Esta dinámica predispone el surgimiento de movimientos de reacción, como es la reaparición de proyectos de identidad esencialistas de tipo nacional, religioso y étnico. ✓

☉ En efecto, la globalización expande el intercambio a un horizonte planetario, pero también pone en interacción sistemas desconectados hasta antes de su hegemonía. Si el intercambio refiere principalmente a una mercantilización que recurre a la diferencia, ya su misma interacción plantea un diálogo de lo multicultural, cuya experiencia se constituye en una poderosa fuente para la construcción de subjetividad. La industria cultural, las migraciones y desplazamiento de poblaciones son los principales fenómenos que ponen en relación esta dimensión de la globalización, que decisivamente se constituye en una fuente para la permanencia, fortalecimiento o cambio en la identidad.

☉ Estas acciones de intercambio e interacción a la que nos precipita la globalización nos plantea un horizonte de reflexión jamás visitado en la historia. La globalización visualiza el propio planeta como unidad a ser pensada, cada territorio por más lejano y diferente que nos haya resultado en los textos de historia escolar, es significado como parte de nuestra contemporaneidad y de un futuro compartido. A excepción, por supuesto, de esos territorios y pueblos superfluos, cuya miseria no aportan a la aceleración de los flujos, y frente a su fatídico

destino, simplemente, no existen. Estos son los excluidos de la globalización, ni siquiera subalternos, sus 'estilos de vida' no dejarán huellas en la cultura occidental. Por ello la verdadera hegemonía contemporánea reza: globalizar o desaparecer.

El recorrido que hemos planteado en esta breve revisión de las transformaciones económicas ha intentado enunciar los principales y visibles cambios sociales como producto de la reestructuración económica. Los conceptos de flexibilidad y aceleración en la circulación surgen como centrales para dar cuenta de una dinámica a través de la cual se desarrolla la cultura contemporánea y que pone énfasis en la nueva función y significación social del capitalismo en su versión tardía.

Si en el ámbito social, a partir de la incapacidad del Estado para ordenar esta dinámica, se ha desarrollado una creciente experiencia de incertidumbre para el individuo, cuya seguridad laboral y de protección se ha entregado al devenir autónomo de la economía, en el ámbito cultural, la experiencia de la globalización nos presenta una nueva geografía marcada por la circulación que elimina las fronteras de lo propio y nos pone en relación frente a nuevos territorios. Ambos elementos dan cuenta de la supremacía del movimiento por sobre lo que entendíamos como permanente y perecedero. La cultura contemporánea nos predispone a la permanente renovación como producto del encuentro generalizado.

1.3. Redes y flujos

La arquitectura de redes con la cual se ha desarrollado el capitalismo tardío ha permitido el desarrollo de su característica fundamental; incrementar la producción y administrar su información. Las redes permiten la circulación incesante de estos materiales del capitalismo informacional disponiendo a sus operadores sociales como parte de dicha circulación, participes de un espacio consagrado al flujo. La hegemonía de la arquitectura red para el ordenamiento de la nueva economía expande y acentúa la preeminencia del espacio de los flujos.

Las redes son los principales articuladores de este tipo de espacio donde se realizan secuencias de intercambio e interacción repetitivas y programables entre posiciones físicamente inconexas que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad.

El espacio del flujo, como concreción transparente de la circulación, es una aspiración propiamente moderna; circulación y aceleración. Así lo identifica Berman²¹ interpretando al Fausto de Goethe como héroe de la modernidad; el movimiento y la velocidad es un elemento constitutivo del hombre moderno. Fausto requiere conseguir mayores fuerzas que aumenten su movilidad y velocidad, su obra será tan grande (e interminable como proyecto) que no puede perder tiempo. El mismo autor caracterizará el espacio moderno en su expresión urbana por medio de la obra de Baudelaire. El poeta se enfrenta al nuevo fenómeno de la circulación; debe cruzar un nuevo bulevar (diseñados por el Barón Haussmann en el París de Napoleón II)

²¹ M. Berman *op cit.* Berman analiza el Fausto de Goethe como uno de los héroes culturales de la modernidad. En su lectura se encontraría una serie de claves para comprender la 'tragedia del desarrollo' de la modernidad. En el inicio de la metamorfosis que vivirá Fausto, éste se cuestiona sobre los errores en su quehacer como médico y que lo han llevado a alejarse de la práctica cayendo en el inmovilismo. Mefisto lo insta a comprender la necesidad de la destrucción para la creación (semejante a la idea del espíritu destructivo-creativo del capitalismo), y la necesidad de la movilidad: '...si puedo comprar seis yeguas ¿sus fuerzas no son mías? Me hago llevar por ellas y soy un verdadero hombre como si tuviera veinticuatro piernas'. Así se establece la relación entre dinero, velocidad y sexualidad (verdadero hombre). Berman afirma que esta relación no es exclusiva del capitalismo ya que se encuentra en otras tradiciones, más bien es propiamente moderna. Fausto ya ha comprendido la necesidad de movimiento en su proceso de formación; 'la actividad incesante es la que prueba a un hombre' p. 40-44. De esta manera se establece la relación movimiento/velocidad que acompañará el camino de Fausto como agente del desarrollo, del cambio y la modernización.

para acceder a un bar popular que se encuentra al otro lado, de lo que él llama, 'caos en movimiento'. Este caos es una ancha calle por donde circulan carruajes y jinetes a gran velocidad, cada uno de ellos con su propio itinerario. El poeta casi muere en el intento, en una especie de rito de paso, se somete al vértigo del flujo; una vez en el bar dará cuenta de la nueva estética y ética del artista moderno. Esta experiencia se constituiría en una imagen primaria de la modernidad, tal como la define el poeta.

Las prácticas y procesos materiales que sirven para la reproducción social son una parte constitutiva para la creación de concepciones del espacio y el tiempo. En términos materiales, las prácticas que se desarrollan en el espacio de los flujos tienen su correlato en una concepción determinada del tiempo. El espacio de los flujos, en palabras de Castells, es la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido que funcionan a través de las redes²². El tiempo de las redes, el tiempo en que operan las prácticas sociales en el espacio de los flujos, es un tiempo atemporal.

El tiempo atemporal se contrapone al tiempo mecánico, al tiempo irreversible, medible y predecible. En suma, al tiempo histórico, al tiempo secuencial del desarrollo y el progreso de la modernidad en última instancia. El tiempo atemporal es relativo; es flexible, es la mezcla de tiempos que crea un universo eterno, no autoexpansivo, sino autocontenido, no cíclico sino aleatorio. El tiempo atemporal condensa los acontecimientos, los pone en la instantaneidad o en la discontinuidad, de esta manera quiebra lo secuencial introduciendo lo indiferenciado.

Esta hegemonía de un espacio/tiempo de los flujos encuentra su correlato en lo que Auge²³ ha expresado como una situación de *sobremodernidad*. La *sobremodernidad* se caracteriza por el exceso, particularmente por el exceso sobre tres elementos, a saber: exceso de tiempo que se expresa en una superabundancia de acontecimientos que desdibuja a la historia como principio de inteligibilidad; un cambio en la escala de imaginación del espacio que se traduce en un empequeñecimiento del mundo y, finalmente, una exacerbación del ego, en cuanto son las referencias personales, principalmente, las que dotan de sentido a la experiencia.

²² M. Castells, *op. cit.*, 1999, p. 65.

²³ M. Auge, *Los lugares y 'no lugares' Espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona, 1994.

El exceso de tiempo es producto de una aceleración de la historia. La proliferación de las imágenes de la actualidad produce una gran cantidad de acontecimientos, demasiada información, los cuales se suceden día a día sin la posibilidad de procesarlos completamente. La abundancia de acontecimientos y sucesos históricos dificultan su reflexión histórica. Somos incapaces de pensar todo el presente ya que no podemos significar el pasado reciente. Esta incapacidad de reflexionar sobre el significado de los acontecimientos pasados nos voltea hacia el mero consumo de la actualidad. El exceso de tiempo sería, entonces, uno de los causantes de la condición esquizofrénica de la cultura posmoderna.

Por su parte, el exceso de espacio se produce por la proliferación de imágenes de todos los rincones del planeta, estableciendo al mundo como horizonte de reflexión. La paradoja se constituye en cuanto mientras las fronteras se expanden (por no decir eliminan) el mundo empequeñece. Las imágenes del mundo, ya sean noticiosas, publicitarias o ficticias nos permiten reconocer códigos y signos, no obstante la incapacidad para identificar los contenidos objetivos de dichas imágenes nos condenan a la homogeneización de éste.

Respecto al tercer elemento, el exceso de ego según Augé, se identifica en cuanto nunca las historias personales han estado tan involucradas en la historia colectiva. Aquí asoma la figura del testigo, la experiencia significativa de la historia es de orden personal, lo cual ha hecho fluctuantes las referencias de la historia colectiva. En este sentido, la producción individual de sentido es fundamental para comprender este mundo de exceso de imágenes²⁴.

El espacio de los flujos y su tiempo indiferenciado se contraponen al espacio de los lugares y al tiempo histórico. El espacio de los lugares se desarrolla en la contigüidad física, es el espacio construido y significado históricamente. Si el espacio de los flujos y la atemporalidad responden a la imagen de un mundo global, el *lugar* y el tiempo histórico lo hacen a lo local.

²⁴ Me permito compartir una curiosa coincidencia. En los días que he trabajado estos materiales ha sucedido un hecho 'histórico'. Dos aviones se han estrellado en el World Trade Center de New York. La profusión y repetición de imágenes quieren establecer esta condición histórica al atentado. Me pregunto; ¿En los momentos en que estas páginas sean leídas, varios meses después del atentado con seguridad, el mundo, o mejor dicho los equilibrios militares, políticos y económicos del orden global habrán cambiado lo suficiente como se anuncia en estos momentos de confusión? ¿Nuestra experiencia cotidiana, aquí en Santiago de Chile, dará cuenta de esta historicidad del acontecimiento antes que se precipiten otros acontecimientos iguales o más históricos que el atentado?

Los *no-lugares*²⁵ proliferan como consecuencia de este flujo atemporal. Espacios de circulación que no se logran significar colectivamente, pues sólo portan fragmentos de historias individuales. La experiencia en lugares de tránsito (aeropuertos, micros, etc.) se hacen cada vez más cotidianos, en desmedro de los lugares que permitirían compartir experiencias significadas históricamente.

Esta tensión dual en que se presentan el tiempo/espacio bajo la lógica de lo global y lo local, de la permanencia y la circulación, de las referencias personales y de las colectivas, definen en gran medida la cotidianeidad posmoderna. Y en efecto, los sujetos experimentan ambas dimensiones del espacio/tiempo.

Hemos planteado que la globalización se produce en el espacio de los flujos, bajo una condición esquizoide del tiempo – su condición de tránsito no permite significar históricamente – donde no es posible construir ni identificar un *lugar*. La identidad colectiva, impugnada por la exacerbación del ego, sólo es posible de realizar en el *lugar*. Se ha llegado a plantear, de modo algo radical, que las elites al tener un carácter global, por ser los principales operadores del espacio de los flujos, no poseen identidad. Su cosmopolitanismo les negaría esta posibilidad sólo asequible a la gente que experimenta lo local. Este escenario plantea una relación excluyente entre ambas fuerzas, y tal como hemos planteamos, probablemente una lectura adecuada respecto al problema de la identidad no debería desentenderse de ninguna de las dos.

El desarrollo de este capítulo ha tenido la intención de avanzar en estas relaciones. El cruce entre el desarrollo de un capitalismo de tipo informacional, de formas posmodernas de la cultura y transformaciones en la relación tiempo/espacio nos presentan un campo que acoge adecuaciones diversas para la construcción de identidad. A decir verdad, la identidad se reproblematisa, ya no se puede hablar de una identidad de clases, pues el trabajo flexible estaría mellando esta distinción, no se puede plantear la Historia – principalmente de los Estados nacionales pero también las locales – como referente, y todo parece confundirse aún más con una dualidad en la experiencia del tiempo/espacio. En efecto, se nos presenta un

²⁵ M. Auge, *op cit.*, 1994.

* campo de fuerzas heterogéneo, donde la novedad que hemos planteado parece imponerse de manera hegemónica, sin embargo tal como nos señala la sensibilidad epocal de la posmodernidad, más probablemente nos enfrentamos a una coexistencia de diversas formas de orden.]

* La construcción de un *lugar* debe navegar por estas aguas turbias, de combinación de lógicas opuestas, frente a las cuales se ha reaccionado con un fortalecimiento de las antiguas certezas; resurgimiento de los nacionalismos y de los fundamentalismos religiosos, retorno a la comuna y nostalgia por el barrio. 'Todo lo sólido se desvanece en el aire' concluyó Marx respecto a la experiencia de la modernidad, pues entonces no deberíamos volver sobre la comunidad perdida y sus condiciones que posiblemente alguna vez permitieron que nos identificáramos con ella. La experiencia contemporánea nos enfrenta a una serie de procesos que no son completos ni absolutamente hegemónicos, más bien se desenvuelve sobre un campo de fuerzas que parecen contradictorios y excluyentes; permanencia/circulación, global/local. En este contexto la pregunta parece ineludible, ¿Cómo identificar un *lugar* al cual sentimos pertenecientes?, y más aún; ¿Cómo construirlo con materiales tan dispares? *

* Retornamos a la idea de *heterogeneidad multitemporal*, donde el *lugar* toma un nuevo semblante que acoge estas fuerzas. Esta noción acoge la posibilidad de entender el *lugar* ya no como áreas delimitadas, sino más bien como espacios de interacción en los cuales las identidades y los sentimientos de pertenencia se forman con recursos materiales y simbólicos de origen local, nacional y transnacional²⁶. El *lugar* sigue siendo la ficción o constructo que practica un ejercicio de selección y síntesis que nos haga comprensible y significativa nuestra experiencia con el mundo, ahora mediando al interior del actual campo de fuerzas que nos remite al movimiento y al permanente ajuste entre experiencias diversas del tiempo/espacio. *

Para finalizar un último comentario sobre este intento de definición del campo de fuerzas contemporáneo. De alguna manera la necesidad de esta definición tiene relación con orientar la mirada antropológica hacia la contemporaneidad, como un escenario establecido como

²⁶ N. Garcia Canclini, *La globalización imaginada*, Piados, México, 2000, p.165.

nuevo horizonte en el cual la cultura, en todas sus variaciones y expresiones, no logra marginarse.

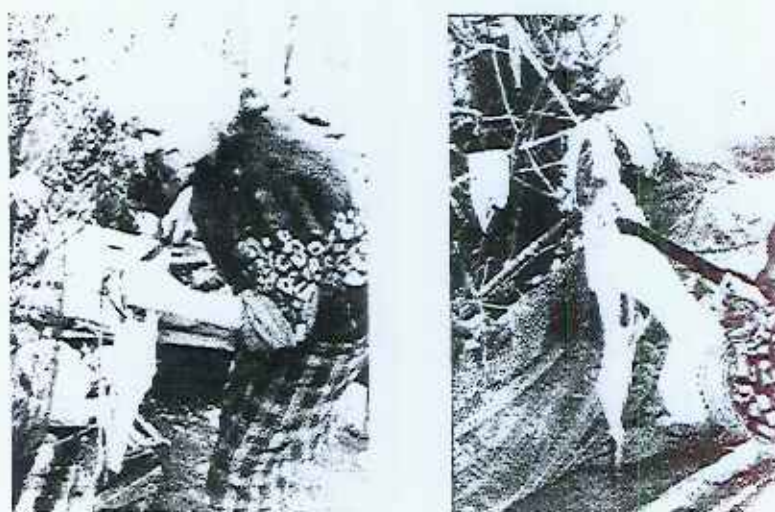


Fig. 3. Adela Plaza preparando un *congrío* , Puerto Sur.

CAPITULO 2: Espacio e identidad

El problema de este trabajo dice relación con la noción de lugar, en cuanto expresa una identidad territorializada. La búsqueda que desarrollamos en este capítulo plantea una aproximación a esta expresión a partir de la identificación de elementos del espacio que lo dispongan en la formación de procesos identitarios. Con este objetivo, en primer término, desarrollaremos el concepto de curvatura del espacio, el cual a través del vínculo entre espacio y tiempo nos permitirá establecer su importancia para el desarrollo de una noción más precisa de *lugar*. Posteriormente, abordaremos formas de representación del espacio para atender el impacto del campo de fuerzas contemporáneo en la construcción e imaginación de un territorio. Finalmente, presentamos un concepto de cultura en términos espaciales con el fin de identificar, justamente, una dimensión territorial de la cultura.

2.1. La curvatura del espacio

Hemos afirmado que el *lugar* es la combinación de un tiempo y un espacio experimentados por un grupo social particular. No obstante, nos encontramos con una dificultad en las posibilidades de análisis que surgen de esta combinación, debido a que la curiosidad por las nociones de tiempo y espacio ha sido desigual¹ en la reflexión en torno a lo social. Las

¹ Sobre el desigual desarrollo de ambos conceptos coinciden Harvey y Nogueira. El primero constata el pobre desarrollo de la imaginación espacial al interior de las ciencias sociales (*Urbanismo y desigualdad social*, siglo XXI, México, 1970.). Mientras que el segundo afirma que los filósofos de la modernidad se centraron más en la discusión del tiempo por sobre la del espacio. Foucault da una pista genealógica de aquello: "en el momento que comenzaba a desarrollarse una política reflexiva de los espacios (finales del siglo xviii) las nuevas adquisiciones de la física teórica y experimental desalojaron a la filosofía de su viejo derecho de hablar del mundo, del cosmos, del espacio finito e infinito. Esta doble ocupación del espacio por una tecnología y una práctica científica ha circunscrito a la filosofía a una problemática del tiempo" Cit. L. Nogueira, *La risa del espacio: El imaginario espacio temporal en la cultura contemporánea*, Tecnos, Madrid, 1997, p. 245.

indagaciones respecto a la noción de tiempo han ocupado la principal atención e interés en el pensamiento, particularmente, de la modernidad. Por su parte, el espacio aparece como un campo – en tanto objeto intelectual - de menor densidad, mayoritariamente surge como una dimensión dependiente de otras, ya sea del tiempo mismo, de procesos identitarios o como expresión mecánica (física y cartográfica) de la cultura². El espacio que ha reflexionado la modernidad es de tipo euclidiano, plano, pasivo, operado más que operador de la cultura. Por ello, nos encontramos con un desafío, que más allá de pretensión alguna, intenta señalar una posibilidad para comprender el espacio en relación con el problema de la identidad. De manera especial, este ejercicio nos parece necesario cuando hemos estipulado que las transformaciones actuales, anteriormente descritas, han impactado de manera decisiva en las concepciones espacio temporales, sin embargo hasta ahora, se ha puesto un particular énfasis descriptivo en los desordenes temporales y en la crisis de la historicidad entre otros, que caracterizarían la época contemporánea. En efecto, nos aventuramos en vincular ambos] conceptos a manera de formar un binomio espacio/tiempo.

En primer lugar identificamos un espacio físico y arquitectónico (construido) diseñado y creado como proyecto que se relaciona con un tiempo social. El tiempo social es una forma consolidada de experimentar el transcurso del tiempo; su continuidad o discontinuidad, de establecer intervalos, de fijar ciclos, etc., por parte de una sociedad. Es la forma en la cual un grupo humano piensa su propia temporalidad, a decir verdad, como experimenta su historicidad. El tiempo social se expresa en una multiplicidad de dimensiones, desde la historicidad misma que experimenta dicho grupo en sus concepciones trascendentes o de cambio cultural, hasta en el ámbito cotidiano, como pueden resultar del producto de la segmentación entre actividades de trabajo y ocio, o en referencia a la propia experiencia de

² En la tradición antropológica la Ecología Cultural ha logrado llevar adelante un programa de investigación que vincula el espacio, como medio ambiente, a las prácticas culturales. La Ecología Cultural se centra en las estrategias adaptativas, con el fin de 'comprender los procesos particulares ejemplificados por culturas distintas en diferentes partes del mundo'. Su interés no se basa en encontrar patrones adaptativos de tipo universal. Para la ecología cultural el entorno no es considerado meramente en su presencia restrictiva o permisiva para el desarrollo de determinadas prácticas, sino también, en su dimensión creativa. Lo relevante es el establecimiento de los componentes del entorno que la cultura local da importancia y que permite diferenciarla de otras culturas locales en entornos similares. Los procedimientos de la Ecología cultural se centran en los usos tecnológicos que permiten explotar un entorno, así como los modelos de comportamiento que implican dichas prácticas de apropiación y de cómo ellas afectan otros aspectos de la cultura. El procedimiento de la ecología cultural se centra en la interpretación económica del espacio. (Stewart:1955)

envejecimiento de los sujetos. Antes de desbordar este concepto, queremos asentar la idea que la experiencia de un espacio se vincula a un momento particular de administración del tiempo.

Ambas dimensiones son concebidas como proyectos por un grupo social que da surgimiento a un binomio espacio/tiempo, en cuanto ambos se determinan mutuamente, por ejemplo; la concepción de espacio fija un orden para la sincronía y diacronía en la medida que es habitado, mientras que el tiempo, a través de la experiencia temporal, señala distancias y dimensiones. Ahora bien, queremos concentrarnos de manera más precisa en las condiciones del espacio al interior de este binomio que permitan ubicarlo en el centro del desarrollo de procesos de identidad. (MEN)

Quisiéramos compartir una breve experiencia para avanzar en esta relación. Hace unos años recuerdo haber visitado una casa museo en la ciudad de Valdivia³ que intenta 'reproducir' la vida cotidiana de una familia burguesa de origen alemán de fines del siglo XIX en la entonces pujante ciudad industrial del sur de Chile. Diversos objetos cotidianos se disponen en las habitaciones con el fin de imponer acciones imaginarias en cada una de las partes de la construcción. Las habitaciones están insertas en una jerarquía identificable por la sofisticación de los artefactos; desde armarios de maderas finamente talladas y lavatorios enlozados con motivos orientales, hasta cajones de tabla y bateas de latón dispuestos en las habitaciones periféricas de la construcción.

Se puede especular sobre el ordenamiento de la casa; los patrones por acá y la servidumbre por allá. Cuadros recordatorios de la natal Baviera, fotografías con rostros extranjeros en los salones iluminados y aterciopelados. Por allá, habitaciones modestamente decoradas para la servidumbre con objetos del mundo rural chileno.

Mientras observo por curiosidad tecnológica algunos objetos, se inicia una melodía romántica en la pianola mecánica de la sala principal, fijo la mirada sobre una de las señoritas retratadas e imagino su desplazamiento hacia el centro de la sala, escucho y observo su gracia frente al piano mientras la morena servidumbre agasaja ceremoniosamente a un par de señoritos

³ Museo de la Colonización Alemana Carlos Adwanter.

sentados cómodamente en un sofá rococó. Cuando imagino todas estas acciones el museo no vuelve a ser el mismo, los muros y decorados hablan otro lenguaje.

Lo cierto es que nuestra casa no se reduce a una materialidad neutra, sino se re-edifica sobre su registro histórico imaginario. La casa y los objetos poseen una aura temporal irreductible, posee su propio y particular murmullo temporal. Si el espacio se nos presenta como un plano, la casa en su pura materialidad, cuando imaginamos las prácticas que le dieron existencia ese plano se curva, ese espacio experimenta un cierto extrañamiento frente a nosotros, surge una alteridad mediada por el tiempo. El espacio se curva, adopta una geometría propia vinculada a un tiempo, dando cuenta de una relación particular entre espacio físico y tiempo social.

La idea de una curvatura⁴ espacial expresa un espacio/tiempo particular, en cuanto la construcción que un grupo humano hace del espacio en términos de su materialidad construida y conceptual que posibilita formas de habitarlo, de recorrerlo y usarlo. También remite a una forma particular de transcurrir el tiempo, es decir a una historicidad, en cuanto las sociedades vinculan un espacio a la producción del tiempo; de contenerlo, de congelarlo, de recrearlo o darle curso.

✗ Ahora bien, el espacio se curva a partir de dos fuerzas que se ejercen sobre él, dos tensores que articulan un grado de curvatura, a saber, tensores *externos* e *internos*. Entendemos como tensores *externos* las formas física - material y discursos sociales que reproducen ese espacio. Los tensores *internos* los entendemos como las prácticas que se articulan en el espacio en cuanto lo dotan de un sentido subjetivo, lo cargan de significaciones. Ambas fuerzas tensionales deforman y pliegan este plano imaginario, dotándolo de un coeficiente de curvatura propio de una época histórica y de un grupo social determinado. Entendemos que cada cultura ha imaginado su espacio con una curvatura de grado cero, con actitud etnocéntrica lo imagina como consecuencia natural, como pura formalidad, como construcción ontológica irreductible de su propia espacio temporalidad. En este sentido, los grados de la

⁴ L. Nogueira, *op. cit*

curvatura nos señalarían también el grado de alteridad, de nuestra distancia con las particulares experiencias espacio temporales que imagina cada sociedad⁵.

El grado de una curvatura responde a un momento particular de administración del tiempo. Podemos señalar que muchos de los análisis de la etnografía clásica presentan a sus sociedades de estudio como unidades que gozan de una complitud cultural, es decir, como una cultura homogénea y sin contradicciones. Esto refiere dos cosas; primero, la representación de una sociedad estática no sujeta al devenir cultural, como si de una vez para siempre se ha definido su experiencia espacio temporal. Segundo, la exposición de que cada sujeto, cualquier *trobíandés* o *nuer*, es representativo de su cultura en cuanto experimenta cotidianamente todo el universo simbólico de ella. De ahí, tal como afirma Augé⁶, la utilización de artículos indefinidos con los que se refiere a los nativos la etnografía clásica; *el nuer*, *el azande*, etc. Esta es la representación clásica de una sociedad tradicional (simple, primitiva, sin escritura o 'a escala'). Lo cierto que este simplismo para comprender una sociedad 'a escala' debe ser evitado en la utilización de la noción de curvatura. Si bien, el grado refiere a un momento particular, a una 'fotografía', lo interesante también es identificar sus posibilidades para comprender el cambio y de las diversas experiencias que contiene⁷, diferencias tanto personales como de contexto.

Ahora bien, como se desprende de su definición, un cambio en lo cultural se expresa en un cambio en el grado de la curvatura, como producto de una transformación del espacio físico y de los discursos que lo reproducen, así como una innovación en las prácticas culturales que se desarrollan en él.

Revisemos un ejemplo en que se ponen en juego estas nociones en clave de crisis. En un pasaje de *Tristes Trópicos*⁸, los *bororo* se presentan experimentando un desequilibrio radical entre los tensores externos e internos, en los cuales la significación subjetiva no encuentra

⁵ Idíbem.

⁶ M. Augé, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Gedisa, Barcelona, 1995.

⁷ En este mismo sentido de crítica a la unidad social total; ¿es posible plantear una lengua y una cultura (en singular)? Las lenguas (según Bajtin) son un conjunto de discursos divergentes, contestarios y dialogantes que ningún nativo se encuentra en condiciones de manejar completamente.

⁸ C. Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, Paidós, Barcelona, 1997.

mediación con la producción del espacio físico y sus discursos, que permitan la permanencia de su curvatura 'tradicional'.

"La distribución circular de las chozas alrededor de las casas de los hombres tiene una importancia tan grande en lo que concierne a la vida social y a la práctica del culto, que los misioneros salesianos de la región del Rio Garcas comprendieron rápidamente que el medio más seguro para convertir a los bororo es el de hacerles abandonar su aldea y llevarlos a otra donde las casas estén dispuestas en filas paralelas.

Desorientados con relación a los puntos cardinales, privados del plano que les proporciona un argumento, los indígenas pierden rápidamente el sentido de las tradiciones, como si sus sistemas social y religioso (indisociables) fueran demasiados complicados para prescindir del esquema que se les hace patente en el plano de la aldea y cuyos contornos son perpetuamente renovados por sus gestos cotidianos."⁹

El cambio que experimenta la sociedad *bororo* es de quiebre de su espacio/tiempo tradicional.] DoN.
Los tensores de su curvatura han cambiado radicalmente generando un nuevo grado.
Revisemos estas transformaciones.

En forma tradicional los *tensores externos* articulaban un espacio físico-construido expresados en la distribución circular de las chozas y discursos que reproducían esta configuración. Discursos emplazados en su sistema social y religioso, en cuanto el círculo de la aldea en referencia a 'la casa de los hombres', planteaba una división en mitades superpuestas que otorgaban principios de residencia y distribución de clanes. A su vez, la distribución de casas con determinadas funciones rituales, otorgaba durante ceremonias fúnebres un complejo orden para articular la aldea con lo sobrenatural. Por su parte, los *tensores internos* de su curvatura tradicional dado por las prácticas culturales que se articulaban con el plano físico, no sólo se expresan en los movimientos rituales imbricados en sus ceremonias, sino también, en que sus contornos son perpetuamente renovados por sus gestos cotidianos. Aquí Lévi-Strauss hace alusión al movimiento de los *bororo* durante el día entre las distintas mitades en función de actividades precisas. Como se desprende, la formación material de la aldea y los discursos]

⁹ Idídem., p. 234.

sociales que la reproducían se encuentran en perfecta sintonía, su curvatura goza de un grado cero. En efecto, se configura una geometría propia vinculada al tiempo social tradicional.

El advenimiento de un nuevo grado de la curvatura *bororo*, como producto de la intervención de los misioneros, pasa por la inadecuación de sus tensores, en cuanto el *externo* dispone una nueva materialidad del espacio a partir de un plano de filas paralelas, sin discursos *bororo* que medien su producción. A su vez, el tensor *interno* es expresión de la vacuidad de gestos cotidianos, las prácticas culturales que permitían renovar perpetuamente el plano de la aldea han perdido sentido. Frente a esta radical disociación entre sus tensores, el repertorio cultural *bororo* no tiene las herramientas para disminuir el desorden, la nueva contingencia, en consecuencia, han perdido la capacidad para definir una realidad. Entonces, inevitablemente, se anuncia un cambio de orden cultural. Los misioneros han comprendido que la mejor estrategia para la evangelización de los *bororo* es anular su concepción espacio temporales, a través de un cambio en el grado de su curvatura han inaugurado una nueva geometría vinculada a un tiempo social que dice relación a la puesta en copresencia de un tiempo *bororo* y un tiempo cristiano/occidental.

Podemos plantear que el conflicto al que son sometidos los *bororo* es sobre su idea de *lugar*. Desarticulado ahora, por la inadecuación de ambos tensores, nuestros indígenas son privados del plano que les proporciona un argumento, su *lugar* ha desaparecido, y como consecuencia no logran interpretar el mundo que se ha cernido sobre su propia selva. Si la curvatura tradicional *bororo* da cuenta de un espacio que se curva como consecuencia de una geometría vinculada a un tiempo *bororo*, ahora, el espacio adopta una nueva curvatura en cuanto surge una nueva geometría vinculada al tiempo de los misioneros con los *bororo*, es decir, se constituye un tiempo social que los ha puesto en copresencia, que los ha hecho contemporáneos. Dejando atrás la descomposición de su identidad, se ha iniciado un nuevo proceso de formación; una nueva materialidad, un nuevo sistema social y religioso, y nuevas prácticas culturales, en definitiva, una nueva forma de comprenderse a sí mismos, a los otros y el mundo que habitan.

*D. Harvey identifica el advenimiento de nuevas concepciones espacio temporales como indicadores de una mutación en la cultura desde el último tercio del siglo XX. La velocidad en

la transformación del grado de la curvatura es un indicador del ritmo del cambio cultural. La principal diferencia entre estas últimas transformaciones y lo que sucede en nuestro ejemplo *bororo*, es que éste se refiere a un encuentro de alteridad radical, con todas las características que en ella se denotan. Sin embargo, este tipo de encuentro se ha extinguido en la actualidad, luego de él, la copresencia de diversidad de culturas instauran un ritmo del cambio cultural que entona una permanente y continua adecuación de elementos que actúan sobre los *tensores*. Desde entonces, toda curvatura expresa una condición de historicidad para enfrentar acontecimientos y readecuar nuevas nociones espacio temporales. ✓

Respecto al problema de cambios en los grados de curvatura, nos orientamos ahora sobre el contexto del campo de fuerzas contemporáneo, el cual inauguraría una particular forma consolidada de experimentar el transcurso del tiempo. Caracterizada éste por imperativos de aceleración y movimiento que instaura nuevas nociones espacio temporales, entre ellas la de un espacio de los flujos y un tiempo atemporal. Nos referimos al impacto en la configuración de un *lugar* a partir de experiencia espaciales como producto, por ejemplo; de la formación de mega ciudades, de los nuevos disciplinamientos laborales, de la representación que articulan los media, etc., los cuales se constituyen en expresiones propias del tiempo contemporáneo y que situarían una particular curvatura del espacio. <

Podemos afirmar, al menos en términos teóricos, la existencia de una curvatura de tipo global. En ella se harían presentes los elementos más característicos de la contemporaneidad, en cuya curvatura participarían a lo menos las elites globalizadas. Esta curvatura sería producto de una geometría espacial relacionada a las redes del capital, a la circulación de signos y mensajes, enmarcados en un horizonte de orden planetario sobre el cual se actúa en cuanto ciudadano del mundo. Estas serían las características dominantes de esta curvatura, no obstante, sabemos que al ser una expresión contemporánea, copresencializa a diversidad de culturas, a la vez que este proceso de participación de sus características no es homogéneo, dando nacimiento a lo que habíamos definido como heterogeneidad multitemporal. En este sentido, el lugar local redefine sus propias curvaturas, combinando elementos de desarrollo propio y autónomo con otros provenientes de este espacio temporalidad global.

Concretamente, la experiencia espacial contemporánea infringe a las culturas locales a través de la aplicación de nuevas fuerzas sobre los tensores externos e internos de sus curvaturas. Presenta nuevas materialidades espaciales, discursos que los crean y reproducen, y nuevas prácticas que se articulan en él. El *lugar* local sintetizará algunos de estos elementos con los que se han configurado en el transcurso de su propia temporalidad. El asunto clave, tal como se desprende en forma diligente, es identificar este proceso de combinación y readecuación de fuerzas que definen un grado de curvatura. Si bien en nuestro ejemplo *bororo* nos encontramos en presencia de un cambio radical en el grado de la misma, la muerte de una forma ajustada a la tradición y el nacimiento de una nueva propiciada por su puesta en contemporaneidad, la condición de la posmodernidad nos instruye que el proceso de cambio contiene características heterogéneas en cuanto a la combinación de elementos.

Ahora bien, las preguntas son claras al respecto; ¿cómo se reproduce una curvatura de tipo local que se encuentra en comunicación con los elementos de lo global?, ¿qué nueva concepción de *lugar* surge de las nuevas relaciones?. En efecto, la respuesta a estas preguntas requiere de un operador metodológico, de un dispositivo de orden cultural que plantee una mediación entre lo local y global y que logre identificar un *lugar* como producto de dicha operación.

Este dispositivo requiere cumplir, con a lo menos, tres imperativos. En primer término debe hacer referencia a una experiencia compartida por una comunidad, que conjure la creciente autonomía de los sujetos y que por lo tanto dote de un referente colectivo. En segundo término, debe definir un territorio, un espacio particular recreado a través de discursos y donde se desplieguen las prácticas del colectivo. Por último, el dispositivo debe resolver una mediación que asuma el encuentro y el cambio, en efecto, que no los niegue a través de la formación de identidades de resistencia basadas en principios esencialistas. La identificación de un dispositivo que articule estos elementos para un grupo social, nos brindaría la posibilidad de registrar su proceso de formación de identidad vinculada a un territorio.

En los próximos apartados se desarrollan elementos precisos respecto a la noción de espacio que pudieran aportar en la identificación de este dispositivo en la construcción de un *lugar* por parte de los habitantes de la Isla Santa María.

2.2. La representación del espacio

Medir y jerarquizar son algunas de las prácticas que se le infligen al espacio. Como un cuerpo que debe ser disciplinado y educado para finalizar con su condición de *tierras incognitas*, salvaje y peligrosa, abandonada por los dioses, y por lo tanto de cualquier entendimiento humano.

Hacia el final de la Edad Media, las tierras más allá del horizonte divisada desde las costas europeas, africanas y en parte asiáticas, se representaban de manera monstruosa, con predisposición a engullir al humano y su fé. Una vez que los europeos arribaron a América, no sólo los salvajes debieron ser humanizados a través de su sumisión a la divinidad en palabra escrita, también el espacio debía ser exorcizado a través de la escritura; se fundaron ciudades para escribir el territorio ganado al mundo de la oscuridad. De esta manera, se inscribió el espacio con métrica precisa, caligrafía y reglas gramaticales propias de la cultura de los conquistadores.

El espacio escriturado posee su propia práctica de representación, que podríamos identificar como la práctica cartográfica cuyo producto insigne es el mapa. El mapa es una forma de escritura, es el grafos del espacio. La historia de este artefacto es compleja, sobrepasa con creces nuestros objetivos, no obstante, nos interesa fijar brevemente formas de lectura que nos propondrían la cartografía en la tradición occidental.

Entre el siglo XIII-XVIII se desarrollan en Europa las llamadas "cartas portulanas". Estas fueron la concreción cartográfica de una práctica extendida desde tiempos de los primeros

navegantes que surcaban el Mediterráneo. En su origen, la palabra portulano¹⁰ designaba los cuadernos de instrucciones en que los navegantes anotaban sus rumbos y las distancias entre puertos, reseñando de esta forma itinerarios de navegación. Estas cartas aludían a un listado de lugares enlazados, de manera tal, que indicaban un camino, advirtiendo sobre los tiempos para recorrer sus segmentos, señalando obstáculos y los requerimientos para ser salvados. Son, como se desprende, orientaciones para el viajero.

Esta forma de representar el espacio difiere con el mapa general, centrado en la descripción minuciosa de la geografía. Por oposición encontramos una diferencia central entre ambas formas. La carta portulana se escribe y se lee de manera lineal, tiene un recorrido, presenta una representación de tipo sintagmática. Esta hecha para ser portada, se traslada desde los monasterios y bibliotecas al puente de la embarcación para permitir un itinerario vectorial, podríamos decir que ella porta y es portada para el movimiento. Por su parte, el mapa permite una lectura discontinua, al presentar sus elementos en la simultaneidad se pueden generar infinitas posibilidades de combinación de sus unidades. Su aplicación en terreno es relativamente nueva, éste no fue extendido hasta fines del siglo XIX, cuando se logró cartografiar a escala los principales países europeos.

Ahora bien, extendamos el problema de la representación en el contexto que nos atañe, en cómo un grupo social construye e imagina su espacio. Para plantear este asunto utilizaremos el concepto de imagen ambiental¹¹ en cuanto se constituye en una forma de leer el espacio y construir una representación de él. Esta imagen es una representación mental que produce el sujeto respecto a su mundo exterior, construida a partir de una sensación inmediata con el entorno y de las experiencias anteriores que se han experimentado en él. La imagen ambiental permite orientar una acción a partir de la información que produce. Su relativa permanencia tiene como principal función reducir contingencia en los desplazamientos, no obstante, su construcción no se encuentra clausurada, la variabilidad de esta imagen esta dada por las posibilidades de socializarla, de experimentarla colectivamente. Por ello, si bien cada

¹⁰ <http://www.cerveracentre.com/>. 15/10/2001. Website dedicado al estudio cartográfico con centro en España.

¹¹ D. Lynch, *La imagen de la ciudad*. Infinito, Buenos Aires, 1966. En este estudio Lynch inaugura la aplicación de mapas cognitivos para la comprensión de la ciudad con objetivos vinculados a la intervención urbanística y arquitectónica.

individuo imagina el ambiente de una forma particular, es el carácter colectivo de esta imagen la que permite comprenderla como una dimensión constitutiva en la curvatura del espacio, en cuanto definiría sus tensores externos. —

La formación de una imagen ambiental se encuentra estrechamente ligada a un particular régimen histórico de visualidad. Este régimen es delineado por disciplinamientos de la mirada como producto de artificios políticos y tecnológicos que lo definen. Propongo una breve digresión a modo de ejemplo.

Respecto al disciplinamiento político de la mirada, Sennett¹² ensaya sobre el régimen de visualidad romana en la era imperial de Adriano (300 dc), planteando el establecimiento de un orden visual en pos de un orden imperial. La visualidad, en este caso, se orientaba a la credibilidad literal del poder reflejado en las construcciones imperiales, de la devoción religiosa en los monumentos, y en las fastuosas estatuas del extenso panteón romano y del orden civilizador impuesto al mundo por medio de las ciudades geoméricamente construidas. En definitiva; el imperio romano había hecho inseparables el orden visual y el poder imperial, afirma Sennett¹³. Esta visualidad romana se basaba en una relación mirar/crear. La idea 'el mundo es un teatro' tomaba cuerpo en el circo y coliseo, en cuanto las representaciones que ahí se realizaban funcionaban por medio de la suspensión de la incredulidad, lo cual permitía percibir la realidad por sobre una representación, farsa o imaginación subjetiva de los mitos.

La exuberancia en la expresión visual de la Roma de Adriano sería la causa/efecto del disciplinamiento político en la mantención del carácter imperial de la sociedad romana. Su poder es la piedra construida, así como la representación del mito es el mito mismo. Este régimen de visualidad, como vemos, no se trata de una mediación entre el orden político y la expresión visual, ya que ambos se funden en el mismo fenómeno, más bien habría existido una perfecta identidad entre ambas dimensiones.

¹² R. Sennett, *op. cit.*, 'La imagen obsesiva; lugar y tiempo en la Roma de Adriano'.

¹³ *Idibem*, p. 123.

Un segundo ejemplo, vinculado a la pertinencia del artificio tecnológico para fijar un régimen de visualidad, nos sitúa en los inicios del siglo XIX a propósito de la invención de una serie de artefactos de observación que tendrán un profundo impacto en la formación de un régimen de visualidad particular a la modernidad.

En esta época se realizan una serie de experiencias empíricas que relacionan el fenómeno lumínico de la visión a fenómenos de orden eléctrico y de agentes químicos y narcóticos¹⁴. De esta manera se plantea la incorporación de elementos de tipo fisiológico al problema de la mirada. Hacia 1820 se inventan una serie de artefactos como el Thaumatrope, el Calidoscopio y el Estereoscopio entre otros. Las características de estos artefactos permiten la exploración sobre la duración de imágenes, la persistencia retiniana, y la mezcla de imágenes y de campos de profundidad. La particular experiencia que genera el uso de estos artefactos en la observación afianza un paradigma de visión subjetivizada. La emergencia del sujeto en este ámbito, propiamente moderna, desplazará la idea de la 'cámara oscura' (tal como se desarrollaba en las primeras experiencias fotográficas) que imprime idénticamente la realidad, a una en que los intereses y pulsiones del observador generan una observación creativa frente a ésta. Este nuevo paradigma se afianza socialmente con la extensión en el uso de estos artefactos que consolidan una especie de subjetividad fisiológica en reemplazo a una óptica geométrica. El cuerpo hasta entonces había sido invisible para el problema de la visualidad. La visión se aloja en la subjetividad del observador, y como consecuencia, el acto de la observación es un momento particular (de invención) e irreversible, y por lo tanto se encuentra temporalizado. El mundo ya no es comprensible como la sumatoria simple de sus representaciones, ya que estas se producen en el tiempo de manera serial, donde lo que prima es la diferencia por sobre la semejanza respecto al referente.

Como se desprende de estos ejemplos, la formación de imágenes ambientales en la actualidad sería fruto de nuestro propio régimen histórico de visualidad. ¿Qué forma de lectura del espacio nos remite este régimen inserto en una sensibilidad epocal de tipo posmoderna?, ¿Cuánto impactan las nuevas tecnologías de la información en la concreción de estas representaciones?

¹⁴ L.Nogueira, *op. cit.*

Exploremos una respuesta a estos cuestionamientos. A fines de los 60's, K. Lynch¹⁵ se propuso objetivar la representación del espacio de los habitantes urbanos de las complejas ciudades norteamericanas. Como una forma de dar cuenta de la imagen de la ciudad construida por sus habitantes el instrumento que desarrolló, en su divulgada investigación, fueron los mapas cognitivos. A partir de ellos, la ciudad sería comprendida como un conjunto de sendas, nodos, fronteras y barrios, categorías que darían luz a la imagen ambiental de las grandes ciudades estadounidenses de la época. Para efectos metodológicos del estudio, las sendas estaban compuestas por calles, avenidas y carreteras; los nodos por los puntos de intersección al interior de la ciudad; las fronteras por las formaciones físicas que denotan la segregación de espacios; y los barrios serán los espacios que se identifican como una unidad. En efecto, se aprecia que estas categorías dan cuenta de prácticas de circulación y permanencia en el complejo entramado urbano.

No obstante, ambos tipos de experiencia, de circulación y permanencia, son jerarquizadas en el transcurso de la investigación. Los mapas cognitivos que construyen los entrevistados dan cuenta de un privilegio por las categorías de circulación (sendas y nodos), ya que a partir de ellas son definidas las fronteras y los barrios, es decir, son las prácticas de circulación las que terminan dotando de contenido a las categorías de permanencia. De esta manera, los mapas cognitivos que construye Lynch refieren por sobre todo a los itinerarios urbanos, a los desplazamientos por el espacio que realizan los habitantes. Esta práctica, en las conclusiones del autor, surge como la única posibilidad de ejercitar una representación de la ciudad, como estrategia de sus habitantes para comprender cotidianamente su ciudad.

* La fragmentación que experimenta el espacio urbano contemporáneo lo hace imposible de comprender en cuanto unidad. La experiencia discontinua y fragmentaria de sus habitantes logra generar un sentido de pertenencia con el espacio en la medida que es recorrido en forma presencial o imaginaria, estableciéndose como la principal fuente para aprehenderlo. En estudios recientes, ésta estrategia metodológica se ha consolidado para dar cuenta de la experiencia subjetivas en la comprensión de megaciudades¹⁶. La idea del itinerario urbano,

¹⁵ D. Lynch, *op. cit.*

¹⁶ Ver el interesante trabajo de N. García Canclini *op. cit.*, 1997.

como viaje cotidiano, apela a formas de apropiarnos del espacio, y a su vez, la posibilidad de imaginar los otros modos de vida, heterogéneos y diversos¹⁷ que se nos hacen patentes en el transcurso de él, y a partir de ellos enfrentar lo propio con lo ajeno. Estos viajes están compuesto tanto de experiencias presenciales como mediatizadas, ya que no sólo se tratan de experimentar interacciones reales, cada vez con menos tiempo para ser efectuadas en las megapolis, sino también acogen ese encuentro imaginario que decisivamente forma parte de nuestra experiencia espacial posmoderna.

El régimen tecnológico de la comunicación mediática nos refuerza la fragmentación ya que entrega su coherentización a la operación individual de cada sujeto, aquí los referentes para significar las partes no son exteriores al sujeto. Esta es la práctica que impone la estética del *video clip* o las posibilidades a las que nos dispone el *zapping*; un recorrido compuesto por imágenes aleatoriamente expuestas de duración variable, frente a las cuales el operador construye y desentraña una historia de sentido que él dispone.

De esta forma, el régimen de visualidad posmoderno y mediático, justamente afianza imágenes ambientales sustentadas en la mediación y la fragmentación. La representación que surge del espacio en este actual régimen de visualidad se asemeja a las cartas portulanas. Encadenamientos entre un punto y otro de manera tal que señalan un camino, la imagen ambiental opera sobre relaciones sintagmáticas que figuran un espacio para el movimiento. Anotan nuestros rumbos, señalan lo conocido y lo extraño, siendo producto de la acción creativa del sujeto. A pesar que las referencias son personales, su ámbito colectivo surge en la posibilidad de compartir redes en las cuales se articulan multiplicidad de experiencias.

En efecto, el itinerario se presenta como la posibilidad, la figura por excelencia, para representar el espacio como producto de la escritura discontinua y fragmentada con la cual lo ha inscrito la posmodernidad, el capitalismo tardío desterritorializado y los propios dispositivos tecnológicos. Esta forma de representación puede ser sindicada como la

¹⁷ Particularmente la diversidad que se identifica en el espacio urbano posmoderno hace referencia a la multiculturalidad. Como producto de la cohabitación de migrantes y su apropiación de fragmentos espaciales al interior de la ciudad. Así lo expresan autores como García Canclini (*op. cit.*, 1997), U. Hannerz (*Conexiones transnacionales*) y A. Signorelli (*Antropología urbana*, Anthropos, México, 1999).

representación del espacio de los flujos, no obstante, el itinerario tiene un sentido, jerarquiza y permite medir el espacio; todo itinerario debe sustentar un mínimo de relaciones diacrónicas y sintagmáticas entre sus puntos que permitan significar el espacio, el dato no menor, que todo itinerario tiene un punto de inicio y otro de llegada es el que permite que su trayecto cumpla con estas condiciones. Esta concepción de itinerario permite poner en cuestión el maridaje entre espacio de flujos y atemporalidad, y por lo tanto nos permitiría situar su dinámica como un elemento constitutivo en procesos de formación de identidad.

Sin embargo, aún es arriesgado plantear la construcción de un *lugar* a partir de prácticas de itinerar. En el apartado siguiente intentaremos profundizar en este contrapunto abordando un mecanismo por el cual el itinerario media entre el espacio y la cultura para tomar parte en los procesos identitarios.



Fig. 4. Sector 'Las Dolores', costa Oeste de la Isla Santa María

2.3. Identidad y viajes

Hemos aproximado una forma de representar el espacio, el espacio como recorrido, como itinerario; el espacio se comprende en la medida que hay un desplazamiento por él. He aquí la representación que se nutre del campo de fuerzas que hemos definido en el primer capítulo de este trabajo. No obstante, aún falta por definir cual sería el rol de esa experiencia espacial en la espacialización de la cultura, de cómo operan los procesos identitarios en esta representación del espacio.

El recorrido y el itinerario tienen una práctica que los pone en escena, que los dramatiza: esta es la figura del viaje. En 'El imán y el hindú', A. Gosh narra el desconcertante encuentro entre un etnógrafo y los habitantes de una aldea egipcia, un encuentro paradigmático entre viajeros;

'Cuando llegué a ese tranquilo rincón del delta del Nilo, esperaba encontrar, en ese suelo tan antiguo y asentado, un pueblo asentado y pacífico. Mi error no pudo haber sido más grande. Todos los hombres de la aldea tenían ese aspecto inquieto de los pasajeros que suelen verse en las salas de tránsito de los aeropuertos. Muchos de ellos habían viajado y trabajado en las tierras de los jeques del Golfo Pérsico; otros habían estado en Libia, Jordania y Siria; algunos habían ido a Yemen como soldados, otros a Arabia Saudita como peregrinos, unos pocos habían visitado Europa; varios de ellos tenían pasaportes tan abultados que se abrían como acordeones ennegrecidos con tinta. Y nada de esto era nuevo: sus abuelos, antepasados y parientes también habían viajado y migrado (...) se podía leer la historia de este espíritu inquieto en los apellidos de los aldeanos, provenientes de ciudades del Levante en Turquía, de pueblos lejanos de Nubia. Era como si la gente se hubiera dado cita aquí desde todos los rincones del Medio Oriente. La pasión de sus fundadores por viajar había prendido en el suelo de la aldea; a veces me parecía que cada uno de sus hombres era un viajero'¹⁸.

La sorpresa que nos despierta este relato es por su zamorreo al prejuicio que vincula 'ese tranquilo pueblo, tan antiguo y asentado' con una noción de permanencia, afirmando una nueva dimensión constitutiva de él; la experiencia del viaje, del movimiento.

¹⁸ Cit J. Clifford, *Itinerarios Transculturales*. Gedisa, Barcelona, 1997, pp. 11-12.

Tal como revisábamos anteriormente las transformaciones económicas han incrementado las relaciones de intercambio. Apoyada por las tecnologías de comunicación y transporte, el movimiento de mensajes, mercancías y gentes se han acelerado de manera definitiva. El viaje ya no es una práctica burguesa occidental tal como la construyó nuestra tradición, no sólo porque hoy en día el desplazamiento de multitudes de gentes por diversos territorios es una realidad ineludible, sino más bien, se nos hace evidente – tal como a Gosh - que la gente siempre ha viajado. Es probable que la diferencia en la actualidad radica más en un grado cuantitativo que en la cualidad del viaje como experiencia cultural.

El viaje se redescubre como un encuentro de nuevas experiencias, de cruce e interacción. La pequeña aldea entendida como sala de tránsito, como expresa Gosh, remueve y renueva la noción de cultura y su dimensión localista. Se ha entendido que la base de una vida social que dota de identidad se circunscribe a lugares delimitados que otorguen una residencia, el viaje en tanto, actúa como suplemento; las raíces siempre preceden a las rutas¹⁹. No obstante, estas prácticas de desplazamiento podrían surgir como constitutivas en la producción de significaciones culturales más allá de ser extensión o transformaciones de ellas. Y en este ámbito es la circulación, la experiencia del desplazamiento; de itinerar y trayectar, la que clama por un lugar en la comprensión de la identidad y el sentido de pertenencia.

El viaje corporal (presencial) e imaginado se ha constituido en una experiencia cotidiana que descentra la noción de lo local y la pone en conversación con lo global. Hay diferentes tipos de viajes; las diásporas, las migraciones, los viajes de turismo y de negocios, todas formas desplegadas como nunca por el campo de fuerzas contemporáneos. Nuestros isleños de la Santa María experimentan el desplazamiento - tal como los aldeanos del Nilo - como una experiencia fundante de intercambio e interacción de distintas dimensiones; migratorios, comerciales y religiosos, entre otros. También hay diferencias entre los viajes de las mujeres con las de los hombres y de los jóvenes con los adultos, experiencia viajera de una comunidad que redefine las nociones de residencia. Es así como el mundo se expande en virtud de los circuitos que lo cruzan, viajes presenciales y también a través de los viajes imaginarios producto de la mediatización de éste.

¹⁹ Idibem, p. 25.

De esta forma, el recorrido y el itinerario ponen en juego, alimentan la pregunta entre la constitución de un 'nativo' anclado al lugar de la residencia y la de un viajero que experimenta, en una acepción amplia, lo transcultural. ¿Cómo se podría construir una identidad con estos materiales?. Si bien esta pregunta se cierne de manera permanente sobre nuestro trabajo etnográfico, por ahora en esta revisión conceptual, la pregunta nos remite a un campo anterior, la de comprender un doble juego: la operación con la cual la cultura se despliega sobre el viaje, y a su vez, como el viaje se despliega sobre la cultura. Esta dimensión que es la que aludía el inicio del apartado; como la cultura puede ser pensada en términos territoriales.

En el apartado anterior, la representación del espacio contemporáneo se encontraba asistida por las categorías expuestas por Lynch en sus mapas cognitivos, representaciones de viajes urbanos, de desplazamientos por el espacio. El contenido de estas categorías se completa en cuanto la cultura opera sobre el espacio; ¿qué son las sendas, qué son las continuidades o discontinuidades, los límites, las fronteras?, y a su vez, como el espacio opera sobre la cultura; ¿Cómo se puede entender el devenir cultural a través de ellas?. M. Serres²⁰ plantea que estas cuestiones conforman el programa elemental de una topología, en cuanto el estudio de los topos nos aproxima a una noción de cultura y a una idea de identidad.

Serres, nuestro filósofo-matemático para esta cuestión, ensaya una definición de cultura que expresaría una relación con el espacio;

"Lo que diferencia las culturas es la forma del conjunto de los enlaces, su funcionamiento, su ubicación y, también sus cambios de estado, sus fluctuaciones. Pero lo que tienen en común y que las instituye como tales es la operación misma de ligar, de conectar. Aquí surge la imagen del tejedor. Imagen de ligar, de anudar, de construir puentes, caminos, pozos, entre espacios radicalmente distintos"²¹.

²⁰ M. Serres, 'Discurso y recorrido' en *La identidad*, Petrel, Barcelona, 1981.

²¹ *Idibem*, p.29.

Según lo anterior, es la acción de tejer como acción irreductible de la cultura, que articula y conecta espacios, lo que permitiría identificar a las culturas en su diferencia. Si asumimos la hipótesis estructuralista que la cultura se compone de un repertorio finito de unidades con sentido, la particularidad de las culturas (en plural) se centraría en la combinatoria de estas unidades discretas. Son a partir de las prácticas de ligar y desconectar que se edifica-expresa, entonces, la identidad particular de una cultura.] x

Los discursos culturales ponen en acción estas prácticas de tejido. M. Serres para expresar esta operatoria de los discursos recurre a las imágenes que desprenden los mitos, a partir de los relatos de Ulises y Edipo de la Grecia clásica. En el discurso mítico los personajes y los mismos mitos plantean una permanente conexión de espacios discontinuos. Los personajes intentan conectarlos a través de sus recorridos; surcan caminos, entran y salen de islas inaccesibles, arriban a costas donde no se pueden desembarcar. Están permanentemente enfrentados a bifurcaciones de caminos, destruyen o construyen puentes para saltar pozos. El discurso del mito, se constituye no en un discurso de un recorrido, sino, en el recorrido de un discurso: el curso, el camino que pasa por una disyuntiva originaria. Es la operación del relato mítico que desde su origen tiene por función vincular entre sí los espacios, discurso que tiene por fin la comunicación. El mito intenta transformar en espacio de comunicación un caos de variedades desvinculadas, intenta reanudar y anudar los cortes ecológicos.

El discurso es entendido como los inter-espacios que reordenan este universo de alteridad; sobre los archipiélagos se edifican puentes, se construyen itinerarios que los hacen inteligibles. A partir de esta operación entonces, las sendas, las bifurcaciones y las fronteras se transforman en operadores de la cultura, que permiten comunicar, darle un sentido y un orden a la fragmentación del espacio.

Antes del discurso hay caos, lugares inconexos, nos encontramos con una naturaleza originaria, incomunicable y deshumanizada. Es a partir del discurso que se culturiza el espacio, permitiendo que de sus unidades discretas surga la comunicación. Imagen simétrica con la cadena lacaniana; el discurso establece relaciones sintagmáticas que genera significado a partir de la conexión entre significantes, la comunicación de un sentido a partir del recorrido

de la frase, de la conexión de sus palabras. El espacio primigeniamente deshumanizado compuesto de unidades desvinculadas nunca volverá a ser el mismo. Antes del recorrido y el discurso que lo ejerce no existe la cultura; el problema espacial es entonces de carácter ontológico a ella.

Ahora bien, esta acción de ligar se encuentra en permanente actividad ya que el tejido es desbordado por las múltiples conexiones que establece, entonces se produce el desorden, la cultura debe desconectar para luego volver a ligar; Todo mito conecta, resuelve un problema de comunicación, es desbordado por las múltiples conexiones que él genera, por lo que bifurca y vuelve a unir²². La operación discursiva se inicia desde un conjunto de posibilidades de orden para instaurar un orden de posibilidades. Esta operación instauro un orden que inevitablemente será desbordado por sus conexiones, y de esta forma hace visible lo que su propio movimiento arriesga; el desorden y el caos.

El orden primigenio, figurado en los mitos fundacionales, siempre viene a poner orden en un mundo de exceso, en que las fuerzas de la naturaleza se han desbordado imposibilitando la existencia humana, de esta manera sublima el desorden, lo cual no significa que sea extirpado de una vez para siempre. Una sociedad tradicional que se ve así misma como mantención del equilibrio, en que se define una cierta estabilidad de orden, el desorden viene a instaurar la crisis, el caos, un mundo al revés. Por ello se le teme; el retorno de los dioses a la tierra, la naturaleza que despierta vengándose de los hombres.

Al desorden se le teme porque es irreductible, imposible de ser eliminado, pues se sabe que su eliminación es poner fin de manera definitiva al movimiento en el seno mismo de la sociedad, y por lo tanto, condenarse a la degradación de una forma muerta. El desorden, como es necesario entonces, se mantiene bajo otras formas, puede reforzar o incluso, ser constitutivo del propio orden; la única salida posible es trasformarlo en instrumento de trabajo con efectos positivos, utilizarlo para su propia y parcial neutralización, o convertirlo en factor de orden²³.

²² Idibem, p.35.

²³ G. Balandier, *El Desorden: La teoría del caos y las ciencias sociales*, Gedisa, Barcelona. 1997, p. 112.

Los ritos y desbordes colectivos como los carnavales y fiestas instauran una relación de juego con el desorden. Permiten un coqueteo con la inversión de los roles, con la trasgresión de las normas, trastocan los valores fundamentales, a modo de una representación simbólica de la trasgresión. Son explosiones liberadoras que permiten la comunicación entre incommunicables y de esta forma logran disminuir la presión de los mecanismos del poder²⁴. Son en definitiva, momentos de creación de nuevas relaciones, y si bien se producen en espacios demarcados por el orden que las presenta como desorden, son espacios en los cuales se juega, se imagina otra forma del mundo y la sociedad. De esta forma el desorden es contenido por el orden, lo desborda y reaviva. La dramatización del chivo expiatorio, la víctima sacrificial, opera en este plano; permite purgar el desorden acumulado por la comunidad, de no ser así, ésta se degradaría por la violencia interna, por la incommunicación entre los hombres y entre los hombres y sus dioses, después de ella nuevas comunicaciones han surgido. De esta forma, el orden de posibilidades instaurados por la acción de tejer de la cultura se somete permanentemente al desorden, los cambios en el recorrido del discurso articula el cambio cultural.

El discurso mítico será reemplazado por el discurso de la razón, estableciendo un nuevo espacio para el recorrido del discurso. La razón instala el espacio euclidiano, geométrico, universal y homogéneo. El espacio de la libre circulación y del transporte, en el cual todos los itinerarios son posibles; tomar diagonales, los recorridos más cortos o los más largos, todo para anular el caos y la incertidumbre, hacerlo todo comunicable. La razón reduce el espacio como obstáculo de comunicación, y de esta forma lo quiere hacer invisible, tal vez en el mismo sentido que planteábamos el desprecio de la modernidad hacia él.

²⁴ G. Balandier, *op. cit.* Balandier realiza una intensa descripción de personajes mitológicos de múltiples tradiciones que representan el desorden y el movimiento al interior de la cultura, personajes que de alguna manera expresan el espíritu de cambio de la sociedad. Dionisios sería el exponente de privilegio del desorden en la tradición griega; destruye las barreras entre lo humano y lo divino, lo salvaje y lo social. La representación de su discurso en forma de ritual dotaría una poderosa fuerza de renovación y actividad creativa para con lo social y humano: 'El ritual dionisiaco se basa en la creencia que todas las manifestaciones de la vida se reducen a un principio cuyo Dios es la personificación; cuando este surge en cada uno de los adeptos, en el momento del trance, se produce una verdadera apropiación del surgimiento vital, de esta exuberancia esencial. El movimiento de la vida es acaparado en su fuente, antes de toda domesticación, de toda sumisión de un orden', p. 127.

Sin embargo, el proyecto de la razón universalista y globalizante se enfrentará una y otra vez a los discursos locales, a las particulares combinatorias del tejido, que zurcen y descosen los espacios, se enfrentará a una persistencia en la espacialización de la cultura. La operación a la que finalmente apela la lógica racional es al aumento de las conexiones, de la interacción e intercambio, lo que aumenta es el movimiento y la comunicación.

El desorden y el movimiento son inseparables. El escenario de la posmodernidad acelera a ambos, la operación económica a través de flujos y la sincronía se constituye en el motor para ello. El desorden temporal y de los referentes introduce la incertidumbre como único principio estable. Entonces, conceptos como la verdad y la identidad se definirían en cuanto relaciones inestables, 'de una verdad a otra' y 'de una identidad a otra'.

Lo que se ha acelerado en la cultura contemporánea es la actividad de ligar/desconectar, de orden/desorden. Esta es una forma para plantear la relación entre lo local y lo global, al entender la primera como la generación de un orden de posibilidades de comunicación sobre la base de una red de significaciones de tipo local. A su vez, la globalización alienta con su movimiento la multiconectividad, como expresión de la desjerarquización del espacio. El inoslayable encuentro con la globalización por parte de una comunidad local introduce desorden a sus principios de identidad. La cultura local desbordada por todas esas nuevas comunicaciones - a partir de un espacio cuyo horizonte es el propio planeta -, selecciona, restringe y adopta espacios para hacerlos comunicables, y en ese momento construye nuevos discursos.

* El discurso identitario de un grupo social se construirá a partir de esta dinámica de generar comunicaciones, conectar y desconectar, que va configurando un territorio por el cual se despliega dicho discurso. *

Una vez que hemos finalizado el recorrido de este capítulo reseñamos nuestra discusión. La noción de curvatura del espacio permite definir una identidad vinculada a un territorio, en cuanto expresión de una materialidad física y los discursos que la recrean, y por otro lado, de las prácticas que se articulan en ella. El cambio en el grado de esta curvatura deviene por el *

cambio en las fuerzas que ejercen sus tensores. Ahora bien, parte de nuestra hipótesis plantea que este *lugar* se construye con materiales principalmente locales, restringido a límites dados por el espacio y el tiempo que experimenta dicho grupo, en efecto, el problema entonces es acerca de las concepciones espacio temporales que experimenta una sociedad. En este sentido hemos afirmado que la contemporaneidad actual inaugura un encuentro, entre lo que podemos denominar, materiales de orden local y otros de orden extra local (o global). La relevancia en la identificación de un dispositivo permitiría dar cuenta de la relación entre ambos, de su combinación y síntesis en la configuración de un nuevo *lugar*.

El dispositivo construido se centra en la figura del viaje, en cuanto se compone de itinerarios, de prácticas de trayectar que ligan espacios inconexos y diferentes para reedificar un tejido del territorio. Esta comprendida como una práctica irreductible de la cultura en su función generadora de significados y de su propia dinámica de cambio. Este dispositivo, entonces, al poner en relación los ámbitos de lo local con lo extra-local y vincular prácticas de permanencia y movilidad opera en la redefinición de la residencia, y por lo tanto en la idea de un *lugar*.



Fig. 5. Playa central de Puerto Sur con faenas de construcción de rampa, Enero del 2001

PARTE II

LA ISLA

"Describir una cultura es tratar de inducir a alguien en algún sitio a mirar ciertas cosas de la misma forma en que a mí me han inducido a mirar los viajes, los libros, las observaciones y conversaciones; es decir, a tomar interés (...). En los relatos que hacemos de ellas traficamos con los relatos de nuestros informantes, de nuestros colegas, de nuestros predecesores, con los nuestros propios; son constructos. Relatos de relatos. Visiones de visiones".

*Clifford Geertz*¹.



Fig. 6. Muelle de Puerto Sur.

¹ Geertz, C., *Tras los hechos: dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Paidós. España. 1996, p. 25.

En esta parte se presentan dos capítulos referidos al trabajo etnográfico llevado a cabo en la Isla Santa María. Se han tratado con discreción la exposición de datos y citas textuales, con las sospechas que si bien estos elementos colaboran en hacer creíble un relato, las cuestiones de fondo en la veracidad de una descripción, posiblemente, se encuentran en un ámbito ajeno a las destrezas del método. Lo que se presenta a continuación es un ejercicio de ensamblaje de materiales dispersos que se han reunido en las distintas campañas de trabajo de campo iniciadas en el verano del 2000.

CAPITULO 3: El territorio

3.1. Viaje

La primera vez que viajé a la Isla Santa María abordé el ferrocarril desde la Estación Central de Santiago rumbo a Concepción. El itinerario continuaba en bus a Lota, donde embarcaría una lancha que me llevaría a Puerto Sur, el principal asentamiento de la Isla Santa María.

La salida del tren desde Santiago es al atardecer, el largo convoy reúne vagones de pasajeros y de carga. Mientras dura la luz en el exterior, sigo con atención los poblados de los valles centrales.

El tren se balancea suavemente, con arritmia. La luz del alba ya ha entrado al carro, por las ventanas de vidrio y acrílico gastado pasea un paisaje de bosques de pino radiata. Escenografía simétrica que pareciera no terminar. De vez en vez, entre los pinos, se deja avistar algún rancharío que humea. Durante un par de horas la ubicación en el itinerario es incierta. La noche no ha sido cómoda, con un poco de frío, el movimiento descompasado de los

amortiguadores del carro induce a un estado de vigilia permanente. Algunas familias con niños inquietos y otros somnolientos, hombres y mujeres solas con buena cantidad de bultos y grupos de jóvenes forman parte de mis compañeros de viaje, entre todos no logramos copar los asientos. Maltas pequeñas y Pap a \$400 suavizan la noche.

Como es de esperar, el arribo a Concepción tiene un atraso de algo más de una hora. Es la primera vez que estoy en esta estación terminal, me sorprenden sus líneas hormigonadas de los años 30; odas al cemento, al fierro y a la monumentalidad funcional. El reloj en la torre de la estación está descompuesto y se oxida en el olvido. El reloj y su estación marcan otro tiempo, hoy se siente vetusta, mal cuidada y sucia, poco iluminada, descolorida y sin publicidad; todos indicios de un transporte desplazado por los nuevos requerimientos de la velocidad.

El viaje en ferrocarril es nostálgico, siempre nos trae imágenes de otros tiempos. Imagino a la República extendiéndose por sus ramales; Balmaceda y radicales inaugurando estaciones, escuelas y retenes de Carabineros. El ferrocarril posee un manto republicano, es progreso moderno y es Estado. El ferrocarril construyó la geografía de la República al ser la primera forma masiva de transporte, de circulación de conocimientos, sensibilidades y mercancías que conectó al país. Como toda forma de circulación impuso una disciplina del tiempo y una forma de entender el espacio, amparados en un proyecto de desarrollo y modernidad hoy abandonado. El ferrocarril permitió la experiencia masiva de alejar a la comunidad con sus dotes tradicionales y orales, mientras acercaba a las ciudades y sus promesas de libertad, de reinención de la historia colectiva y personal². Actualmente, la mayoría de sus hierros están tan oxidados como la idea de la República moderna; la gente hoy prefiere las carreteras a los rieles, el automóvil privado o el bus silencioso al vagón colectivo y variopinto. El ferrocarril

² Jorge Teillier viaja en ese ferrocarril, en 'Los trenes de la noche' de los años 50, deja atrás su Lautaro natal para dirigirse a Santiago;

Pronto amanecerá / Los frios gritos de los quelteñues, / Despiertan a los pueblos / Donde sólo brilla la luz / De un prostíbulo de cara trasnochada. // Los pinos descortezados y nudosos / Pasan interminablemente delante de nosotros / Y nos miran hasta que nos damos cuenta / De que su rostro es el rostro / De nuestros verdaderos antepasados. // Yo hubiese querido ver de nuevo / El pañuelo de campesina pobre / Con que amarraste tu caballera desordenada / Por el puelche / Tus mejillas partidas por la escarcha / De las duras mañanas del sur. // Los pueblos flotan en mi cabeza / Que he inundado de vino en este largo viaje / Como flotan los viejos troncos / En los rios con crecida. // Pero debo dejar el pueblo / Como quien lanza una colilla al suelo. // Hasta luego, / Hasta luego, / Hasta que nos encontremos sin sorpresa / Viajando por los trenes de la noche / Bajo unos párpados cerrados.

se detiene, se inmoviliza bajo los aviones, al lado de los buses y camiones. Su compañero el telégrafo es un simple testimonio de otra época, tal como el reloj de la estación mientras es atravesado por ondas satelitales y celulares, de microondas y fibra óptica. La diferencia de velocidad se incrementa inevitablemente, por ello, viajar en tren para algunos se transforma en una experiencia exótica, una rareza vinculada a un pequeño lujo de 'pérdida de tiempo', sin embargo, para otros sigue siendo lo cotidiano, reflejo de una modernidad heterogéneamente desarrollada.

He estado pocas veces en Concepción, siempre me ha despertado curiosidad ese proyecto de país que se expresó en sus calles y edificios, y en sus ciudades cercanas, ese ideario de construir una nación desarrollada a través de la industrialización. Concepción fue el símbolo del crecimiento industrial por largos años; industria pesada, puerto, manufacturas, etc., pareció ser el ejemplo por el cual la nación crecería a través de sus fábricas, formando obreros y ciudadanos extraídos desde los campos ingenuos frente a la modernidad. La ciencia, la reflexión social, la tecnología, todo pareció combinarse como un experimento de desarrollo calcado a los países ejemplares de la época.

Quisiera visitar los sectores industriales para husmear su estado luego de la reestructuración económica, no obstante, el tiempo apremia y me consuelo con iniciar el viaje a Lota. El trayecto presenta un remozado Coronel; parque industrial, autopista y puerto. Nuevas inversiones que denotan la culpa del gobierno por cerrar las minas de carbón y enterrar con ello una parte importante de la historia de la región y de la nación, de extinguir de paso un estilo de vida y silenciar definitivamente una cultura de reivindicaciones obreras y sociales. En mi arribo a Lota, la ciudad aparece en un letargo infranqueable, como si su carbón despechado la hubiera sumido en una tristeza terminal.

Aún es temprano, curiosa mañana; un cielo oscuro enrojece el sol matutino tras una espesa bruma que emerge desde los cañones de cocina empalmados sobre las galerías mineras y casas encaramadas en los cerros. El olor a mar recuerda y anuncia el único destino posible de Lota; antes bajo él, en el entramado de los piques; hoy, en la rica fauna que la naturaleza ha

dispuesto bajo todo el Golfo de Arauco. No obstante el deterioro actual de la ciudad, Lota con sus colores y olores es indiscutiblemente digna.

Camino al muelle se debe cruzar por un mercado de calles sinuosas y angostas. A cada lado los negocios forman un frontis continuo, sus escaparates aparecen al levantar las tapas sobre las ventanas, que ahora se transforman en cobertizos. Bajo estas funcionales marquesinas se emplazan cajones y mesas con una gran cantidad de productos de todos tipos. El comercio ambulante lo realizan mujeres que se instalan con mesas plegables que cubren con *pancoras*, limones o algunos *congrios* y *corvinas*. Son cerca de la diez de la mañana y entre las calles de curvas y cruces inciertos la actividad recién despierta.

En el muelle nuevo, una inversión compensatoria por el cierre de la mina, se venden los pasajes a la Isla, la mayoría ya están reservados. En las afueras de la improvisada oficina de ventas que opera en uno de los restaurantes del muelle, se producen fugaces encuentros entre vecinos isleños, la mayoría llega en grupos familiares cargando cajas y bolsas de malla. Mercaderías y objetos menores en general son los que se portan, la mayoría de las veces los embarques grandes, tales como materiales de construcción y electrodomésticos, son enviados en lanchas especiales para el flete.

'Cardenal Raúl Silva Henríquez' es el nombre de la lancha de pasajeros, desde el día anterior se encuentra fondeada en la bahía entre lanchas pesqueras. Para embarcarse en ella es necesario tomar un bote que aproxime a su cubierta. El Cardenal, como le llama la gente, es una embarcación de 15 metros de largo, con disposición de asientos en filas para una capacidad cercana a los 60 pasajeros, el espacio interior es estrecho y de una rústica comodidad. Una vez en orden el equipaje y los pasajeros, la lancha inicia un lento movimiento hacia el Oeste con destino a la Isla distante a 22 millas náuticas.

El mar esta calmo, la embarcación apenas oscila sobre las mínimas olas del Golfo. Decido salir a la estrecha cubierta de popa donde se puede respirar aire fresco, seguir el avance de El Cardenal e intercambiar algunas palabras con otros pasajeros. No tengo imágenes de la isla, ni un solo relato o idea preliminar que me predisponga a algo en especial, por ello cualquier

palabra se agradece y es seguida con atención. Sólo imagino un asentamiento similar a la Isla Mocha, muy cercana a la Santa María, lugar que años atrás había visitado como un curioso estudiante de Antropología. A partir de mis primeros intercambios advierto que la mayoría de los pasajeros son isleños, algunos han viajado al continente a realizar trámites, compras o visitas. Otros, los menos, aprovechan la época estival para vacacionar un par de semanas en casa de parientes y amigos. Se habla del clima y se me interroga tímidamente por las razones de mi viaje;

- Y usted amigo, ¿tiene familia en la isla? – pregunta un compañero de viaje de baja estatura.

- No, no, quiero conocer la Isla – es mi vaga y amplia respuesta.

Otro joven al lado mío apresura en forma sonriente;

- ¡Ah turista! -, como si mi presencia en la lancha se hubiera resuelto de una vez.

- Más o menos – replico rápido y un poco nervioso.

En realidad no hay nada más alejado que el viaje de turismo para describir las intenciones de mi empresa. Y esta distancia no tiene que ver con la oposición entre ocio y trabajo que supone el turismo, sino más bien, a las imágenes que nos presenta el viaje de turismo; la construcción de un exotismo para ser consumido, en el cual, la diversidad es reducida a mero espectáculo para su decodificación simple y rápida de las diferencias. Por su parte, el viaje - a secas - solía ser ese estado de transición entre lo conocido y el misterio, la aventura del viaje no tiene un final predefinido, su experiencia es abierta e incierta y son justamente estas características las que permiten encontrar, o mejor dicho, tropezar con la diferencia y descubrir la diversidad que aún cohabita en la lejanía de nuestras residencias³. Esta es la experiencia a la que me predispongo, y por ello mismo, la inquietud me acompaña durante la travesía.

Dos horas son suficientes para divisar el contorno de la isla. En su extensión sobresalen acantilados ennegrecidos por manchas de bosques. El viaje ha sido acompañado por grupos de gaviotas y saludado por lanchas que han extendido sus redes en medio del Golfo. Eventos ocasionales que han llamado el interés de los soñolientos pasajeros que han conversado de manera silenciosa durante las dos horas y media que ha durado la navegación.

³ Esta experiencia es lo que M. Augé llama el viaje imposible (Augé, 2001), aquel viaje de verídico descubrimiento que cada vez es más difícil de realizar, en cuanto la experiencia del viaje para la mayoría de la gente se reduce a las imágenes que presenta el turismo.

El arribo a la isla se produce casi una hora después del primer avistamiento. La Isla se ve como una franja larga y uniforme, solos las mencionadas manchas rompen con su horizonte. De manera similar al embarque abandonamos El Cardenal, por medio de un bote de pesca saltamos al muelle. En la superficie del largo y angosto muelle hay movimiento de carretillas y gente esperando a sus conocidos. Abrazos y saludos efusivos se corresponden, se descargan sacos de harina y cajas de variados tamaños, otros abandonan rápidamente el muelle entre la muchedumbre.

Yo me detengo un momento, echo una mirada rápida a la playa central y a las pocas casas que asoman, sujeto mi equipaje en el hombro y volteo a observar el bote que se aleja del muelle para regresar a la bodega de El Cardenal. Estoy en la línea de la playa, me dispongo a entrar a la Isla, aún entre el gentío me encamino con decisión a buscar una residencia luego de 18 horas desde que he iniciado el viaje.



Fig. 7. Plano de Puerto Sur.

3.2. Asentamientos

a.

La Isla Santa María tiene la forma de un triángulo. Uno de sus vértices está compuesto por una extensa punta de arena, mientras los otros dos están formados por altos farellones que alternan su culminación en el mar con angostas franjas de playa. La vegetación es escasa, su superficie sinuosa alberga exiguos arbustos y pequeños bosquecillos de pino y eucaliptos. Las posibles aptitudes agrícolas de la Isla no se desarrollan, tal como se expresa en la inexistencia de siembras y en la localización de sus asentamientos en las orillas, de cara al Golfo de Arauco.

De manera nitida se identifican dos asentamientos; Puerto Sur y Puerto Norte. El primero se emplaza en el centro-este de la Isla y alberga una población cercana a las mil quinientas personas, el segundo se ha erigido en el extremo Norte, donde la isla finaliza en una estrecha meseta cercada por acantilados donde se estrellan las aguas del Golfo y del Océano Pacífico, su población apenas alcanza el millar. Ambas caletas se encuentran unidas por un camino de ocho kilómetros que recorre la Isla por su centro. Cada asentamiento tiene características bien definidas que bien vale describir.

Puerto Sur, si bien es un asentamiento visiblemente compacto, se compone de dos mitades que se articulan en función de una calle principal. La frontera entre estas dos partes la constituye la playa central donde se ubican el muelle y una rampa, esto es lo que podríamos denominar el centro de Puerto Sur – sector del *chorrillo* como se le llama por la desembocadura de una pequeña vertiente en la playa - en cuanto también agrupa la actividad pública como si se tratase de la plaza de cualquiera ciudad y pueblo del país. Desde este punto y hacia el Norte, se extiende una calle adoquinada - que continua en forma de camino hasta Puerto Norte- donde se emplazan los servicios de la Isla; Retén de Carabineros, oficina de Registro Civil, una Escuela Básica, Posta y un local de Emaza (Empresa de Abastecimiento de Zonas Aisladas, ex-Eca).

La continuación de la calle principal hacia el Sur se enfrenta a una elevación, característica de la cual ese sector toma el nombre de *arriba*, ahí se emplazan una gran cantidad de viviendas. Por oposición, del *chorrillo* al norte se le llama *abajo*.

Arriba se encuentran las familias de mayor antigüedad y permanencia en la Isla. Las viviendas están emplazadas en terrenos de cuadrículas más o menos regulares cercanas a los mil metros cuadrados cada una. En el sector de *abajo* la urbanización es irregular, destacan en él la cancha de fútbol y una población de viviendas sociales construida a principios de los años setenta.

Por su parte, Puerto Norte es a la vista un asentamiento disperso. Lo componen tres caletas, de Sur a Norte se ubican: Caleta Inglés, con casas en los faldeos de una elevación que culmina en una extensa playa de conchillas; Caleta Macaya, que se encarama en las rocas de un farellón para evitar la alta marea y Caleta Hernández, casi en el extremo Norte y con más roqueríos que arena. En realidad, sólo en Caleta Inglés (también llamado Puerto Inglés) hay viviendas, en las otras dos se disponen bodegas para guardar los implementos de los pescadores. Sobre la meseta que ocupa el extremo Norte de la Isla se ha asentado desde los años sesenta - como reacción al maremoto de Valdivia - la mayoría de la población del Norte. Aquí se concentran las viviendas a partir de un intento de diseño urbanístico de calles verticales y horizontales. También se han emplazado la Posta, la Escuela y la cancha de fútbol, que arriesga a zambullirse en el mar los balones pateados con fuerza.

La clave para entender la fisonomía de todo asentamiento se encuentra en la historia particular que ha experimentado, por ello resulta relevante entender los distintos procesos que han determinado una forma de habitarlos.

b.

La Isla Santa María, al igual que la vecina Isla Mocha, fueron entregadas durante el siglo XIX en concesión a sociedades de explotación agrícolas-ganaderas. La primera concesión de que fue objeto la Santa María correspondió a una petición de Carlos Cousiño, el magnate del

carbón de Lota, durante la segunda mitad del mil ochocientos. Basado en los relatos de los isleños es posible identificar que hacia el año 1933, la explotación de la Isla ya había sido sucedida, desarrollada por entonces por una sociedad compuesta por dos empresarios; uno de origen francés y otro inglés. Por aquellos años, la sociedad Mathew & Mendes tenía una dotación de treinta inquilinos que habitaban en ranchos dispersos al interior de la Isla. Por esa misma época, en cada uno de los Puertos, ya se contabilizaban cerca de cuarenta pescadores asentados. Toda la población isleña habría arribado como 'enganchados' para el trabajo de la hacienda, paulatinamente muchos de los inquilinos se transformaron por iniciativa propia en pescadores y mariscadores.

Los isleños más antiguos aseguran el asentamiento de población mapuche antes del arribo de la concesión de Cousiño, incluso se asevera que los primeros colonos debieron bregar con esas poblaciones indígenas, con resultado de muerte y expulsión de los aborígenes. Otros afirman que algunos de ellos se mezclaron con los trabajadores de la hacienda, especialmente en el sector del Norte, lo cual daría razón a los rasgos indígenas de algunas de sus familias. La misma versión afirma la existencia de tres caciques a la llegada de los chilenos, cada uno con el control de un sector, para lo cual el territorio isleño habría estado demarcado por tres quebradas que se disponen de Oeste-Este. Más allá de la improbable veracidad de estos relatos, ya que existen indicios historiográficos y arqueológicos, que la Isla habría sido desalojada unos cien años antes de la concesión, existe el pleno conocimiento por parte de los isleños, básicamente a partir del encuentro fortuito de material arqueológico, sobre los asentamientos mapuches en la Isla de Tralca, tal como fue llamada por las poblaciones mapuches.

En los tiempos de la concesión, es probable que el trabajo en el mar haya sido visto como una oferta de libertad frente al riguroso trabajo apatronado del inquilino de la primera mitad del siglo veinte. Esta migración interna fue facilitada por la administración por parte de la Armada de los terrenos donde se establecieron los primeros pescadores, por lo cual dichos terrenos no se encontraban sujetos a la concesión comercial. Complementariamente, la diversificación de la actividad productiva debió ser beneficiosa para ambas poblaciones en cuanto podían intercambiar productos y así enriquecer sus dietas. Con el paso de los años la tendencia de

migración desde el centro de la Isla hacia sus costas se incrementó pese a la precaria tecnología con la que se contaba para trabajar en el mar. No obstante ello, la pesca con lienza y bote a vela debió ser visto como más atractivo que laborar en la hacienda cuidando de vacunos, ovejas; y cultivado trigo, arvejas, porotos y linaza.

En los inicios de la década del cuarenta, la isla se entrega en concesión a otros empresarios que llevaron exclusivamente animales en razón de la escasa mano de obra disponible. Este es un claro indicio del asentamiento de la mayoría de la población en el borde mar. Tiempo después, durante el gobierno militar, se realizaron dos ventas de terreno; una de 300 ha. en el Sur y otra de 400 ha. en el Norte, a empresarios foráneos a la Isla. Sólo uno de estos dominios es explotado en la actualidad, con escasos cultivos y orientado a la producción bovina trabajan apenas cinco personas. Se destaca como parte del proceso de deterioro de la agricultura isleña, que hace unos años la hacienda terminó la medianía con vecinos que permitía cultivar los terrenos 'bajos' de afloramientos de agua dulce.

El escaso desarrollo e importancia de la actividad agrícola-ganadera da cuenta de una vocación marina que con el tiempo ha monopolizado la actividad en la Isla. Un proceso contrario experimentó la vecina Isla Mocha, de compartir un pasado hacendal similar a la Santa María ha desarrollado una permanencia en las actividades agrícola-ganaderas. En razón de lo cual, el patrón de asentamiento en la Mocha sigue una forma campesina, expandiendo la ocupación del territorio por todo el borde de ella, el cual es el único lugar propicio para cultivos y mantención de animales. En función de estas actividades la Mocha se ha dividido en cerca de 30 parcelas, a su vez, ocasionalmente se pesca, recolectan mariscos, *pelillo* y *luga*. Por su parte, el abandono de la producción de la tierra en la Santa María ha obligado a importar casi la totalidad de la verdura, fruta y cereal desde el continente. Esta es una característica central en sus actividades, ya que predispone a un comercio obligado con el continente. Tal como veremos más adelante, el comercio y sus necesarios viajes se constituye en una figura fundamental para comprender a la sociedad isleña.

La disgregación que experimentan los territorios de la Mocha y la Santa María en el transcurso de los años nos presenta un elemento esencial, que a nuestro parecer caracteriza a sus

poblaciones. No referimos a actividades que remiten a formas distintas de administrar el tiempo, y tal como diría Foucault, disciplinas temporales que se expresan en disciplinas sobre los cuerpos. Por una parte, nos encontramos con un tiempo agrícola, marcado por las estaciones y los períodos de barbecho, siembra y cosecha, cada uno de ellos dispuesto en un calendario que de su cumplimiento dependerá la provisión y finalmente la subsistencia. Por otra, nos encontramos con el tiempo del pescador, que desentendido de la rigurosidad del calendario se entrega a la necesidad y genio del día o la semana. De esa forma, estas disciplinas ejercen un diferente control y presión sobre el agricultor y el pescador que impactan en la forma de vivir y experimentar la cotidianeidad. El pescador isleño ejercita, de forma bastante conciente, la libertad de su oficio, más alejado de los rigores y urgencias de las temporadas - que el agricultor - se entrega a su propio albedrío, no obstante, a sabiendas que dicha libertad, producto de cortos ciclos temporales, aumenta la incertidumbre.

Esta disciplina, que se expresa en un sentimiento de libertad en el pescador y mariscador, grava con firmeza su sentido de pertenencia a la Isla y su forma de vida. Esta manera de administrar el tiempo, es constitutiva en la forma que el isleño experimenta el mundo, y por lo tanto, se expresa en las distintas actividades que realiza y opciones que toma. El tiempo para el pescador/mariscador, una temporalidad restringida a breves períodos de tiempo, transcurre de forma más rápida que la del agricultor, en efecto, genera las condiciones para aumentar el movimiento de sus habitantes. La experiencia temporal del isleño le permite tomar opciones entre distintas fuentes de trabajo, haciendo cotidiano el desplazamiento por temporadas hacia otras caletas, pueblos o ciudades.

c.

En la historia de Puerto Sur y de Puerto Norte se identifican dos actividades que se realizaron durante un breve período de tiempo, pero que han resultado ser los principales antecedentes en el desarrollo de la Isla y de sus asentamientos en particular. Estas corresponden a la instalación de una ballenera en Puerto Norte y la 'fiebre del *pelillo*' desatada en Puerto Sur.

Se cuenta que un día, en los albores de la década del cuarenta, J. Macaya - un trabajador de la hacienda - encontró accidentalmente un *entierro*⁴ en el sector Norte de la Isla. Con la riqueza inesperada que el destino puso a su disposición, Macaya construyó una ballenera a un lado de la población que se había asentado en Caleta Inglés. De ahí en adelante, su riqueza se multiplicó, generando una actividad sobre la cual giraba buena parte de la población isleña.

Los Macaya son una familia que ocupa un lugar importante en el imaginario isleño. Todo el clan trabajaba en la ballenera, sus miembros se dividían las responsabilidades de administración de la factoría, captura de las ballenas y comercialización del aceite producido. En general, la gente de Puerto Sur atribuye a un golpe de suerte la riqueza de la familia que les permitió desarrollar el negocio, no obstante, algunos vecinos norteños que alcanzaron a compartir con los Macaya tienen otra versión del origen de su empresa, tal como lo expresa la F. Mellado⁵:

"Los Macayas empezaron a trabajar en el *luche*, lo llevaban en unos botes, no tenían lanchas todavía, cargado de *luche* a Lota para vender, de ese modo empezaron a trabajar, después se empezaron a hacer de plata y se compraron una lanchita y así. Los viejitos eran los que sabían, después los cabros se pusieron sinvergüenzas, a la gente no les pagaban lo que correspondía, cuando debían dar el desahucio a las personas no se lo daban, aquí nunca pagaron a un familiar o alguna cosa así, y así se hicieron ricos".

La caza de la ballena esta rodeada de imágenes épicas, el escritor H. Melville en 'Moby Dick', presenta el relato más divulgado de esta lucha límite del hombre contra la naturaleza, donde cazador y cetáceo batallan hasta la muerte para establecer la superioridad de uno sobre el otro. Melville también recaló con su literatura en las costas de la Isla Santa María, probablemente alguna vez la avistó desde la lejanía mientras vivía sus propias aventuras o quizás, algún compañero le comentó sobre su existencia, como sea, su relato reconoce a las aguas isleñas como hábitat de ballenas. El cuento 'Benito Cereno' relata el encuentro, llevado en el abrigo de la bahía de la Isla, entre un ballenero norteamericano y un barco a la deriva de origen

⁴ Se llama *entierro* a un tesoro escondido, generalmente su descubrimiento se relaciona a elementos mágicos.

⁵ Fresia Mellado, Puerto Norte.

español, corre el año 1799 y el desenlace presentará una historia de amotinamientos y suplantaciones al interior del barco siniestrado.

En los primeros tiempos de la caza ballenera en la Isla, un grupo de botes era remolcado por un barco hacia mar abierto o hacia el interior del Golfo. Una vez ahí, cada tripulación compuesta por un *piloto* responsable de la navegación, el *trancador* sobre el cual recaía la responsabilidad del arponeo y seis fornidos bogadores, debían identificar una ballena para seguirla por su cola. Ya arponeada, el éxito de la empresa consistía en mantener la presión sobre el cetáceo hasta que éste se rindiera extenuado y desangrado.

En esos tiempos las ballenas abundaban en las aguas próximas a la Isla, la variedad de especies y cantidad de ejemplares aseguraban el éxito de la empresa. Es así como a la rampa de Puerto Macaya arribaron ballenas *zalfaguara*, un cetáceo que se caracterizaba por ser de color blanco y de enorme tamaño - llegando a medir más de 50 metros de largo que la constituía en la más grande de las ballenas - ; la *espmuel*, ballena con dientes que daba un aceite de color blanco; la *zalbuey*, la única que se comía; la *quila*, - también conocida como orca - cuya principal dieta eran los lobos marinos; y la *reitual* identificada por sus largas barbas.

Una vez que la ballena llegaba al Puerto, se subía por la rampa por medio de un sistema de poleas, puesta fuera del alcance de las olas se procedía a reducir al cetáceo en partes suficientemente pequeñas para ser introducidas a una docena de hornos de fierro de tres metros de diámetro. Ahí, el tocino de la ballena era frito hasta que su carne y grasa se transformaba en el preciado aceite que luego era enlatado, y posteriormente, embarcado hacia el continente. Cuando ninguno de los ejemplares se encontraba en faena, los trabajadores de la factoría se volcaban a la mar en busca de pesca y marisco.

Antes del desarrollo de la ballenera, Puerto Norte tenía una pequeña población que en su mayoría había arribado a la Isla como inquilinos. El éxito de la empresa y su fama que recorría el Golfo se expresó en una oleada de migrantes deseosos de participar de esta aventura. La necesidad de mano de obra para los momentos de mayor producción entregaba las condiciones

para el asentamiento permanente. En un primer momento se aceleró el proceso de abandono de la hacienda complementado con el desplazamiento de pescadores desde Puerto Sur. Después, la población vinculada a la factoría llegaba desde caletas cercanas como la de Tubul, otros eran mineros que buscaban nuevos horizontes más allá de los piques de Lota, mientras que un grupo numeroso arribó proveniente de la Isla Mocha. De esta manera la población aumentó rápidamente. Sin contar con datos precisos, hemos constatado que la mayoría de las familias más antiguas de Puerto Norte se asentaron en función de las labores balleneras.

La factoría incorporó algunos avances técnicos en sus procesos. J. Maravilla⁶ recuerda los momentos de mayor productividad de la ballenera mientras operó en la Isla:

"Después empezaron a picar los huesos, antes sacaban el tocino no más y el resto lo botaban todo, como la industria se empezó a modernizar como fueron ganando plata. El tocino empezaron a cocerlo no freírlo, antes lo freían no más. Pasaban en los ollones uno filetes, el tocino lo sacaban en chola, con un cuchillón que va dejando entreabierto, como trocitos y ahí se echaba a las olletas y se freía, con el mismo tocino se freía, se necesitaba un poco carbón para hacer funcionar el huinche que sacaba a las ballenas. Después estaban la enfriaderas, para enfriar el aceite e ir echándolo a los tambores. Habían unas bodegas donde se almacenaba para después sacarlo en lanchas para sacarlos a San Vicente, las lanchas sacaban 8, 10 o 12 tambores, dependiendo de las lanchas que no eran de los Macayas, sino eran arrendadas."

La captura también experimento transformaciones. Los botes con bogadores fueron reemplazados por una lancha ballenera adquirida a la empresa Indu, la ballenera de Quintay. Esta lancha portaba un cañón para el arponeo, cuya operación era realizada por un cañonero – tripulante que dirigía el cañón - que la misma empresa de la competencia había facilitado. Se cuenta que durante un par de semanas la nueva adquisición no daba fruto, la lancha vagaba en busca de ballenas y cuando las encontraba el cañón no resultaba eficaz. Los Macayas empezaron a sospechar que la poca fortuna de la lancha se debía a un boicot de la empresa a la cual habían comprado el material. Neftali Macaya, uno de los menores del clan, decidió aprender a usar el cañón. Luego de un breve tiempo de practicas se hizo a la mar con excelentes resultados; en dos salidas logró capturar seis ballenas.

⁶ Juan Maravilla, Caleta Inglés, Puerto Norte.

Este breve incidente retrata el espíritu emprendedor de los Macayas para levantar este competitivo negocio, y confirma la gran capacidad productiva que había alcanzado la factoría. En razón de estos dos elementos es que el clan compuesto por el fundador, sus hermanos e hijos deciden dejar la Isla e instalar sus faenas en la caleta de Chome, una pequeño asentamiento en el continente frente a la Isla. Antes que termine la década de los cincuenta, la factoría ya era una serie de instalaciones abandonadas, el otrora clan dueño y propulsor de esta actividad habían partido con toda su riqueza para expandir su empresa en un lugar con mejores comunicaciones y más cercano a las posibilidades de negocios. Algunos trabajadores, los que habían logrado una mayor cualificación, partieron junto a los Macaya, no obstante, la gran mayoría se quedó por un tiempo y otros para siempre en Puerto Norte. Sin embargo, para el clan ballenero la fortuna pronto acabó, durante el gobierno de E. Frei Montalva se declara la veda a la ballena por un período de veinte años, llegando de manera súbita el final a este lucrativo y épico negocio.

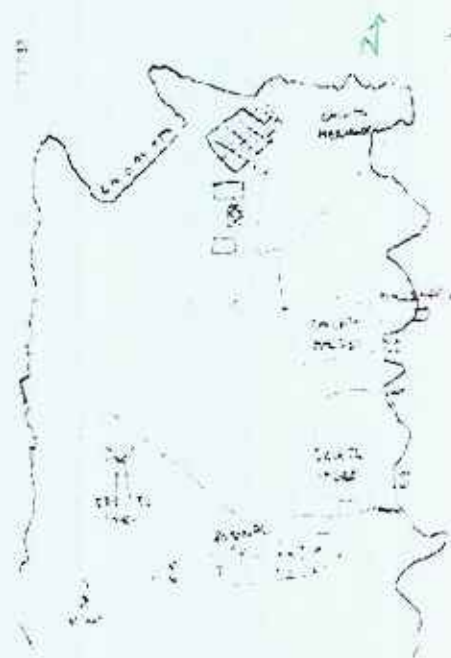


Fig. 8. Plano de Puerto Norte.

d.

Hasta el año 1966 las algas, el *pelillo* en particular, tenían apariciones esporádicas en las costas de la Isla. Durante ese año grandes cantidades de *pelillo* se vararon en la extensa playa de Puerto Sur. Era tanta su cantidad que se acopió formando una muralla que cubría casi toda la extensión de la punta de arena. Nadie sabía cual podía ser su utilidad, a diferencia del *luche* y el *cochayuyo*, algas comprobadas en su valor alimenticio y buen sabor.

En el último trimestre de ese año arribó una lancha a la bahía de Puerto Sur con una curiosa tripulación; un grupo de hombres descendió y empezó a recorrer la playa observando, tocando y oliendo el *pelillo*. Luego de escrutar por un par de horas el alga, las visitas entablaron conversación con algunos isleños instigándolos a recoger el alga para ellos así comprárselas. La labor requerida era simple; sacar alga del murallón varado en la playa, secarlo al sol y esperar a que fueran a pagarlo. Si bien la propuesta era sencilla, no logró entusiasmar a la gente por la incredulidad que despertaba la promesa hecha por el grupo de hombres que hacia el atardecer ya habían abandonado la Isla.

Sólo cuatro personas decidieron realizar el experimento. En un día extrajeron ochocientos kilos, posteriormente, y siguiendo con las indicaciones de los misteriosos hombres de la lancha, extendieron el alga a secar. No quisieron trabajar más, después de todo si la propuesta resultaba ser una broma quedarían expuestos al ridículo por caer en el timo de unos afuerinos. El alga se guardó, y a las pocos días el asunto de había olvidado.

Al cabo de unas semanas retornó la lancha con los mismos extraños visitantes, esta vez desembarcaron dispuestos a pagar por el trabajo encomendado. Los cuatro amigos fueron raudos a buscar el *pelillo* que habían almacenado, a su entrega en la misma playa central de Puerto Sur, recibieron cincuenta centavos por cada kilo de alga seca que concedían para ser embarcadas. En la medida que los vecinos se acercaban para seguir con detalles la inédita transacción, el inmenso murallón varado comenzó a transformarse en la mente de los isleños; cada kilo de alga, de los millones que se encontraban ahí, se convertiría en cincuenta centavos. Este fue el primer síntoma de la fiebre del *pelillo* que se cernía sobre la Isla. Por esos

inesperados golpes de fortuna, quizás como compensación de la suerte de los Macayas, habían descubierto una mina de riqueza, pero no de carbón como las del Golfo, sino de algas arrancadas por la braveza desde el fondo marino y llevadas por las caprichosas corrientes hacia esa playa bendita.

Se vinieron años intensos para la otrora apacible vida isleña. El aviso de tanta riqueza varada atrajo a trabajadores de distintas partes alentados por la facilidad de arrancar centavos desde la orilla de la playa. Muchos migrantes huían de las penurias del carbón, otros aventureros dispuestos a probar suerte provenían desde caletas cercanas o de tierras interiores del continente. A diferencia de la migración en el Norte producto de la ballenera, aquí cada nuevo trabajador laboraba de manera independiente, no necesitaba incorporarse a un oficio particular dentro de un proceso productivo, cada uno extraía lo que podía, lo secaba y luego lo vendía a algunos de los comerciantes que se asentaron paralelamente.

Familias completas arribaron a Puerto Sur. Adultos y niños extraían el alga durante el día, en la noche sólo quedaba refugiarse en precarias viviendas, apenas unos trozos de madera o, lo más afortunados, se hacinaban al interior de los *casilleros* dispuestos por las empresas compradoras para el almacenamiento del *pelillo* antes de ser embarcados. Este era el nuevo paisaje de asentamientos dado lo vertiginoso de la migración.

Los casilleros no pasaban de ser unas casetas de maderas que se disponían a todo lo largo de la playa, inicialmente fueron construidas para almacenar el producto, más rápidamente fueron apropiadas por los trabajadores que en un pacto explícito se comprometían de esta forma a vender su extracción a quién le administraba la precaria habitación. La necesidad urgente de encontrar las mínimas condiciones de subsistencia para trabajar, tan propio de los estados febriles generados por la riqueza fácil, generó una población irregular donde se combinaba la vida familiar con la osadía de aventureros independientes.

La autonomía en el negocio permitió la operación de varias empresas compradoras que luego vendían los cargamentos a una planta de procesos ubicada en Valparaíso. La primera en llegar fue *Peñuelas*, una firma con casa matriz en Valparaíso y experiencia en el negocio. La

competitividad se hacía presente con otras firmas; *Chile Exportaciones*, *Midesa* y las más tardamente creadas; *Cooperativa de la Isla Santa María* que agrupaba a parte de los isleños y la *Cooperativa de Tubul* compuesta por algeros tubuleños.

Una familia trabajando siete días lograba juntar cerca cinco mil kilos de alga. Por lo general se esperaba un día a la semana para vender. Dada la cantidad de alga que se debía pesar, esta actividad se compartía con otros vecinos convirtiéndose en un pequeño acontecimiento que imprimía vida en los casilleros después de las arduas horas de trabajo. T. Herrera⁷ recuerda;

"Cuando la gente vendía en los casilleros pedía ayuda para pesar, a veces era mucho el *pelillo* y sólo no se podía hacer, entonces ya, se ponía a pesar y le pedía ayuda a los vecinos para que ayudaran, eran hartos porque era mucho el *pelillo*. Pero, claro que se ofrecía una damajuana para hacerlo con más interés. Entonces ya se terminaba y el otro vecino también iba a pesar, y de nuevo otra damajuana, y así, ya cuando se acababa el último que iba pesar en los casilleros, ya estaban todos curaos."

No obstante el ajetreo que reinaba en la Isla, no eran muchas las posibilidades de esparcimiento que existían. El dinero, el hacinamiento y aislamiento ejercían un urgimiento especial por viajar al continente una vez que se había trabajado lo suficiente. Para los hombres, estos viajes recreativos se orientaban de preferencia a Lota, donde la señora Gloria y sus tres casas de niñas emplazadas en el puerto, juerga que confundía por un par de noches a mineros y algeros. Al regreso de los viajes al continente, los trabajadores retornaban con víveres, ropa y algo de licor que tenía prohibida su comercialización en la Isla.

El contundente trabajo de los hombres, mujeres y niños no tardó en desarmar la muralla de alga, para luego incitar a los algeros a introducirse en la orilla de la playa y recolectar lo que sus manos y chinchorros podían acumular en las horas de marea baja. En 1973, la cooperativa de la Isla se afilió a *Cooperalga*, junto a las cooperativas de Coquimbo, Maullín, Ancud y Cerro Verde, intentaron conformar una fuerza compradora más ventajosa para los algeros. Sin embargo, el esfuerzo organizativo no tuvo mucho tiempo para rendir frutos, ya que hacia 1975, al *pelillo* le entró una peste que mermó la producción. Al mismo tiempo, al no existir

⁷ Tomás Herrera, Puerto Sur.

ningún tipo de regulación sobre las formas de extraer el alga, se utilizaron técnicas depredatorias; muchos habían empezado a usar arañas metálicas para arrancar de raíz las matas próximas a la playa. De esta manera se arrasó con las praderas naturales que tanta riqueza habían entregado. La mayor presión por el recurso derivó en una disminución en la reproducción del alga, haciéndola cada vez más escasa. Hacia finales de la década del setenta ni la braveza, ni las arañas proveían de *pelillo*.

Luego de un par de años en que el estado febril se apaciguó, la década de los ochenta se inició con una nueva bonanza, con renovado y abundante *pelillo*. Sin embargo, los japoneses, los compradores finales durante todos esos años, habían aprendido el misterio de los mares del sur y ya experimentaban con éxito sus propias siembras de praderas al otro lado del mundo. Para mayor desgracia de la Isla, su braveza tan propia, la misma que había regalado el recurso, ahora negaba la posibilidad de plantar más y mejor *pelillo* en praderas artificiales. El bajo precio del alga no logró desatar una nueva fiebre.

Sólo la memoria guarda estos recuerdos. No hay rastros materiales de aquella época; el mar se ha llevado los casilleros. Aún sobreviven un par de galpones y tractores con los que operaban las empresas, hoy en día mantienen su misma función, pero con modestia. No hay vestigios de la fiebre, el *pelillo* renovado que se vara en la actualidad hace recordar de manera distante y ya ajena esos años de tanta excitación.

La fiebre dejó nuevos vecinos y una población construida por el gobierno sobre la idea de que la bonanza no acabaría tan rápida. Muchas de esas casas están abandonadas por sus dueños originales, las han entregado en arriendo o las vendieron alejándose definitivamente de la Isla. Algunos lograron ahorrar y mejoraron sus casas y compraron material para volver a la pesca y el marisco. La mayoría simplemente desapareció junto a la fiebre. Los jóvenes que trabajan actualmente recolectando *pelillo* en la playa, conocen muy bien lo que hicieron otros hombres y mujeres de tierras lejanas hace 20 años en esa misma orilla, en el mismo trabajo, pero con otra esperanza en el alga que regalaba el mar.

Los acontecimientos producidos por la Ballenera y la fiebre del *pelillo*, se constituyen en accidentes en la historia isleña. Accidentes en cuanto fueron sucesos que se desencadenaron a través de una violenta aparición y desaparición, sucesos que se identifican de forma clara con un inicio y un final. Mas allá de ellos, el isleño continuó con su trabajo en el mar; buscando peces y extrayendo mariscos. En este sentido, lo relevante de ambos episodios dice relación con la experiencia de un acelerado y precario proceso de migración. Comunidades, familias e individuos se asentaron en la Isla con el objeto de ser parte también de las expectativas de un pasar más abundante y un futuro, tal vez, más promisorio.

Durante ellos el tiempo isleño experimentó una aceleración, la apacible vida fue interrumpida por el intercambio generalizado y por el encuentro diverso entre residentes y migrantes. Si bien, la actividad económica retornó a lo mismo de 'siempre', lo distintivo en ambos fue una aceleración de ese proceso de asentamiento que había experimentado la Isla; del continente a la hacienda, de la hacienda al borde mar, llevado a cabo en el transcurso de varias décadas y de forma esporádica, ahora, sólo en un par de años los diversos orígenes y costumbres precipitaron su asentamiento en la Isla. Donde cada grupo migrante buscaba su lugar, donde se inauguró un nuevo tipo de presencialidad y coresidencia entre los habitantes.

Lo cierto es que, a partir de estos episodios, el territorio extendió sus fronteras. No sólo por ser actividades desarrolladas para el mercado nacional e internacional, lo cual obligó a establecer redes con otros puntos del país, sobre todo, porque la mayor diversidad de orígenes de su población permitió incrementar las comunicaciones con el continente, e incluso con la Isla Mocha, a través de los nexos familiares y comerciales.

3.3. Actividades

a.

A partir de unas 30 breves entrevistas que se realizaron durante la primera residencia de trabajo de campo, se logró plasmar una imagen general sobre la actividad económica de la población. Sobre ellas reseñaremos las más importantes que permitan definir la dinámica de la Isla.

La vocación de la isla y del isleño esta en el mar. En casi la totalidad de los núcleos familiares la actividad vinculada al mar se expresa a través de tres formas; en la pesca cuando se participa del calamiento de redes en bote isleño o cuando se forma parte de la tripulación de alguna lancha restringido a determinadas temporadas; como buzo o marinero de bote mariscador; y como recolector de *pelillo* y *luga*. Las dos primeras actividades son restrictivas para hombres, mientras la recolección de algas se realiza indistintamente por hombres, mujeres o niños. Otras actividades como el comercio o servicios personales ocupan un lugar reducido en la población.

Para ejemplificar lo anterior, nos apoyamos en un joven matrimonio de Puerto Sur compuesto por Domingo⁸ e Isabel⁹. Ambos bordean los treinta años. Los padres de Domingo son nacidos y criados en Puerto Sur. Los de Isabel en Puerto Norte, no obstante, han vivido una larga temporada en San Vicente, desde donde ella se vino a la Isla para contraer matrimonio con su actual marido. La pareja tiene dos hijas y un hijo; la mayor cursa octavo básico en la escuela del Puerto a la cual asiste diariamente junto a sus hermanos menores. Mientras Isabel se preocupa del manejo de la casa, Domingo trabaja como marino en un bote, aspira con el tiempo poder juntar algo de capital que le permita comprar el traje de buzo y después pensar en un bote y su equipamiento, y de esta forma poseer su propio material. En la época del *pelillo*, los meses de verano, se arranchan en el sector de Tres Cuevas durante un par de días, cuando no, salen en busca de la *luga*, del *cochayuyo* y el *luche* dos veces a la semana en la

⁸ Domingo Ayala, Puerto Sur.

⁹ Isabel Peña, Puerto Sur.

playa Las Gaviotas de Puerto Norte. Cuando asisten a estas faenas se hospedan en casa de la hermana de Isabel que reside en Caleta Macaya. Los ingresos que se generan de la recolección de algas permiten incrementar los recursos familiares, y los de Isabel en particular.

Domingo tiene cuatro hermanos, todos mayores que él, todos pescadores; dos de ellos viven en la isla, uno en Lota y otro en Caldera. A su vez Isabel, entre sus cinco hermanos ella es la menor. Su única hermana vive en Puerto Norte donde lleva una vida similar a la suya, por su parte, los hermanos hombres se encuentran disgregados por la actividad de la pesca; dos de ellos viven en San Vicente, uno en Valdivia y otro en Coronel. Tal como se aprecia, la familia extensa se encuentra dispersa en distintos puntos de la geografía costera, siempre guiado por el trabajo imperativo del hombre, cada miembro ha buscado y encontrado diversos puertos desde donde sea posible zarpar en busca de pesca o de marisco. La familia nuclear compuesta por Isabel y Domingo también pronto se separará, cuando Inés - la hija mayor - deba continuar sus estudios secundarios en el continente.

Es así como, ya sea por la necesidad de trabajo o de servicios, la familia isleña reside en distintos lugares, cada miembro busca un lugar donde desarrollar sus actividades, no obstante, las relaciones entre ellos se mantienen a través de los viajes que permiten actualizar los vínculos familiares configurando una red de apoyo. Especialmente, Puerto Sur articula importantes nexos en el sector de Lo Rojas en Coronel, al tiempo que la población de Puerto Norte lo hace en el puerto de San Vicente. En ambos sectores se han constituido pequeños barrios de migrantes isleños.

En este sentido el territorio de la familia isleña es una red que articula puntos dispersos por el Golfo u otros lugares del país a través de los viajes que realizan sus miembros, ahora bien, sobre esta característica de la Santa María volveremos con detenimiento en el próximo capítulo.

La actividad de pesca se lleva a cabo en bote o en lancha. La pesca en bote es la práctica más antigua de la Isla. En el pasado se realizaba en *chata*; botes a vela de siete a once metros de largo que demandaban tres o cuatro tripulantes. La navegación en bote a vela requiere de una

técnica particular, no solamente es importante el manejo de la vela, sino también la habilidad para entender los caprichos del viento e identificar las corrientes a partir de los colores del agua. Lo más antiguos cuentan de como se podía navegar observando el agua cuando el viento desaparecía y de esta forma se dejaban llevar por las corrientes propicias para sus trayectos. S. Muñoz¹⁰ recuerda;

" Mientras los tripulantes de popa llevaban los remos, los de proa iban mirando la mar donde tirar las lienzas, mirando las piedras. Se llenaba una amarra, anclate, tanteando si en el fondo había arena o piedra. Se trabajaba el colorado, la *corvina* y la sierra todos con lienza, con lienza de cáñamo. En los mismos botes se navegaba con velas o remos. Con buen viento se llegaba en tres horas a Lota y toda la noche con remo".

En la actualidad, el desarrollo tecnológico ha permitido una mayor independencia de las vicisitudes de la naturaleza, pero a su vez, la observación y comprensión de ella han disminuido. Una serie de nuevos equipos han dotado de una autonomía que ha hecho olvidar los conocimientos de navegación acumulados durante décadas. Los motores fuera de borda y el hilo de nylon para las redes, han permitido aumentar la productividad en el mar; mayor velocidad en los desplazamientos e incremento en la extracción de recursos.

En bote se recorre los contornos de la Isla extendiendo redes durante la noche o el alba. La pesca en lancha es la de mayor calaje, ésta se lleva a cabo en embarcaciones de quince a veinte metros de largo con capacidad desde setenta a cien toneladas de carga. Estas embarcaciones son tripuladas por nueve personas y recorren el Golfo u otros lugares dependiendo de las temporadas de captura. Por ejemplo, la temporada sardinera se lleva a cabo durante tres meses al año, generalmente se inicia próximo al mes de Noviembre. Durante este período cada lancha realiza varias campañas, siempre guiadas por el ecosonda que indicará el lugar donde enredar a un cardumen. Si se cuenta con suerte se puede volver a puerto - Coronel, San Vicente o Talcahuano - durante el mismo día o dos jornadas después, para descargar y luego salir nuevamente. Si la fortuna no acompaña, se puede vagar por un par de días en busca del codiciado botín, si las cosas empeoran, un grupo de lobos marinos puede romper las redes, lo que obliga a repararlas mientras se navega en busca de los cardúmenes. Un frente de mal

¹⁰ Simón Muñoz, Puerto Sur.

tiempo o inestabilidad en el clima impide el zarpe haciendo perder valiosos días de la corta temporada.

No obstante, no todo es producto de la suerte, la habilidad del capitán para ubicar los cardúmenes y dirigir a su gente asegura la otra mitad del éxito en la empresa.

La vida arriba de la lancha se sucede de largas horas de descanso e intensos momentos de trabajo. La tripulación duerme, juega cartas y cocina a la espera de la acción. La recompensa, si la temporada ha sido de regular a buena no es menor; algo más de un millón de pesos para cada uno de los tripulantes que el capitán reparte una vez finalizada todas las travesías de la temporada, de esta forma, no arriesga la desertión de sus hombres. En efecto, el trabajo en una lancha reparte una buena suma de dinero cuyo gasto deberá ser distribuido en los meses de inactividad, en el caso de los isleños, una vez terminada la temporada retornan a la Isla para pescar en bote o salir al marisco.

La adquisición de una lancha corona una vida de trabajo y ahorro. El alto precio de una lancha es amortizado en un par de años siempre que se cuente, tal como veíamos, con fortuna y un buen capitán. Sin embargo, su productividad esta restringida a los levantamientos de veda de los distintos recursos, lo que se traducen en breves temporadas de operación, por ello una importante parte del año no son productivas, forzando aún más la extracción intensiva en cortos períodos de tiempo.

Actualmente en la Isla, hay pocos dueños de lancha, la mayoría de los isleños que ya se han consolidado como empresarios de la pesca se han asentado en el continente.

b.

El oficio de mayor presencia en la Isla es la recolección de mariscos. El bote de buzo tiene una dotación de hasta cuatro tripulantes dependiendo de la capacidad del compresor de aire. En este caso, el equipo de trabajo se compone de tres buzos y un marino. El marino es el responsable de la navegación, del manejo del compresor de aire y de la administración de

quiñes y brazadas de manguera para los buzos. La producción de cada salida se reparte de la siguiente manera: cada buzo entrega la mitad de su extracción al dueño de *material*, la mitad restante es de su propiedad, sin embargo este porcentaje puede aumentar si es que el buzo cuenta con parte del material. El dueño de *material* paga el treinta por ciento de su cuota total al marino, quedándose con el resto, setenta por ciento, utilizados en la compra de bencina, mantención de los equipos y ahorro. Generalmente el dueño también labora como buzo.

El marisco de mayor extracción es el *liquide*, un molusco similar a la macha en forma y sabor pero más alargado y suave. En importancia económica lo siguen el *machuelo* (*navajuela*), *piures*, *erizos* y *locos*. El *liquide* se extrae en los bajos de arena, ha sido un descubrimiento reciente que se vende a las plantas faenadoras de Talcahuano a menor precio que otros productos, no obstante su cantidad compensa su valor. Su destino es el enlatado, probablemente se combina en latas de *machas* o en las de preparaciones para caldillo, ya que pese a la gran cantidad que se comercializa no se identifica como un producto que se promoció en el mercado.

El buceo requiere realizarse durante el día. Sin más luz que la del sol que se filtra por los ocho o diez metros de agua bajo los que trabaja el buzo, éste debe guiarse sólo confiado por su vista para encontrar los esquivos *liquides* que dejan entrever su pequeña lengua entre la arena. Armado por un *gancho* de fierro de dos patas - cuyo largo y apertura de la tenaza depende del marisco que se quiera extraer - va llenando el *quiñe* (bolsa de red con una argolla de metal en su apertura) amarrado a la manguera. Cuando el *quiñe* se ha llenado, el buzo da tres tirones a la manguera para que el marino lo recoja y envíe uno nuevo. Con dos tiros se le avisa al marino para que extienda más brazadas de manguera y así bajar, como máximo, hasta los doce metros, profundidad que ya es peligrosa si es que se sube en forma rápida, por lo que el buzo, absoluto responsable de lo que hace bajo agua, debe emerger realizando escalas y así evitar el temido mal de presión. Cada inmersión no dura más de cincuenta minutos, después de la cual el buzo sube a descansar mientras se busca otro sector para reanudar la faena.

En los días de invierno el clima es menos caprichoso que en verano y a pesar que hay luz más tenue para trabajar, las condiciones son mejores para la extracción. Las corrientes son más

estables durante estos meses, lo suficiente para asegurar una condición poco variable en el transcurso de la mañana o la tarde. En verano, los días pueden parecer muy propicios; poco viento, mar calmo y cielo despejado, sin embargo, repentinamente puede cruzar una corriente fría en la profundidad, frente a la cual el marisco reacciona escondiéndose en la arena. En invierno las señas de la naturaleza son de mejor lectura para los isleños.

La extracción de mariscos hasta tiempos recientes se realizaba en los roqueríos y en las playas. Desde las rocas era posible encontrar cantidades de *piures* y *locos*, mientras que en la playa las mujeres se sumergían hasta las rodillas para articular un movimiento similar al del baile del twist hasta que sentían con la planta de los pies las *machas* que se refugiaban en la arena. Entonces, tanta abundancia de marisco inadvertía sobre la depredación que éste experimentaría, y que rápidamente se ha incrementado en los últimos quince años.

Los primeros buzos fueron dos isleños que se asociaron para comprar trajes de escafandra y un compresor de aire. Al poco tiempo el grupo se amplió a cuatro, por años fueron los únicos isleños que buceaban y extraían marisco para la venta externa. La capacidad de extracción del buzo escafandra está limitado por los lentos movimientos que permite el incómodo traje bajo el agua. Estos primeros tiempos significaron el inicio de la exploración del fondo marino y de los roqueríos circundantes a la Isla, lo cual permitió la extracción de *locos* y *piures* desde bancos con profundidad.

Posteriormente, la llegada del *traje rana* - traje de goma, aletas y máscara - masificó la actividad de buceo favorecido por su menor precio, fácil mantención y mayor productividad bajo el agua. A su vez, los compresores de aire de funcionamiento manual, fueron reemplazados por los de combustión interna a bencina. Con la llegada de estos nuevos artefactos tecnológicos, sumado al motor fuera de borda, los antiguos pescadores y los jóvenes se voltearon definitivamente a la recolección submarina en el abundante Golfo de Arauco.

La adopción de esta serie de nuevos artefactos tecnológicos favoreció un aumento exponencial en la explotación de los recursos. La depredación del *loco*, del *piure*, de *machas* y *picorocos* entre otros, ha mermado en tiempos recientes las posibilidades económicas del mar. Hoy en

día el *liquide* aparece como la mejor opción, pese a la extracción intensiva de la cual es objeto, aún no muestra rasgos de agotamiento. Lo cierto es que la pesca también se ha visto afectada, dentro de los recuerdos de la comunidad se hace referencia al varamiento de peces en la extensa playa de Puerto Sur, por lo cual no era difícil obtener alimento; *corvinas*, *congrios* o *machas* desde la misma playa.

En general, los principales cambios tecnológicos han impactado decisivamente en la presión sobre los recursos, disminuyendo hasta casi la extinción algunos, pero también incorporando otros a la circulación del mercado como es el mismo caso del *liquide*. Si en algún momento la propiedad de un traje escafandra resultaba ser una innovación tecnológica vinculada a la generación de una nueva fuente de riqueza como era el buceo, hoy en día, dicha relación entre tecnología y aumento exponencial en la extracción de recursos se encuentra cercada por la protección de éstos por parte del Estado, al determinar cuotas y temporadas de extracción. En los últimos veinte años no se han introducido tecnologías relevantes para la generación de nuevas fuentes de riqueza, el impacto tecnológico desde entonces ha sido más de tipo cuantitativo que cualitativo en la economía isleña. Nos referimos como impacto de tipo cualitativo a lo que significó, por ejemplo, la ballenera de Puerto Norte, la popularización de los trajes rana y los motores fuera de borda, a diferencia en los años recientes, de la incorporación de lanchas más rápidas y de mayor capacidad – de hasta ciento cuarenta toneladas –, que solo han permitido incrementar los volúmenes de extracción.

El nivel de lucro que se obtiene de la extracción de pesca y marisco se encuentra supeditado al mercado de precios que controlan las plantas faenadoras. Como la decena de caletas que actualmente trabajan en el Golfo lo hacen de manera independiente, en el proceso de transacción cada una de ellas son, lo que se denomina en economía, tomadores de precio. De vez en vez, cuando los precios son demasiado bajos las caletas han intentado congelar la oferta para que las plantas faenadoras suban los precios. Esta práctica ha sido dirigida en varias ocasiones por los pescadores y buzos de Tubul, no obstante, el espíritu independiente y autónomo que se encuentra en la base misma de la actividad del pescador, sin desconocer además la premura económica, al poco tiempo estas iniciativas de cooperación mutua han fracasado.

El medio de producción fundamental llamado *material* esta compuesto por el bote, un motor fuera de borda, el compresor de aire, trajes de buzo, mangueras, máscaras, aletas, reguladores de aire y un estanque para el acopio de oxígeno. Su propiedad es un umbral definitivo en la apropiación del excedente. Es la primera aspiración del isleño que sólo tiene su fuerza de trabajo y que la emplea como marino o buzo. La posibilidad de contar con estos medios de producción se basa principalmente en el esfuerzo y trabajo personal vinculada a una ética del trabajo que valora la responsabilidad y el ahorro. Esta valoración para el isleño se desentiende de condiciones estructurales, más bien, presenta el trabajo en la mar como un campo de posibilidades abierto a quién desee participar de su riqueza. Esta concepción se explicita en todo momento cuando se quiere explicar, de manera general, las diferencias entre los dueños de material y quienes lo carecen. La tendencia a la farra y al alcoholismo es sindicada como el principal obstáculo para no acceder al material propio, no sólo por el dinero que se gasta en estas prácticas, también por el tiempo improductivo que significa estar con *el cuerpo malo*. Esto último también es un elemento muy relevante, la salud y la mantención de un buen estado físico del buzo asegura un buen rendimiento en las difíciles condiciones en que se trabaja; sometido al frío, a los cambios de temperatura, la humedad y la presión bajo el agua. La actividad requiere abandonar el tabaco y descansar de manera apropiada, su propio físico es el principal capital que posee el buzo.

Esta concepción respecto a las posibilidades de riqueza del mar no es menor, ya que se relaciona directamente con el valor de la libertad personal que se le atribuye a la Isla. En especial cuando el destino de un creciente porcentaje de hombres de mar se encuentra en la proletarización de su fuerza de trabajo como tripulante de lanchas de pesca artesanal o barcos industriales con asiento en los grandes puertos de la Región y el país. La caleta se visualiza como un lugar desde donde es posible forjar un futuro recompensado en forma justa por el trabajo personal, que ofrece la posibilidad de iniciarse sólo con su fuerza de trabajo hasta adquirir la propiedad de una lancha como culminación y fruto del trabajo de años.

En efecto, el éxito en el ámbito laboral se circunscribe al esfuerzo y capacidad que cada individuo despliega. En este nivel, la vinculación entre los buzos y pecadores es levemente

comunitaria, más bien es de tipo contractual. Por ello no es extraña la facilidad con la que el isleño emprende empresas en otros puertos y caletas, ya sea en actividades artesanales o industriales, pues la lógica contractual lo permite y fomenta.



Fig. 9. Familia isleña con visitas de verano, Caleta Macaya, Puerto Norte.



Fig. 10. Grupo de buzos en Caleta Inglés, Puerto Norte

c.

El maremoto de 1960 cambió la conformación de la flora y fauna marina del Sur de Chile. El cambio en el fondo del mar se expresó en el desplazamiento de especies; cambios en las cantidades de ejemplares, llegada de algunas y desaparición de otras. El varamiento de *pelillo* en las playas de la Isla parece corresponder en parte a este fenómeno, ya que es posterior al maremoto cuando aparece esta alga en la Isla.

La fiebre del *pelillo* duró un par de años. Antes de mediar los años setenta la cantidad disponible que otrora satisfacía a los cientos de personas que trabajaban en él, disminuyó de manera abrupta. Finalmente muchos trabajadores y familias abandonaron la Isla, otros se quedaron pero debieron aprender otros oficios vinculados al mar; recolección de mariscos, pesca o carpintería de ribera.

La recolección de algas continúa hasta el día de hoy. Durante algunos días de verano una pequeña conmoción se vive cuando el alga vara en la playa grande de Puerto Sur. Inmediatamente aparecen hombres con trajes de buzo, mujeres en pollera y niños en traje de baño para internarse un par de metros en la orilla y recoger el alga que flota en las olas espumosas de la playa. Al cabo de una hora de avistado el fenómeno, la playa se encuentra llena de gente que trabaja con afán, la mayoría sólo utiliza las manos, otros se internan con quiñes y los menos lo hacen con ganchos largos con forma de rastrillo que permite arrastrar una buena cantidad del alga hasta la orilla, donde son arrumbadas en montones de propiedad familiar o personal.

Como en verano la Isla es visitada por familiares y amigos, éstos también se incorporan al trabajo, la actividad tiene un componente lúdico en estas ocasiones, como si se tratase de una conmemoración de los verdaderos tiempos febriles del *pelillo*. Al cabo de unas horas aparecen tractores zigzagueando por la playa para cargar la mercadería que cada unidad productiva ha acumulado, a continuación, sobre la máquina será trasladada hasta las viviendas de los clientes del tractorista. Frente a la casa de los pelilleros, el alga es extendida sobre el suelo de tierra para su secado al sol. La actividad en la orilla acaba cuando la marea empieza a subir

nuevamente, para entonces la playa es un paisaje conformado por montículos de alga y gente sentada esperando la aparición de algún tractor y su *coloso*. Durante la tarde, las calles de los poblados se completan con alfombras de alga, mientras que cerdos y gallinas buscan entre ellas pulgas y uno que otro insecto que sirva de alimento. El tractor volverá al día siguiente a comprar la mercancía de su cliente. De forma idéntica esta dinámica se repite en la playa Las Gaviotas de Puerto Norte.

Durante la época de verano algunas familias se arranchan en el sector de Tres Cuevas. El lugar está compuesto por roqueríos flanqueados por un farellón que otorga una breve franja para el asentamiento de toldos de plásticos dispuestos para hacer de habitaciones y bodega, mientras que en su exterior se habilita una cocina a leña. El tiempo de los arranchamientos son variables, desde un par de días hasta un par de semanas, el objetivo es aprovechar los dos momentos de baja marea del día en este lugar particularmente bueno para recolección de *pelillo* y *luga*, esta última menospreciada por su bajo precio. Hasta ahí llegan los tractores a buscar el alga y apertrechar los asentamientos.

Tal como comentábamos en las actividades de Domingo e Isabel, la recolección alguera permite a la mujer ser por la temporada de verano - aunque también se trabaja con menor intensidad en invierno- un agente económicamente activo. La gran cantidad de mujeres que se internan en la orilla, encuentra en este oficio, la posibilidad de generar recursos monetarios para el hogar y para ellas mismas.

Otra actividad económica, mas bien de subsistencia, que se practicaba en el pasado y muy ocasionalmente en la actualidad, es la caza de patos. En tiempos que el clima no permitía salir al mar, la caza de patos era una estrategia alternativa para proveer alimentos, aprovechando su abundancia en un sector de ciénagas de la Isla. Durante la noche partía una pequeña expedición formada por tres a cinco personas al mencionado sector. Ahí, mientras uno sostenía una antorcha en lo alto, los compañeros agazapados esperaban el encandilamiento de alguna de las piezas para saltar sobre ella y darles de palos hasta su abatimiento. A esta estrategia se recurría en momentos de gran privación al igual que la recolección de huevos de

cormorán desde los acantilados. Éstas eran una posibilidad cuando el mar agitado no permitía salir a la pesca y o el marisco, ni tampoco al continente para el abastecimiento de víveres.

Otra estrategia alternativa es la recolección de camarones que se lleva a cabo con tubos de PVC, los cuales se hunden en el fango para producir un vacío al interior que permita succionar el camarón con un tapón dispuesto en el otro extremo. Esta actividad la realizan niños y adultos, cuyo objetivo puede ser el consumo o la venta a otros vecinos.

Como hemos revisado, la actividad económica de la Isla gira en torno al mar. La tierra, sus productos y su estilo de vida no tienen presencia en la dinámica isleña. Los isleños nunca miran hacia el interior de la isla, siempre recorren sus playas y siguen a lo lejos el movimiento de las embarcaciones. El pasado reciente, el presente y probablemente el futuro se encuentra en ese horizonte.

El territorio de la Isla se construye a partir de las posibilidades económicas que brinda y que determina una particular forma de asentamiento en éste. En efecto, dicho territorio no sólo está constituido por la Isla y sus aguas cercanas, sino también por los lugares donde residen sus familiares con los cuales mantiene contactos y otros lugares donde temporalmente pueden emprender actividades. Este proceso de ampliación de sus fronteras se desencadenó con el debilitamiento de las actividades de la hacienda y se aceleró a partir de la instalación de la ballenera y la fiebre del *pelillo*.

Podemos identificar una curvatura espacial isleña que contempla tanto el espacio físico local como extra-local, el primero dado por la misma geografía y asentamientos de la Isla, mientras que la segunda por los diversos lugares con los cuales se vincula el isleño. Lo interesante es que las prácticas económicas preponderantes que se llevan a cabo en ambos espacios contienen características similares, siempre vinculadas al trabajo en el mar.

4.1. Diferencias

a.

La distinción que realiza un grupo social entre lo semejante y lo distinto se ubica en el centro y se constituye en el primer paso de todo proceso de formación de identidad. Dicha operación separa y agrupa los elementos que entendemos como los nuestros y los de otros. La identificación de un *otro* permite, al igual que en la figura del espejo, la posibilidad de mirarse a uno mismo a través de una mediación. El espejo, cuando lo observamos, nos presenta una imagen que es siempre la nuestra, de no contar con este artificio de la mediación, probablemente jamás podríamos obtener un concepto, una forma, de lo que somos.

Lo cierto que este ejercicio plantea una paradoja, pues la identidad sólo deviene en problema cuando se enfrenta a un *otro*. Como se desprende entonces, la pregunta por la identidad surge en este encuentro.

Hay un ejemplo que entrega J. Baudrillard¹ bastante extremo sobre este asunto: los canoeros del extremo austral de Chile jamás reconocieron a los exploradores y colonos europeos, es decir, no es que no los hayan reconocido como colonos o como propietarios advenedizos de cuanto existía en los canales, más precisa y esencialmente, no advirtieron cualidad de *ser humanos* en ellos. Navegando por los canales australes los canoeros vieron pasar las embarcaciones como si se tratasen de ilusiones, meros engaños ópticos, negándoles cualquier estatuto de realidad, y por ende, de humanidad. Los canoeros ensimismados, finalmente murieron enfermos, sin saber jamás que dichos virus y bacterias que los afligían habían llegado en esos espejismos con los que se cruzaban cuando navegaban.

¹ J. Baudrillard, *La Transparencia del Mal: Ensayo sobre los fenómenos extremos*, Anagrama, Barcelona, 1993.

Este curioso ejemplo se constituye en una hermosa figura de alteridad radical. Donde la diferencia es de tal nivel que no hay negociación posible, y por lo tanto, se clausuran las posibilidades para poner en crisis la identidad al no existir un *otro* que permita tomar conciencia de sí mismo y dar paso a nuevas comunicaciones que incorpore o censure elementos. Estas dos acciones como producto de la interpelación del otro es constitutivo del proceso de formación de identidad.

Planteábamos en el capítulo anterior que el territorio isleño estaría compuesto por una dimensión local y otra extra-local. La comunidad isleña establece comunicación con un conjunto de lugares en el continente, y por ende somete permanentemente su propia imagen al contraste de los *otros* con quien se encuentra. Sin embargo, el proceso que se desarrolla en la dimensión local debe proveer de elementos que permitan consolidar un orden para establecer los encuentros extra-locales. En este sentido, la comunidad isleña tiene la capacidad para identificar una serie de características que se desarrollan al interior de ella, como producto de una alteridad interna. Estos elementos se ordenan a partir de distinciones que se llevan a cabo en relación con los estilos de vida y personalidades de los isleños. Esta práctica se transforma en un juego que permite distinguir, separar y ligar, a la comunidad.

b.

La principal distinción que se construye al interior de la Isla reconoce las diferencias en función de un orden espacial, en primer término entre ambos asentamientos y posteriormente al interior de ellos.

Las diferencias formales entre Puerto Sur y Puerto Norte ya han sido revisadas. Queremos insistir en el hecho que en general las familias suelen tener a algún miembro en el Puerto opuesto, a su vez, tal como hemos afirmado anteriormente, la mayoría de la familia extensa isleña tiene a sus integrantes desperdigados por el Golfo. Por ello, es el territorio quien presenta y porta las características identitarias más que las personas concretas, lo que se construye, entonces, es una especie de territorios morales, en su más amplia acepción.

Podemos ordenar en primer término el juego de diferenciaciones entre sureños y norteños a partir de tres elementos. Estos dicen relación a las condiciones de vida, la noción de comunidad y de los caracteres o personalidad de sus habitantes.

Las condiciones de vida en el Sur son caracterizadas por la comodidad. La presencia de servicios, así como la existencia de una red de agua potable, entregan un mínimo de comodidad que en Puerto Norte carecen. La vida en el Norte es de una mayor rusticidad, por una parte sus caletas no tienen las características de abrigo de la bahía del Sur, de hecho las condiciones de navegabilidad son mucho más complejas y por lo tanto más frágiles a las condiciones del clima. El emplazamiento del asentamiento principal presenta problemas para el suministro de agua, algunas familias lo obtienen de pequeñas vertientes que se deslizan por los riscos. Además, este asentamiento es permanentemente azotado por fuertes vientos durante las tardes, situación que dificulta realizar actividades fuera de las casas.

Durante el gobierno de Frei Ruiz-Tagle se llevó a cabo un proceso de regularización de los asentamientos que se habían desarrollado de forma desarticulada sobre todo el territorio administrado por la Armada. En Puerto Sur se entregaron títulos de dominio para regularizar propiedades, para lo cual se identificaron dueños y límites de cada lote, además se establecieron algunas normas de urbanización básicas para planificar el tendido eléctrico y la futura red de alcantarillado. El equipo de geomensores y topógrafos no pudo concluir en el Norte la tarea que tan bien habían realizado en el Sur. Los vecinos norteños se negaron a todos estos intentos de ordenar su asentamiento en pos de mantener la libertad de instalar sus viviendas donde mejor les pareciera.

Otra característica de la personalidad del Norte es su solidaridad. Los norteños confirman su generosidad cada vez que es necesario. En las temporadas en que la pesca y el marisco es escaso, no hay problemas para los que han tenido mayor fortuna, regalen una porción de su captura a las familias que se encuentra pasando por momentos de privación, para los que se han quedado en tierra o los que no tienen recursos para comprar alimento. La mayoría de las veces ni siquiera es necesario pedir, más cada situación es conocida y comprendida.

Estos actos de solidaridad son vistos con envidia por la gente del Sur, que raramente incurren en ellos, ya que la relación con el trabajo y su producto se encuentra más mercantilizada y mediado por un interés en la acumulación. Esta concepción, alentada por la ética protestante de las iglesias pentecostales, ha desarrollado una relación individualista con el trabajo y los indicadores de su éxito.

Los del Sur gozan de una mayor movilidad en referencia a los del Norte, pueden adaptarse a diferentes trabajos, como los que realizan temporalmente en el continente, para luego volver a la Isla y retomar sus actividades anteriores. En el Norte los que se van no vuelven, los vecinos que han abandonado el Puerto raramente retornan cuando ya han asumido otras dinámicas fuera de la Isla. En la actualidad, su población se centra casi exclusivamente en la extracción del *loco* y otros pocos mariscos, a diferencia del Sur, no viven dueños de lancha o vecinos que hayan logrado manejar un nivel de excedente que permita generar estrategias complementarias a la pura extracción del *loco*. Los vecinos que han logrado adquirir una lancha, han emigrado en forma definitiva, generalmente, a San Vicente. Esto hace que la actividad productiva sea más sensible a la disponibilidad del recurso *loco* y por lo tanto menos dinámica que en el Sur.

Mucha de las características que se le atribuyen al norteño y sureño se justifican apelando a temperamentos y personalidades divergentes entre sí. Los norteños son señalados como personas más independientes y *llevados por sus ideas* que los del Sur, característica de la cual presumen los norteños. Esta idea de independencia se asocia a una menor tolerancia en la aceptación de normas externas, tal como se refleja en el incidente de la urbanización de los asentamientos. Pero también se relaciona con una mayor osadía en el trabajo, como una manera de desafío a la naturaleza y demostración de su valentía y arrojo. Cuando los norteños parten a trabajar como buzos al Sur, se les suele caracterizar como trabajadores con una convicción en sus capacidades que bordea el riesgo innecesario; salen con clima inestable y bajan a mayores profundidades de lo recomendado, actitudes que llaman la atención a sus colegas sureños. A su vez, se dice que son más *añiñados*, con personalidades más hoscas y rudas.

Vale destacar que la vocación por el *loco* que tienen los norteños los induce a trabajar muchas veces al margen de la ley. Cada vez que zarpan en busca de *locos* arriesgan ser sancionados con la revocación de la licencia y perder el cargamento al ser requisado. Por ello, especialmente la operación de venta del vedado molusco, se debe realizar con particular sigilo y cuidado.

Hay un incidente que retrata el enfrentamiento de dos formas de relacionarse con el trabajo y que expresa el temperamento del norteño. En 1999 se desarrollaron dos áreas de manejo, uno en cada Puerto, para el cultivo de *locos*. En el sector de Puerto Norte el área no tuvo un mayor desarrollo, la premura por sacar marisco presionó sobre su intervención. Por su parte, en el Sur, el sindicato organizó un sistema de cuotas de cada socio del sindicato para la mantención del área, de esta forma se podía pagar los materiales y patrullar el área para evitar su intervención. No obstante, al cabo de unos meses, en pocos días, un grupo de buzos arrasó con los bancos que se habían empezado a formar. El grupo de pescadores era de Puerto Norte. Un buzo norteño, L. García², relata el incidente:

" Nosotros teníamos nuestra área de manejo, todo este sector (cercano a caleta Hernández en Puerto Norte) pero nosotros mismos nos metimos al final, la cuestión fracasó porque no nos convenía, ¿a dónde íbamos a ir a sacar mariscos?, porque en invierno la cosa se pone complicada. Pero entonces teníamos un área muy grande, no quedaba otra opción. Lo mismo pasó con el área de manejo de Puerto Sur. Fuimos como siete botes y ya encontramos al cuidador pero le advertimos que si nos sapeaba ahí donde lo pilláramos calando lo íbamos a dar vuelta no más, así que no molestara, si al final el trabaja en la misma que nosotros, ¿así que tanto?, y ahí no dijo nada ".

Lo cierto es que inmediatamente después que el grupo de norteños intervino el área de manejo, un gran número de buzos del Sur termino por depredar su propia área. Este incidente ha generado una gran desconfianza en cualquier forma de asocitividad por parte de los pescadores.

² Luis García, Puerto Norte.

Los norteños perciben a los del Sur como gente ordenada y demasiada disciplinada a los mandatos de la religión. Se dice que a veces están muy preocupados del bienestar personal por lo que se olvidan de apoyar a sus vecinos más necesitados, actuando con un dejo de egoísmo.

Respecto a las diferencias interiores de cada Puerto, podemos señalar que en el Sur son más marcadas. En el Norte, los vecinos se reconocen con una cierta igualdad al compartir las mismas penurias y alegrías, mayormente no hacen diferencias entre las distintas familias. Los cuatro equipos de fútbol que sobreviven en el Puerto; Aviación, Huracán, Santa María e Independiente representan, en la teoría, a distintos sectores del asentamiento, distribuidos sus planteles en función de las caletas en que trabajan. Durante el año se llevan a cabo una serie de cuadrangulares que se juegan en la cancha central de Puerto Norte y donde participa toda la familia; como espectadores o jugadores. Los encuentros deportivos se constituyen en fiestas para la comunidad que comparte durante todo un día amenizando con comidas especiales. Cada cierto tiempo, se llevan a cabo encuentros con equipos visitantes para lo cual se prepara una selección de los mejores norteños, equipo que todos los vecinos apoyan entusiastamente.

Mas allá que en Puerto Sur el fútbol se encuentra casi erradicado por los dictámenes de la religión, que ve en dicha actividad la tentación del diablo expresada por la violencia del juego y las celebraciones posteriores, sus vecinos no presentan la misma unidad que en el Norte. Se distinguen dos sectores al interior del Puerto; *chorrillo arriba* y *chorrillo abajo*. Recordemos que el chorrillo se ubica en la playa central del Puerto.

En el sector de *arriba* un importante porcentaje de la población ha ingresado a la religión evangélica, lo que se constituye en este sector son comunidades de culto entre los vecinos, que primero se diferencian entre sí y luego con los paganos, que en su mayoría habitan en el sector de *abajo*. La ética religiosa desborda todo el sector de *arriba*, la abstinencia al alcohol y a cualquier otro vicio, la discreción en las celebraciones y la disciplina para con el trabajo son elementos constitutivos de este sector. Por su parte en el sector de *abajo*, según los de *arriba*, proliferan las botillerías, las viviendas precarias, familias farreras e irresponsables. Efectivamente, *abajo* hay menos gente que posea material para el buceo y la mayoría de ellos

laboran en la recolección de algas, también son los niños y algunos adultos de *abajo* los que buscan camarones para venderlos, en general tareas abandonadas por la gente de *arriba*.

Claramente existe una situación de poder por parte de la gente de *arriba* al negativizar el estilo de vida de los de *abajo*. Estos últimos por su parte, frecuentan anular las diferencias al interior del Puerto argumentado las necesidades compartidas por todos, y a lo más, suelen esbozar una crítica a los de *arriba* por las severas prohibiciones que han impuesto los pastores evangélicos a su feligresía; prohibición para jugar fútbol, participación de bailes y el abandono de una serie de celebraciones que otrora compartía todo el Puerto. A su vez, los de *abajo* identifican un doble discurso en la gente de *arriba*, ya que la vida predicada muchas veces no se condice con sus actuaciones. En general, estas son las principales características que se enuncian para diferenciar las formas de vida al interior de Puerto Sur.

c.

Los anteriores, son los principales elementos que se disponen en las diferencias internas que señalan los isleños. A partir de todas las afirmaciones que se utilizan para definir las *formas de ser* y los *estilos de vida* podemos ensayar un gráfico que las resuma.



Fig. 11. Resumen de diferencias internas

A partir de este gráfico se ordenan una serie de elementos que disponen las distinciones internas. En primer lugar, a partir de lo expuesto por ambas poblaciones aparecen dos oposiciones centrales que agrupan las características que conviven en la Isla; las de sociedad / comunidad y de modernidad / no modernidad.

Puerto Sur se identifica con características de una sociedad en cuanto sus habitantes han desarrollado una noción más individualista en el trabajo y una mayor adaptabilidad para asumir diferentes actividades fuera de la Isla, como tripulante en lanchas u otras alejadas del mar sin necesariamente abandonar definitivamente su vocación de buzo, es decir, en general tienen la capacidad de funcionalizar diferentes roles sin perder su vocación de buzo autónomo. En este sentido hay un mayor desarrollo de una racionalidad instrumental. Por su parte, en Puerto Norte prevalece una noción de comunidad en cuanto las relaciones privilegian la cooperación sin buscar otro fin que no sea la reciprocidad en el mismo nivel. A su vez, la población del Norte es más persistente a las actividades tradicionales teniendo baja orientación al cambio.

El segundo eje agrupa lo que se podría denominar una formación moderna versus una no moderna. Cabe destacar que esta distinción la realizan los mismos isleños para definir un estado de desarrollo material y una actitud para enfrentar la vida social. En principio se relaciona el desarrollo de comodidades y servicios dispares en ambos asentamientos; disponibilidad de agua, presencia de Carabineros, instalaciones portuarias como muelle y rampa, etc. El desarrollo de una economía relativamente diversificada, y a su vez, capaz de adaptarse a condiciones cambiantes se indica como una característica moderna. En Puerto Norte hay elementos en la actividad económica que no se encuentran sometidos a la circulación del dinero, ya que se practica, por ejemplo, el trueque de productos por servicios. Por otra parte, es interesante destacar que los intentos de urbanización del asentamiento han sido impugnados por la comunidad norteña, como si se resistieran a ese empeño tan propiamente moderno de medir, planificar y segregar los espacios.

Finalmente se destaca una diferencia en las personalidades, unas catalogadas como más impulsivas y autónomas, y otras más racionales y disciplinadas, y esta diferencia no sólo vale

para los hombres, ya que se reconocen que las mujeres de ambos Puertos homologan las características de ellos.

Este ejercicio final ha tenido como propósito ordenar de manera didáctica las percepciones/distinciones que se construyen al interior de la Isla. No obstante, a la claridad con la que emergen en las conversaciones y más allá de algunas distinciones que tienen expresiones bastante concretas, es difícil no considerarlas más que como juegos de discursos que aportan a la consolidación de la identidad del isleño, y que por sobre todo expresan las diferencias que conviven al interior de la Isla y de esta manera configuran su territorio local.

En un primer momento surgió, por parte nuestra, el interés por dotar de valoraciones a los ejes centrales y de esta manera identificar de manera clara las aspiraciones y rechazos de la comunidad. Sin embargo, este ejercicio hubiera simplificado el proceso de valoración que realizan los propios isleños que identifican como positivo características que se disponen indistintamente en los ejes, por ejemplo; adaptabilidad a roles, cooperación, relación no utilitarias, vida cómoda, excepciones al mercantilismo monetario y desarrollo económico, entre otras, son las características que se señalan generalmente como las más positivas de desarrollar. A su vez, hay que ser cuidadoso de leer estas características como elementos que segregan más de lo que vinculan a la comunidad, ya que justamente las valoraciones positivas se encuentran distribuidas en lo que son ambos Puertos y sus configuraciones particulares (sociedad / modernidad y comunidad / no-modernidad)

Lo cierto es que las relaciones que se establecen entre los isleños desbordan cualquier distinción radical. Esto se ve reflejado en la misma actividades productivas, donde indistintamente las tripulaciones de botes mariscadores y lanchas pesqueras son compuestas por isleños de todas las residencias, facilitándose plazas de trabajo en razón de las necesidades. Las relaciones de parentesco que se mantienen entre los Puertos también afloran, por ejemplo, en la recolección de algas. No obstante, estas fuertes vinculaciones no solo se remiten al ámbito económico productivo, también se expresan con fuerza frente a la tragedia de algún miembro de la comunidad, momento en el cual se fortalecen lazos de apoyo y solidaridad.

Al dotar de distinciones al territorio y a su vez, mantener comunicación entre sus partes, se fortalece la noción de identidad vinculada a un lugar. En efecto, al asumir el lugar propio con toda su diversidad, y por lo tanto en su complejidad, el lugar de pertenencia se hace menos vulnerable a las imágenes y experiencias del mundo exterior. No sólo se transforma en un lugar al cual siempre se puede volver y sentirse a gusto, sino también posee la cualidad de operar en él sistemas de selección acordes para coherentizar experiencias diversas sin destruir las redes de significado que se han tejido en él.



Fig. 12. Subida al sector de arriba en Puerto Sur

4.2. Memoria

a.

A una de las orillas de la playa central de Puerto Sur se yergue un risco que define el contorno de la Isla hasta que ella finaliza en su extremo Sur, donde su tierra se desprende en el mar formando islotes que albergan colonias de gimientes lobos marinos. La subida del risco es pronunciada, una corta calle de tierra suelta se empina desde los casilleros que albergan el material de los pescadores hasta lo alto de la meseta donde empalma con una larga vía paralela a la línea del mar. La calle de subida es flanqueada por una discreta imagen de San Pedro que observa la bahía y por simples bancas de tabla que se utilizan como miradores.

El vértice que forman la calle de subida y la vía paralela llama la atención por la presencia de un alto, sólido y vetusto pino que balancea sus ramas a los sones del viento. A los pies del árbol, sobresalen de entre las matas silvestres, una serie de lápidas de concreto ennegrecidas por la humedad, algunas coronan nichos ovalados a medio destruir y otras, volteadas sobre la tierra, son engullidas por la maleza.

Hay algunas pequeñas construcciones que debieron ser tumbas, como si se tratase de los cimientos abandonados de minúsculas casas. En el suelo es posible identificar rectángulos de piedra y concreto, tablas de madera que delimitan pequeños territorios y montículos de tierra que anuncian un antiguo sepelio.

Todos estos elementos se encuentran dispersos en los abandonados trescientos metros cuadrados que conforman el terreno. Entre las tumbas y la maleza se dibuja un sendero que cruza diagonalmente el sitio hecho por el paso de los isleños para evitar el vértice de las dos calles y de esta forma ahorrar camino. Las lápidas de material sólido, algunas que aún se encuentran erguidas y las otras extendidas sobre la hiedra, son acompañadas por un par de cruces de madera en que todavía resisten mínimos restos de pintura. Las lápidas fueron inscritas con cincel, los surcos desgranados impiden identificar las formas originales de la escritura, con fortuna se reconocen algunas vocales insuficientes para leer apenas una palabra,

entre las rasgaduras de las piedras tampoco hay números que remitan a un año, a un período del tiempo; las inscripciones solo son signos muertos.

La idea de encontrar un cementerio abandonado en una Isla apela inevitablemente a una imagen silenciosa que esconde y anuncia un misterio. Pienso en el descubrimiento de una escueta lápida en la Isla de la Desolación cercana a la Patagonia, con breves señales sobre la desaparición de un joven inglés, posiblemente un náufrago; o en las cruces enmalezadas de la Isla de los Muertos en los canales australes, que fueron el último vestigio, que no recuerdo bien, correspondieron a un grupo de malogrados navegantes o a un delirante intento colonizador.

Las tumbas abandonadas siempre son una imagen fuerte; de testimoniar la vida de un muerto, por asentar en la memoria de los vivos su existencia, la máquina del olvido lentamente borra sus inscripciones, su identidad, y desperdiga las cruces o cualquier seña física que nos haga encontrarnos con ese pasado hasta hacerlo irreconstruible.

Lo curioso de este asunto es que el cementerio se encuentra en el corazón mismo de Puerto Sur, su vista está al alcance de la mirada y del paso de cualquier isleño. Durante días me esforcé por dar con las identidades y los años de los finados. Intenté encontrar a algún deudo próximo o lejano que diera señal cierta sobre los muertos que anuncian las tumbas. Más, todo esfuerzo fue en vano. No logré siquiera encontrar algún relato con los más antiguos de Puerto Sur que identificara el origen y circunstancias de los restos que descansan en lo alto del risco.

El único dato más o menos relevante en esta búsqueda fue hallado en el cementerio nuevo del Puerto, distantes uno dos kilómetros hacia el Oeste, anclado en un lomaje rodeado por un bosque joven de pinos y eucaliptos. Aquí las tumbas y sus cruces miran ordenadamente hacia Puerto Sur, en la misma orientación que sus habitantes observan el mar. Los entierros evangélicos son pocos, lo que denota la reciente aparición del pentecostalismo, sus años son coherentes con los relatos pesquisados, sin embargo, mi interés era revisar la data de los entierros antiguos. En la fila más cercana a la costa los años se suceden; 1975, 1971, 1966. Hacia el final, en una cruz enmalezada a punto de caer por la pendiente de la loma, los

números roídos por el tiempo dejen entrever la fecha de 1961. La más antigua de todas las inscripciones legibles. Por extensión deducí, que el misterioso cementerio del risco fue utilizado hasta antes de esta fecha. La única información disponible para entender su historia.



Fig. 13. Cementerio viejo de Puerto Sur.

b.

La fiebre del *pelillo* es un tiempo épico para la historia de Puerto Sur. El arribo vertiginoso de los trabajadores impregnó un movimiento inigualado en el Puerto. La circulación de dinero fresco facilitó la compra de artefactos como la radio, el consumo abundante de alcohol - escasamente presente hasta entonces -, y una serie de nuevas prácticas presentadas por los migrantes de orígenes urbanos, campesinos o pescadores. La conmoción de esos años se rememora en los relatos de los isleños que en aquellos tiempos eran niños, jóvenes o adultos. Cada uno de ellos, en la actualidad, despliega imágenes distintas, en cuanto el impacto de los sucesos no marginaba a ningún habitante.

Salvador³ recuerda que después de la llegada de los inmigrantes no volvió a celebrar su santo como en antaño. Durante años, en la noche de la celebración se juntaba con sus tocayos a cantar cuecas, bailar, tirar payas y compartir algo de comida. No obstante, en su última

³ Salvador Contreras, Puerto Sur.

celebración arribó sin aviso un grupo de afuerinos, muy entusiasmados por la posibilidad de entretención levantaron un gran alboroto entre los invitados. El dueño de casa, entre vergüenza y fastidio debió cancelar la celebración, no sin antes bregar con los inoportunos invitados que no supieron comportarse en una tranquila reunión isleña.

Los recuerdos de un baile con jovencitas afuerinas se mantienen intactos en la memoria de Eduardo⁴. Una noche en que se escuchaba música por los pasajes de los casilleros, uno de los muchachos que había conocido en las faenas del *pelillo* lo intercepta un poco ebrio y lo invita a pasar a uno de las improvisadas viviendas. Ahí, sobre un cajón se agitaba una jarra con ponche mientras que de una vitrola salía música desconocida. Al rato, sin mayor vergüenza una de las jovencitas inicia un baile suave, al cual todos los presentes siguieron con ojos picaros. Eduardo con valentía, auxiliado por el licor, se sumó al festivo grupo intentado balancearse al ritmo del disco que giraba. Esa noche fue de doble descubrimiento para el isleño veinteañero; la de una música curiosa y de jovencitas sin timidez.

Es así como los relatos se suceden para graficar una época de transformaciones. Historias que se intercambian entre los habitantes que mantienen un horizonte histórico en el Puerto. Los más jóvenes, que no alcanzaron a vivir por sí mismos aquellos tiempos, reproducen las historias que han escuchados en todas partes y desde siempre, de esta manera comprenden, por ejemplo, el origen de algunas familias, el arribo de modas o el pasado de sus padres. La historia de la Isla, en cuanto relatos que se comparten y significan, se inicia con la fiebre del *pelillo*.

⁴ Eduardo Gómez, Puerto Sur.

c.

La cultura realiza operaciones de memoria y de olvido, selecciona elementos que serán recordados y por lo tanto significados desde el presente, y otros que en su descarte, simplemente desaparecen hasta en su más pequeña existencia significativa.

En la Isla cohabita un monumento, - una señal material que conmemora el pasado y que inscribe y denota un espacio -, como resulta ser el cementerio del risco, con la vacuidad de un discurso; el cementerio está despojado de un relato, de una historia que haga mínimamente comprensible las circunstancias de sus ocupantes.

A su vez, cohabita una historia absolutamente significativa del pasado, como resulta ser el conjunto de relatos acerca de la fiebre del *pelillo*, con la carencia de inscripción alguna sobre el espacio. Los casilleros, el epicentro donde sucedían los acontecimientos más novedosos, han sido barridos por la mar. No hay construcciones, ni ninguna señal material del tiempo del *pelillo* que haya sobrevivido al desenlace de la fiebre.

Resulta extraño enfrentarse a esta dualidad inversa, por llamarlo de alguna manera. Al principio especulé que el cementerio del risco era habitado por los sobrevivientes de una malograda expedición que se había asentado en la Isla, quizás en el tiempo que transcurrió entre el desalojo de las poblaciones mapuches y la concesión estanciera de la Isla, unos cien años tal vez, y de esta manera justificar el absoluto vacío en su explicación. Empero, dicha hipótesis resultaba insostenible al verificar los materiales relativamente modernos con que estaban construidas las tumbas.

Al mismo tiempo que la fiebre del *pelillo* empezó a tomar forma en mi imaginación a través de los relatos de los isleños; imaginar su ajetreo, el encuentro entre los inmigrantes y residentes, etc., y paradójicamente, al no encontrar vestigios materiales que impidieran su olvido, logré articular una hipótesis al respecto. La memoria isleña ha resguardado la historia reciente, la que todavía es posible de transmitir a partir de la propia experiencia de sus

protagonistas. La memoria que contiene los incidentes personales y colectivos de la fiebre son atesorados por las nuevas generaciones y los más antiguos, como si ese encuentro con el mundo - como producto de las migraciones y la aparición de un mercado nacional - hubieran inaugurado la historia de la Isla.

La circulación y el desplazamiento característicos de la época febril no requieren de una conmemoración material, se renueva con más que la oralidad, y es a través de la fuerza de los recuerdos que se inscribe este territorio; como expresión del encuentro generalizado, de la salida y llegada de personas e ideas, de los distintos y diversos itinerarios personales que compartieron un espacio y un tiempo.

Podríamos plantear que la historicidad isleña se relaciona directamente con un espacio particular que se habría inaugurado a partir del incremento de la circulación, un espacio más amplio que la misma isla, compuesto por los lugares desde donde arribaban y partían sus nuevos habitantes, y con los que posteriormente se afianzaron vínculos. Lo que se inaugura con la fiebre del *pelillo* es una nueva contemporaneidad para el isleño. Una *puesta en contemporaneidad* que pone en relación su espacio (básicamente la isla y sus contornos) y tiempo local (basado en las celebraciones locales y los ciclos productivos delimitados por la tecnología y una precaria participación en los mercados) con otras concepciones espacio temporales.

Lo que sucede a partir de la fiebre es la adecuación de una nueva curvatura espacial para la comunidad isleña; un nuevo espacio físico, nuevos discursos, representaciones, nuevas prácticas de viaje y circulación sobre éste. ¿Por qué nos es tan difícil escudriñar en la memoria de la Isla antes de este evento?. Muchos isleños efectivamente se sometieron a las nuevas prácticas de viaje y migraron de la Isla, algunos volvieron y otros no. Las nuevas comunicaciones que se establecieron a partir de este evento conformaron un nuevo tipo de residencia, pues la actual población isleña, en su mayoría, es resultado de ella.

4.3. Encuentros

a.

Cada mañana el sol se levanta desde el mar. Imagen falsa dada por la orientación de la isla hacia el Este, no obstante, aporta una idea redundante de distancia con lo conocido, una alteridad respecto al alba que dibuja las montañas de nuestra cordillera. A media mañana, cuando el cielo esta sin nubes, el espejo marino que refleja el sol apenas deja ver los pocos botes que han quedado fondeados en la bahía de Puerto Sur. La tarde es lenta y uniforme, con viento casi siempre.

La noche ofrece un espectáculo novedoso; como si disfrutásemos de una ubicación privilegiada en el gran anfiteatro del Golfo de Arauco podemos revisar cada uno de los poblados y ciudades que lo bordean; las caletas de Punta Lavapie, LLico y Tubul en el extremo Sur, apenas son luces distinguibles. La ciudad de Arauco sobresale por la iluminación de su planta de celulosa que más bien parece un monstruo disgustado que exhala una larga columna de humo blanco. Lota brilla en forma amplia aunque menos que su vecino Coronel, en el extremo Norte se alcanza a esbozar Talcahuano, y finalmente, sobre la línea de los montes, resplandecen las luces de la gran ciudad de Concepción.

Es interesante esta panorámica, presenta una imagen completa e integrada de todo el Golfo. Aquí no hay fragmentos discontinuos, todos estos asentamientos son nombres conocidos, están cargados de imágenes y recuerdos para los isleños, son lugares desde donde vinieron los abuelos o los padres, donde se compra o se vende, lugares que se identifican como parte de un mismo y gran territorio.

Durante todo el día el isleño observa la amplitud del Golfo de Arauco. Al igual que los dos santos que flanquean la playa central, desde las bancas dispuestas en el risco y delante del 'Club Deportivo Flor de Mar', los isleños se detienen a conversar, y a mirar el mar y el horizonte donde aparece el continente en los días despejados. Desde aquí se lleva el pulso de los acontecimientos, es el espacio público, la plaza por excelencia de Puerto Sur. Desde esta

ubicación se comentan las salidas y llegadas mientras se aguarda el paso del día, si bien cada movimiento en la bahía no despierta una curiosidad especial, pues no es más que un hecho cotidiano, siempre son observadas con interés.

Al amanecer, la actividad en los muelles es frenético, lanchas y botes en movimiento, gente con bultos espera embarcarse hacia otros puertos, hombres que van y vienen desde los muelles a los casilleros llevando motores y redes. Esta actividad disminuye en el transcurso del día pero nunca desaparece del todo. La playa central de Puerto Sur es un lugar de tránsito, tal como podría resultar cualquier sala de embarque conocida, pero a diferencia de la experiencia de un *no-lugar*, aquí la gente se comunica. La presencia de las personas dispuestas en ambos extremos de la playa no es anónima. Los jubilados del mar se sientan a comentar el paso del día con los más jóvenes que no han salido a trabajar, se contactan los equipos de trabajo que no siempre son estables y en general se realiza una serie de negociaciones y conversaciones relacionadas a la actividad marina y a las de la Isla en general.

El emplazamiento de los dos San Pedro señala los lugares desde donde los isleños observan. Ambas imágenes han sido despojadas de su sentido religioso por la proliferación del pentecostalismo, de esta manera, sólo son espectadores permanentes de la bahía que otrora cuidaban y vigilaban. Sentado a los pies de uno de ellos, imagino otro tiempo lejano.

Pienso en el año de 1599, en esa misma bahía fantaseo el caminar pausado de los extraordinarios mariscadores-agricultores mapuches que habitaban la Isla Tralca. Imagino el descubrimiento que realizaron esos primeros isleños del Almirante Jacques Mahu, explorador holandés en su arribo a la Isla.

Desde la mañana son avistadas cinco grandes embarcaciones que flotan cerca de la Isla. Se asemejan al tipo de embarcaciones que los viejos han comentado avistamientos desde hace un tiempo atrás mientras surcaban el Golfo. Al compás del sol que se arrastra sobre la bahía tres botes tocan la playa. Se cierne el encuentro definitivo, la puesta en contemporaneidad de dos mundos distintos; dos culturas de historia y espacio lejanos.

El grupo de mapuches excitados por su descubrimiento es invadido por la curiosidad, quieren testificar ese momento, se acercan poco preocupados, pero algo agazapados, mientras recorren a los extraños con sus miradas para descubrir colores nuevos, brillos incomprensibles sobre sus cuerpos y pieles del color del sol. Todo este espectáculo hace dudar sobre su humanidad, sobre su condición de hombres, cualquier cosa pero probablemente no-hombres. No están asustados, sólo extrañados por lo que han descubierto. Mahu y los suyos están temerosos, la experiencia anterior que han tenido en Chiloé, Valdivia y la Isla Mocha hace incierta las características del encuentro, atentos a cualquier hostilidad empuñan sus armas en forma disimulada. La inexistencia de brisa marina amplifica el silencio sobre la playa, una incomprensión expresada en silencio.

Los visitantes descienden de los botes y marcan la arena con la suela de sus botas, el grupo de mapuches se ha acercado a la orilla avanzando lentamente, cada tres pasos se detienen. Ha transcurrido un breve momento de mutismo y miradas intensas, diríamos sólo un par de minutos de alteridad radical, cuando surge de entre los extranjeros un sujeto que habla la lengua de los hombres. El lenguaraz se aproxima apenas un metro delante de sus compañeros y con voz firme presenta a la expedición; habla de la corona, de los títulos de su Capitán, y finalmente despliega las intenciones de intercambio en perfecto mapudungún. Pese a la aparente claridad de su exposición, el lonko no logra entender el origen de su descubrimiento, no obstante ha comprendido algo mucho más esencial: son hombres, como ellos. Entonces, el lonko puede asegurar su humanidad;

- Quieren animales, agua y semillas como cualquier ser humano - replica a su gente.

La alteridad radical se ha extinguido; 'son como cualquier ser humano', las palabras del lonko resuenan a partir de entonces. Ese momento, aquellos minutos de incomprensión total se han extinguido, segundos de irrepetible intensidad cultural donde el mundo y comprensión isleña se ha replegado/desplegado en el cruce de las miradas y en esa primera comunicación.

Durante el resto del día holandeses y mapuches intercambiarán objetos útiles para unos y fascinantes para otros. El encuentro e intercambio se ha consumado, una contemporaneidad rústica se ha inaugurado.

Efectivamente la alteridad radical, esa diferencia irreconciliable e incomprensible ha llegado a su fin. La contemporaneidad nos pone en el mismo horizonte espacio temporal donde son posibles los intercambios, con el descubrimiento de Mahu las cultura mapuche isleña ingresó a la contemporaneidad.

El encuentro con la alteridad nace en la practica de los viajes, éstos ponen en presencia lo que se ha desarrollado en tiempos y espacios distintos, pero al igual que el encuentro con los holandeses su duración es limitada, basta unos minutos para esclarecer y definir las fronteras y el tenor del inevitable intercambio. Después de ese momento, sólo resta renovar esta puesta en contemporaneidad.

b.

Los isleños son gente que viaja, que se ha desplazado por ese territorio que constituye el Golfo de Arauco durante mucho tiempo. Son gentes que experimentan el encuentro y el desencuentro en las zonas de fronteras y de intercambios sociales, culturales y económicos de manera cotidiana.

Los hombres; marinos y pescadores, repasan permanentemente los puertos y caletas, vendiendo sus productos y comprando insumos para su actividad. A veces se embarcan como tripulantes de lanchas en Talcahuano, otras van como buzos a Tubul, también zarpan con sus botes a buscar *locos* a otras costas vecinas o a la Isla Mocha. No hay opción, se trabaja en el mar y éste se debe recorrer. También se ha salido más lejos, Caldera, Ancud y Valparaíso por nombrar algunos, J. Chinga⁵ llegó hasta los puertos del lejano oriente.

Hubo un tiempo en que los hombres se juntaban al atardecer a los pies del santo. Ahí se relataban las historias que vivían los isleños en tierras y aguas lejanas. Con la seguridad que daba estar con los suyos, se bromeaba sobre momentos dramáticos vividos afuera, se relataban los nuevos descubrimientos y las nuevas modas. Los encuentros con personajes raros y diferentes daban vida a un amplio repertorio de historias. La audiencia escuchaba en silencio y

⁵ Juan Chinga, Puerto Sur.

con atención. Los niños tenían prohibido escuchar las historias de grandes, sin embargo, se escondían en la oscuridad para oír mientras se imaginaban protagonistas de estos relatos. Las historias cargadas de descripciones bizarras y de argumentos inverosímiles formaban parte de los chistes y conversaciones durante meses.

La televisión fue reemplazando esta práctica. A mediados de los ochenta la señal del canal nacional se recepcionaba de manera defectuosa, no lo suficiente para impedir conocer otros mundos a través de las imágenes catódicas. Los nuevos lugares descubiertos en el silencio de los hogares daban cuenta de un mundo mucho más amplio, y tal vez, más real del que habitaba en las historias de los isleños. Una nueva geografía se dibujó en el imaginario, desde el conocimiento de las costas que formaban parte de sus territorios, se inició la exploración hacia el interior; valles y montañas, lugares y gentes aún más lejanas en que apenas se reconocían, pero que todas formas fascinaban.

Las mujeres isleñas viven en sus casas, quizás como la mayoría de las mujeres chilenas en el medio rural. Preparan los alimentos, ordenan y limpian la vivienda, cuidan a los niños y a veces, mantienen una pequeña huerta. No obstante, la misma administración del hogar requiere de sus viajes. En la isla no se producen las suficientes verduras ni frutas, por su parte la harina, el azúcar y el té entre otros requieren de un abastecimiento permanente. El comercio local castiga fuertemente los precios de estos productos, por lo que se constituye en un buen argumento para salir a comprar, y vincularse de paso, con ese otro mundo de afuera mientras se compra y se visitan casas de amistades o familiares que han quedado en algún lugar del Golfo.

Durante el trabajo de campo, cuando indagaba sobre las actividades que desarrollaban las mujeres y sus espacios, ninguna mujer que no fuera estudiante dudo en afirmar su permanencia en la casa, con tono resignado se presentaban así mismas dentro de una dinámica con escaso movimiento, como si ésta se tratase de una cualidad inminentemente masculina. No obstante, y paradójicamente, el reconocimiento a sus viajes fue unánime. Con distintas frecuencias, desde una vez cada diez días hasta una vez al año las mujeres, las dueñas de casa, arriban al continente en búsqueda de víveres o en cumplimiento de trámites. La permanencia

en el continente también es variable, sin embargo, nunca se prolonga por más de un par de semanas. La mayoría de las ocasiones viajan solas, en compañía de familiares o de otras vecinas, excepcionalmente lo hacen con sus parejas. La rutina en el continente comprende mucha conversación con sus amistades y familiares, vitrinos, compras de objetos necesarios y otros suntuarios. Los lugares de destino son siempre los mismos, son los puntos en que se comparten experiencias familiares y a partir de los cuales se mantienen los nexos con la familia extensa que se ha asentado en el continente.

La vida al interior de las casas pareciera ser una afirmación de subordinación frente a la hegemonía de los hombres en sus prácticas de movilidad. Podríamos acercar otra distinción entre los viajes de hombres y mujeres; los femeninos se mantienen, fundamentalmente, en el espacio privado, a su vez que el de los hombres se desenvuelve en el espacio público. Esta distinción denota determinados tipos de encuentros para ambos géneros; mientras las mujeres se desarrollan en casas de familiares y amigos, los hombres lo hacen en los muelles y mercados. No obstante, este tipo de relación ha cambiado en el último tiempo con el surgimiento de un nuevo tipo de sociabilidad vinculada a las prácticas de las iglesias evangélicas propiciadas principalmente por las mujeres. De la vida al interior de las casas las mujeres han salido a la vida de la comunidad eclesial, siendo protagonistas de una nueva forma de experimentar el espacio público.

Hace veinte años, principios de los 80's, el pentecostalismo hizo aparición en la Isla. Favorecido por el abandono sacerdotal de la capilla de Puerto Sur, las iglesias evangélicas encontraron condiciones propicias para el desarrollo de la religión. En particular, las mujeres encontraron un espacio de expresión y de actividades en torno a las iglesias. Las actividades misionales y de proselitismo religioso fueron desarrolladas por las isleñas, promoviendo el evangelio, primero a sus hijos y después a sus maridos.

La ética protestante se imprime de manera nítida en la comunidad religiosa, más allá del fervor ritual, la disciplina del trabajo en el mundo masculino ha ostentado un cambio visible expresados en sus estilos de vida. Los hombres al ingresar a las iglesias han abandonado las bebidas alcohólicas y la juerga, inaugurando una ética que gira en torno a la responsabilidad

familiar y que se afirma en una preocupación por el mejoramiento de la calidad de vida a través del ahorro y la inversión. Podemos plantear que el desarrollo de la religión ha sido uno de los factores que ha permitido la consolidación de un sector de la población con relativa estabilidad económica y el desarrollo de un particular sentido comunitario anclado en la iglesia.

Las mujeres que han abrazado el pentecostalismo son entusiastas participantes de las actividades que realizan semanalmente las cerca de 15 iglesias establecidas en la Isla⁶. Dependiendo del día, hay actividades para grupos de mujeres, niños, jóvenes y para toda la familia. Cada iglesia se constituye en una comunidad en todo su sentido, en una red solidaria de apoyo constituida por relaciones de alianza, consanguinidad y parentesco.

Además del surgimiento de esta ética protestante, las iglesias han iniciado nuevas prácticas de viaje. Todas las iglesias isleñas forman parte de una red congregacional, también llamadas *denominaciones*, que se extiende en el continente. Cada iglesia se vincula permanentemente con sus pares de denominación asentadas en caletas y ciudades para estandarizar asuntos de dogma y rito, con este objeto los viajes religiosos se han intensificado en los últimos años. Cada cierto tiempo, la mayoría de las denominaciones organizan encuentros provinciales o de intercambio de la experiencia de fe entre dos iglesias. Es común ver, en tiempo de verano, hermanos de denominación visitando a sus pares isleños, visitas que son devueltas durante el año. Si bien estos encuentros son breves, sólo un par de días para no afectar el trabajo de los hombres, contienen una alta intensidad de relaciones al centrarse en la experiencia espiritual de sus participantes. Estos tipos de viajes y encuentros permiten consolidar y extender relaciones en distintos lugares, inclusive estableciendo contactos con comunidades que no se relacionan con las actividades en el mar.

El ámbito de la educación formal también se constituye en una esfera de encuentros. Las escuelas de Puerto Norte y Puerto Sur dictan cursos hasta octavo básico, la continuidad de los estudios se debe realizar necesariamente fuera de la Isla, generalmente en Coronel. La

⁶ Se registraron 10 iglesias para Puerto Sur y 5 para Puerto Norte. La cantidad de los participantes en cada iglesia es variable al igual que la periodicidad de sus actividades. Desde feligresías compuesta por 10 personas hasta otras de 80, e iglesias de actividad diaria a otras que solo son activas un par de meses en el año.

educación isleña se encuentra permanentemente sujeta a la crítica de la comunidad. En primer término, a la calidad de la enseñanza que se imparte en la Isla vinculada a problemas de recursos, así como al ausentismo del profesorado que viaja permanentemente al continente; y por otra, a la continuidad de los estudios que requieren de un elevado desembolso de recursos como consecuencia de la residencia de un hijo fuera de la Isla. Respecto a esto último, la Municipalidad de Coronel ha desarrollado un programa que permite ubicar a los estudiantes isleños en familias de la ciudad mientras cursan sus estudios secundarios. La mayoría de los estudiantes que prosiguen sus estudios se someten a este sistema, otro porcentaje menor es acogido por familiares o amigos durante ese período de tiempo. En el continente, los estudiantes de la Isla se relacionan entre sí de manera restringida, apenas por la condición de convivir en las mismas familias, por sobre ello, establecen sus propias amistades y relaciones sociales.

Las críticas sobre el tema educacional siempre surgen cuando las oportunidades de la juventud isleña son puestas en relación con las del continente, en este sentido, la comunidad siente la necesidad que sus jóvenes desarrollen habilidades y capacidades para desenvolverse más allá de los requerimientos que la Isla impone. Algunas demandas como la instalación de Internet y computadores en las escuelas dan cuenta de una comunidad que percibe claramente las características complejas del mundo actual, y que frente a las cuales es necesario insertarse.

Es posible identificar una tendencia clara de retorno a la Isla después de los estudios medios o técnico profesionales. Para los hombres el término de los estudios primarios ofrece como posibilidad trabajar en el mar, como tripulante o buzo con un buen incentivo monetario. Por su parte las mujeres, tienen menos posibilidades; básicamente dedicarse a las labores del hogar. Para los jóvenes que han regresado luego de culminar los estudios medios el magnetismo de las luces de la ciudad pareciera no haberlos afectado. Ni la promesa de libertad individual, ni la quimera de posibilidades que ofrece la ciudad parecen ser argumentos decisivos para su opción. Si las migraciones se construyen sobre un imaginario de promesas, estas no tienen eco en la mayoría de los jóvenes que han retornado.

La experiencia en el continente indica que la mayoría de los jóvenes que han decidido radicarse en él, en el caso de los hombres, siguen vinculados a actividades en el mar. Por su parte, para las mujeres las posibilidades se limitan a empleos mal remunerados o a desarrollar su vida al interior del hogar. En este sentido, las opciones en el continente no son muy distintas a las que se podrían desarrollar en la Isla, y en efecto, generalmente se decide llevarlas a cabo en ella; un espacio que asegura mayor seguridad personal y social. La población joven isleña revierte la tendencia imperante de la migración rural-urbana, de esta manera la juventud se apropia y desarrolla los patrones culturales practicados por sus padres. Este hecho se connota de manera especial cuando los jóvenes evalúan sus largas permanencias en el continente y de las condiciones de independencia de que gozaban durante su estadía en él, lo cual podría llevar a proyectar la elección y desarrollo de caminos distintos a los que siguieron sus padres, opción que dista mucho de constituirse en una tendencia. De hecho, muchos de los jóvenes que han estudiado en el continente conforman familias o parejas con sus pares isleños.

Enunciar los diferentes tipos de viajes que realizan segmentos de la población isleña ha contenido solo un propósito; esclarecer la amplia dimensión que cobra la movilidad en el isleño. Los tres tipos de viaje que hemos descrito contienen características disímiles; frecuencias, permanencias, destinos y objetivos son tributarios de actividades y grupos sociales distintos. Sin embargo, tienen dos características que los permite agrupar en cuanto elemento cultural relevante. Primero, dicha práctica obliga al enfrentamiento permanente de condiciones cambiantes, códigos y lenguajes distintos, la permanencia que se establece a partir de ella es la del encuentro con lo diferente. El isleño circula por diferentes lugares, vive disímiles experiencias que lo aproximan de manera particular a los códigos y dinámicas de la sociedad hegemónica, si entendemos ésta como la sociedad continental y urbana. A partir de esta experiencia del encuentro se identifica lo extra-local.

Segundo, existe la posibilidad que todos estos tipos de viajes se produzcan al interior de un mismo núcleo familiar; el hombre, la mujer y el hijo llevan a cabo sus propios itinerarios. Las experiencias en el sistema educacional, en los mercados del trabajo vinculados al mar, en las dinámicas familiares urbanas, entre otras, podrían construir un paisaje de experiencias

fragmentarias vista desde fuera de la comunidad de la Isla, un cúmulo de encuentros y desencuentros que liberarían en términos estrictamente personales las posibilidades de significarlos. No obstante, la institución de la familia, del trabajo en el mar y de la iglesia, tienden a normalizar estas experiencias, a dotar de un horizonte colectivo. Los viajes son constitutivos de los isleños, a través de ellos se configura un territorio amplio en el cual el isleño articula diversas prácticas y que permite la emergencia de múltiples residencias. Es justamente esta múltiple residencialidad la que se constituye en una experiencia colectiva.



Fig. 14. Recolección de pelillo al amanecer en la playa de Puerto de Sur.

c.

Son cerca de las once de la mañana y me encuentro en la cocina conversando con la Sra. Adela⁷ y Don David⁸, un matrimonio ya anciano que arribó a la Isla en la década del cincuenta. La mujer es muy vital, se mueve, ordena, siempre esta haciendo algo en la amplia cocina que contiene el comedor. Por su parte, su marido tiene una actitud de contraste, los largos años de trabajo en el mar han pasado la cuenta a sus músculos, articulaciones y oídos; la presión y el frío son los responsables de una vida senil con poca agilidad y con dificultades en la audición. Sin embargo, su mente es aún lúcida, logra traer del recuerdo escenas de cuando bajaba a las profundidades al interior de una escafandra y navegaba distinguiendo el color de las aguas y la temperatura, al mismo tiempo que la dirección, intensidad y velocidad del viento.

Nuestra conversación pausada y amena llena el interior de la habitación, iluminados apenas por una tenue luz que se filtra por la ventana cubierta por un plástico. Sorpresivamente la plástica se interrumpe por un chirrido estridente, 'la alarma de un despertador' es lo primero en que pienso. La Sra. Adela se turba un poco con el ruido e inmediatamente estira el brazo que empina su cuerpo hacia una de las vigas a la vista de la cocina, toma un objeto y lo baja, lo mira y exclama;

– Es Isaac, es mi hijo – mirándome con una sonrisa.

Con tranquilidad aprieta el botón con el cual el teléfono celular deja de sonar e inicia una conversación de saludos y reportes del tiempo y la salud. Luego de un par de minutos, le hace entrega del teléfono a Don David para que salude a su hijo que vive en Lota. Sin duda que el hombre tiene menos habilidad que su mujer con el aparato, le cuesta escuchar y se siente incómodo de hablar frente a nosotros. Antes de terminar la comunicación, la madre le informa a su hijo que la tarjeta telefónica no tiene saldo, por lo cual esperarán su visita para poder cargar nuevamente el teléfono con minutos, y de esta manera ellos también podrán realizar llamadas.

⁷ Adela Mendoza, Puerto Sur.

⁸ David Carrillo, Puerto Sur.

El pequeño incidente no tiene ningún impacto en la conversación, a excepción de comentar que el teléfono tiene muy buena recepción cuando su otro hijo, José, se encuentra calando redes en el Golfo, desde donde llama para saber como se encuentran sus padres que han quedado sin su compañía. Fuera de este comentario, la plática retoma rápidamente su curso anterior, lo cual es obvio; hablar por teléfono es un hecho absolutamente cotidiano.

A los pocos minutos, la Sra. Adela prende el televisor que se encuentra sobre un armario en una de las esquinas de la habitación. En el noticiario del mediodía esta finalizado el bloque internacional, la última información que alcanzamos a escuchar habla sobre los infructuosos esfuerzos de un grupo de buzos suecos por reflotar el submarino nuclear ruso Kursk que se ha accidentado en el mar Ártico. Luego, el noticiario da paso al segmento de noticias regionales de la Red Bío Bio, compuesto por una serie de informaciones más o menos domésticas sobre la Región. Una vez finalizado el noticiario, la programación de la tarde se inicia con 'Tierra Adentro', un programa sobre el mundo rural. Mientras se presentan imágenes de la vida de un pequeño poblado en el Sur del país, la Sra. Adela comenta el programa sin dejar de ordenar las ollas limpias del almuerzo;

- Podrían venir a la Isla, si ya han estado en tantos lugares, en todos lados muestran las cosas lindas que hacen, las artesanías y la comida, sería bonito que vinieran, comerían hartito marisco aquí – terminando su propuesta con una risa.

Los acontecimientos del Kursk fueron seguidos con interés por la comunidad, especialmente, por los hombres que trabajan como buzos. En varias ocasiones presencie discutir algunos detalles que se entregaban en los noticiarios sobre la tragedia misma del hundimiento y las vicisitudes del rescate de los malogrados marinos. Mientras la televisión mantenía la noticia se comentaba la profundidad, la temperatura de las aguas y lo difícil y peligroso que resultaba bucear en una mole de fierro hundida. Las condiciones del rescate se homologaba a la experiencia de los isleños cuando van a buscar marisco al barco que se encuentra hundido en la punta de arena de Puerto Sur, donde inesperadamente las superficies de metal se pueden transformar en mortales cuchillos. Más aún, los isleños sentían una especial identificación con aquel drama que ocurría a miles de kilómetros. Ellos también han experimentado

constantemente el dolor de la tragedia en la navegación y como el mar prolonga el sufrimiento escondiendo los cuerpos de los infortunados.

La atención por la tragedia distante fue reemplazada a los pocos días por la tragedia cercana. Un bote calaba redes en el extremo Sur de la Isla cuando una ola voltea la embarcación lanzando al mar a sus tres tripulantes; uno de ellos murió en el acto, otro logró salvar con vida después de mucho bregar contra el oleaje embravecido, mientras que el tercero fue encontrado enredado en la vegetación submarina tres días después de ocurrido el siniestro. Durante esas noches de vigilia y duelo, en pequeños grupos se relataban historias donde cada uno de los isleños había vivido un encuentro próximo con la muerte en el mar, intentando de alguna manera, redimir el dolor privado de los más cercanos a la tragedia a través de este recurso mimético.

Sin duda que los viajes abren el mundo a la experiencia más allá de nuestra residencia y de lo que logramos significar cotidianamente. Sin embargo, no sólo los viajes reales del desplazamiento físico construyen esta experiencia, también y probablemente cada vez con mayor importancia, los viajes imaginarios participan de ella. El desarrollo de los medios de comunicación ha sido decisivo para la imaginación y multiplicación de encuentros. Por una parte sabemos del rol de los medios audiovisuales en la presentación de imágenes dislocadas y destemporalizadas aún en transmisiones 'en vivo y en directo', los hechos suceden lejos de nosotros y frente a lo cual nuestra copresencia está limitada; nada de lo que haremos mientras observamos cambiará el rumbo de los acontecimientos. Pero por sobre todo, si bien los medios trivializan y homogenizan el mundo, su importancia como fuente en la formación de subjetividades es inobjetable.

La potencia de las imágenes, ya sean del hundimiento de un submarino o de un desconocido pueblo agricultor, radica en cuanto, más allá si alguna vez formemos parte o experimentemos lo mismo que ellos, permite reflejar y proyectar anhelos y sentimientos, identificar las semejanzas y diferencias en la diversidad de discursos humanos que se presentan mediatizados, y de esta manera poner en relación el propio.

La relación con la televisión en la Isla es discreta (incluso para los que cuentan con televisión satelital), dista de ser la única ventana al mundo para sus habitantes. Probablemente su verdadero aporte para la experiencia isleña, ha sido acelerar y diversificar, aunque sea solo con imágenes, el encuentro con lo otro diferente.

El arribo de la telefonía celular ha sido decisiva en las comunicaciones, en la Isla como en el resto del país, su uso está muy extendido. La buena recepción de la señal y el alto costo del único teléfono público de tipo satelital lo transforma en un artefacto útil y conveniente. Básicamente se utiliza para comunicarse con familiares y amigos fuera de la Isla, y también para mantener contacto cuando alguien ha salido a trabajar a la mar, desde los botes en el Golfo se suelen hacer reportes a las familias. El carácter portátil del teléfono celular cotidianiza la comunicación distante, dando un nuevo giro donde la copresencia se independiza de su dimensión espacial.

Las nuevas formas de comunicación diseñadas por la tecnología instauran dimensiones novedosas para presenciar el mundo y relacionarnos con él. Una amplia gama de elementos se dispone para que cada uno los administre, en que cada cual funde y mezcla según los propios descubrimientos y vivencias.

Al inicio de este capítulo hemos planteado que la pregunta por la identidad pasa inicialmente por la identificación de un otro. Lo que hemos expuesto es una serie de elementos que articularían los encuentros con esa otredad, una serie de fuentes de encuentros que se viven en coresidencia, historias que nos son contadas desde el pasado, comunicaciones deslocalizadas, realidades sólo imaginadas, y todo un cúmulo de experiencias que forman parte del repertorio con el cual se entiende y se comunica con su entorno la población isleña.

Las fronteras de esos encuentros nos señalan que el territorio isleño se compone tanto de los encuentros entre sus asentamientos y de todos los puntos que son conectados a través de los itinerarios de sus habitantes y que a través de ellos se produce comunicación. Si la comunicación entre los asentamientos de la Isla que define el plano de lo local, son las comunicaciones a partir de los itinerarios los que señalan lo extra-local. Su curvatura espacial

agrupa todos los espacios que se experimentan y que cumplen con alguna función significativa en la vida social.

No obstante, si es que no se pudiera identificar un punto, como parte de este conjunto de lugares, desde donde se coherentizan todas estas experiencias, cada encuentro o desencuentro se entregaría a un devenir de experiencias fragmentarias, incapaces de ser significadas en su conjunto. La Isla Santa María para sus habitantes, es el punto desde donde se sale y se llega de estos encuentros, es el lugar que permite coherentizar cada uno de estos trayectos, imaginarios o reales, que los dispone a partir de una forma para darles sentido. Los contenidos de este *lugar*, son en gran medida, los que han sido traficados en cada una de estas prácticas, lo cual refuerza su cualidad de entregar un plano que conecta y clausura, que jerarquiza y ordena el permanente movimiento.

CONCLUSION

La pregunta que ha guiado el desarrollo de esta tesis es sobre la construcción de un lugar, un territorio particular desde donde el sujeto se piensa a sí mismo y al mundo. Ahora a modo de conclusión, planteamos articular los elementos que hemos puesto en discusión en el transcurso de este trabajo para dar cuenta de la experiencia particular de la Isla Santa María, y a través de ella, poder reseñar una forma de comprensión de este fenómeno en general.

La exposición de nuestro denominado actual campo de fuerzas, ha tenido por objeto delinear los elementos, que consideramos ineludibles, en la búsqueda de una respuesta a la pregunta de esta tesis. En efecto, la puesta en contemporaneidad a la que dispone la globalización, edifica un espacio y un tiempo marcados por el flujo y la simultaneidad. Las fronteras de los territorios se anulan o desdibujan a partir de la circulación, los nuevos horizontes espaciales se amplían a través de la comunicación de territorios lejanos y ajenos, y en este ejercicio los territorios locales que cercaban a una tradición particular son puestos en esta copresencia de diversidad. Es en este contexto que se presenta la hipótesis respecto a la desaparición del *lugar*, en cuanto la articulación de un tiempo y espacio particular pierde sentido al no dar cuenta de los elementos diferenciadores que se ubican en el centro de la construcción de toda identidad. La desaparición del *lugar* se expresaría en identidades desterritorializadas.

Aventurando una distinción entre las crisis de identidad de la modernidad y de la posmodernidad, como sensibilidad epocal donde se enmarcan todos estos procesos, podríamos plantear que la primera se relaciona con la 'tragedia del desarrollo', es decir, el avance de las fuerzas de la modernización que destruyen las formas tradicionales de legitimidad social y de estilos de vida para ser reemplazadas por nuevas estructuras sometidas al permanente cambio. Mientras que el de la posmodernidad se relaciona más con el sentido de pertenencia, el problema aquí dice relación con el desarraigo; 'no sé adónde pertenezco'. La circulación transnacional de miles de migrantes, la movilidad permanente de los habitantes

urbanos al interior de la ciudad y los desplazamientos de población por temporadas, instalan un nuevo escenario de movimiento y circulación de las gentes y sus culturas. En efecto, la desaparición del *lugar* se encuentra entonces, en el corazón mismo de la crisis de identidad.

No obstante, la contemporaneidad que exacerba la movilidad y el encuentro, es bien definido por la noción de heterogeneidad multitemporal, pues ésta justamente alude a la copresencia e interacción generalizada de diversas tradiciones. En este sentido, más que abogar por una desaparición, lo que hemos identificado es una transformación en la edificación del *lugar*, una nueva noción que acoge nuevas concepciones de territorio para vincularla a la formación de una identidad, compuesta por materiales locales, nacionales y transnacionales.

La Isla Santa María forma parte de este escenario contemporáneo, la precisión de una clásica distinción entre sociedad tradicional / moderna, como si la primera se configurara en relación a una resistencia o marginalidad de estos procesos, o en su contrario, se sumara de lleno a ellos borrando toda huella de historicidad local, pierde pertinencia. Lo contemporáneo se trata de un campo que ejerce fuerza sobre cada grupo social para la definición de sus sentidos de pertenencia e identidad, y precisamente reedifica estas nociones a partir de un vasto repertorio de combinación de intensidades y de resultados heterogéneos. De mantener la obstinación, podríamos proyectar esta discusión en función de otra dicotomía, a saber; residencia o movimiento. Entendiendo como si la primera fuera la única condición para la configuración de un lugar particular y la emergencia de una identidad y como si esta permitiera una protección de lo local frente al desorden de lo global. Al tiempo que el movimiento nos condena a la actual experiencia de desarraigo, actuando ambas dimensiones de manera excluyente.

Lo cierto es que nuestra investigación respecto a la experiencia en la Isla nos presentó otro tipo de relación, pues ambas dimensiones más bien se articulan como si se tratasen de dos caras de una misma moneda. Lo cual instruye que la residencia requiere del movimiento, lo contrario en el actual contexto significaría la degradación hacia una forma muerta, como dice Balandier, porque como ya nos es evidente, la globalización o el encuentro generalizado es inevitable, por lo que la marginación de ella, acaso fuera posible, implicaría una inevitable

extinción de lo propiamente local, al no contar con herramientas para enfrentar la nueva contingencia que se cierne sobre él.]

Plantear estas afirmaciones puede resultar un tanto extemporáneo, pues la discusión entre residencia / movilidad se desarrolla desde el tiempo de los círculos culturales y el difusionismo, de hecho, en estos términos es una discusión clásica. Ahora bien, sin duda que las características de aceleración actuales de este proceso, así como una serie de nuevos elementos que hemos intentado reseñar en el desarrollo de este trabajo, hacen pertinente la atención sobre una pequeña comunidad, como resulta ser la Isla Santa María, y revisar sus particulares estrategias con las cuales articula lo local con lo extra-local, en sus prácticas de residencia y movilidad, y que a partir de ella configura un territorio.

Encaminemos una salida para este asunto con algunas preguntas que permitan ordenar estas conclusiones. ¿Existe una identidad “Isleña”?, o en términos más precisos; ¿Podríamos afirmar que la Isla Santa María se constituye en un *lugar*? ¿Cuál es el territorio que articula?, ¿Cómo vincula lo local con lo extra-local?. Para estas preguntas presentamos dos posibilidades que extreman los argumentos en el ámbito de lo local y en el de lo extra-local.

1. La Isla, su comunidad vinculada a un territorio y una historicidad, es una formación cultural en que persiste un imaginario que la entiende como una unidad, en la cual se desarrollan modalidades de resistencia, tal como plantea Castells, para mantener la significación del mundo en el ámbito de lo local. En este sentido, lo extra-local (global) o el universo simbólico que se despliega a partir de la circulación, se erige en términos excluyentes para la experiencia identitaria isleña. Es la experiencia de permanencia en la Isla la que entrega las categorías que señalan fronteras entre lo propio y lo extranjero, las formas para significar el pasado, comprender el presente y proyectar un futuro.

En este ámbito las distinciones que se establecen entre los asentamientos de Puerto Sur y Norte son significativas. A partir de este ejercicio de extremar las miradas de sí mismos dentro del territorio de la Isla, trasladan el mundo a su Isla. En ella es posible identificar racionalidades y moralidades en tensión, formas de entender la vida en comunidad y las

personalidades cargadas de diferencias. No obstante, es necesario señalar la inexistencia de valoraciones absolutas que realizan los unos y los otros, más bien se comprenden como expresión de la diversidad que convive en un mismo territorio, y que más allá de ello, sobre todo se necesitan para hacer posible la vida en la Isla. Aquí la acción de tejido de la cultura local se expresa a partir de la segregación de los espacios y de su gente, para posteriormente generar nuevos vínculos, para volver a unir y comunicar sus partes, y configurar de esta manera la Isla como una unidad.

El incidente de las áreas de manejo de recursos grafica de manera apropiada esta relación. A partir del proyecto que planteaba desarrollar protección al molusco *loco* se establece un choque de estas dos comunidades, la actitud de ambos segmentos es plenamente comprendida dentro de las características que se atribuyen entre la gente de Puerto Norte y Puerto Sur. En este incidente, dichas cualidades se desencadenan de manera conflictiva, no obstante, el momento en que todos los pescadores, tanto del Norte como del Sur, se suman a la acción depredadora del recurso atesorado durante meses, supone una superación efectiva del conflicto, todos participan de la misma práctica, aunque sea a modo de sacrificio, en cuanto es necesario mantener las redes de apoyo entre ambas comunidades como un imperativo para la supervivencia de 'la' comunidad isleña.

Esta dinámica es la que expone al isleño a una identidad particular frente a otras comunidades continentales; la comprensión en la coresidencia de su territorio (segmentado y diverso) y una experiencia temporal compartida (contiene su propia historicidad de solidaridad y conflictos) que completan su experiencia cotidiana. En este sentido, la Isla es un *lugar* dotado de cualidades a partir de las dinámicas de sus fronteras espaciales y sustentada por la experiencia de la coresidencia.

2. La segunda formulación hace referencia a un *lugar* construido con materiales más difusos, y que relevaría la configuración de éste en dialogo directo con el campo de fuerzas contemporáneo. Aquí nos encontramos con la experiencia del movimiento como su condición.

En el transcurso del trabajo de terreno en la Isla, el semblante de la comunidad se asimilaba cada vez más al de los aldeanos de Gosh que al de una comunidad aislada. El frenético movimiento de sus pobladores insinuaba repensar el vínculo entre sus sentidos de pertenencia y su territorio. Los habituales y generalizados desplazamientos que experimenta el isleño, ya sean por motivos laborales, familiares, de estudios o religiosos, se constituyen en fuentes que ponen en juego la configuración de su territorio, en cuanto sus prácticas se desarrollan sobre espacios que exceden los límites de su Isla, dando origen a una serie de encuentros que ponen en relación lo propio con lo ajeno, y al mismo tiempo que redefinen esas fronteras.

La comunidad actual remonta su memoria desde la fiebre del *pelillo* y el asentamiento de la factoría ballenera, acontecimientos que inauguran una nueva etapa de encuentros para ella. Particularmente en el primero, se percibe un momento preciso en que la identidad forjada por generaciones de residentes isleños parece quebrada por el arribo de los migrantes que irrumpen en ese otrora apacible territorio, más bien se experimenta una aceleración de las relaciones con lo extra-local que incide en los procesos de formación de identidad, delineado por esa dinámica incesante del encuentro con 'otros' a partir de los viajes y los itinerarios isleños.

Bajo esta concepción nos encontramos con una comunidad que se desperdiga en cada uno de los lugares en que se establece formando binomios que podríamos señalar como Isla / Coronel o Isla / Lota. Como si se tratasen de distintas expresiones como producto de un territorio isleño que no está delimitado por la línea de la playa de su Isla, sino más bien está constituido por todos y cada uno de los puntos donde se establecen nexos de intercambio y comunicación.

Ahora bien, identificadas estas dos configuraciones, requerimos ponerlas en relación. Para ello, en el plan de lectura, habíamos trabajado sobre la idea de un dispositivo que nos permitiera poner en juego ambas dimensiones; la de lo local y lo extra-local. Este dispositivo se identifica con la figura del viaje, en cuanto concreta prácticas de itinerarios y de movimiento y los relaciona a una residencia.

La primera característica de este dispositivo se refiere a su condición colectiva. La práctica de itinerar por parte de los isleños, en primer término, es una experiencia a la que todos sus habitantes recurren, por motivos y duraciones diversas. En segundo lugar, esta práctica no puede ser entendida como experiencias de viaje que se realizan bajo la lógica del no-lugar, en cuanto serían experiencias individuales, itinerarios personales que en su adición resultan un cúmulo de referencias fragmentarias. Debido a que la significación colectiva de estos itinerarios se producen en cuanto las conexiones que se realizan siguen un mismo conjunto de puntos. Nos referidos a los enclaves familiares que se desarrollan en Lo Rojas y en San Vicente, en los destinos de estudio de Coronel y Concepción, en los centros laborales dispuestos en el Golfo de Arauco y en las iglesias hermanas asentadas en el continente. Estos trayectos compartidos, y ya normalizados, permiten una adecuación de una curvatura de grado cero en cada uno de los espacios a los que el isleño viaja de manera habitual. Esto último da pie para plantear la segunda característica de este dispositivo que refiere a la configuración de un territorio.

En este sentido, los itinerarios constituyen un territorio en cuanto se componen de una serie de puntos enlazados, vinculados, ligados entre sí que permiten la comunicación entre ellos a partir de las prácticas de trayectar que realiza el isleño. La particularidad del trayecto es que contiene un punto de salida y otro de llegada, en este caso siempre es la Isla, y es partir de ella que se configura una red de significados, en virtud de un orden de posibilidades articulado por la cultura isleña. En estos términos el discurso identitario es el resultado de un recorrido por todas las caletas, pueblos y ciudades en las cuales el isleño articula prácticas, y será en función de ellas que consolida un territorio.

El viaje isleño, permite la interacción entre lo que hemos denominado como lo local y lo extra-local, abre la experiencia colectiva generada en los límites de su Isla hacia los puntos que son trayectados, dando origen a un nuevo territorio colectivo. Por ello las prácticas de residencia y movimiento surgen como inseparables, no refieren en ningún caso a fenómenos excluyentes. De lo contrario se dificulta la comprensión de la residencia cuando hablamos de comunidades insertas, por ejemplo, en economías del movimiento, tal como inscribe la

dinámica del trabajo de la pesca y recolección del marisco. A su vez, el movimiento, independiente a prácticas de residencia se constituye en mero flujo y circulación.

La función de lo local, la Isla y sus dinámicas, dentro del dispositivo, se sitúa como el punto de salida/llegada que permite la generación de un orden para la comunicación. En efecto, lo local asume una función de catalizador de lo extra-local, la función sintagmática del itinerario permite configurar unidades de sentido.

En la actualidad algunos autores han planteado que es el ámbito local donde se resuelven las tensiones con lo global. La noción que surge de esto es la *glocalización*¹, en cuanto son las configuraciones particulares que se establecen desde lo local lo que prevalece en esta relación. Por ello, las capacidades con las que cuente esta dimensión local para plantear una unidad, particularmente la Isla, haciendo énfasis en sus diferencias internas, segregando y ligando sus espacios, le dota de un grado de fortaleza para articular los itinerarios que la comunican con lo extra-local.

Ahora bien, a partir de la proyección de un fenómeno que pondría en jaque el poder de la Santa María para vincular su territorio a través de los itinerarios, revisaremos otra forma de articulación de un territorio utilizando los mismos conceptos que hemos trabajado.

En el último capítulo se expusieron las diferencias internas que se construyen en la Isla, básicamente entre ambos asentamientos, a partir de las diferencias que se atribuyen a sus personalidades y comportamientos propios de uno y otro. El orden social que articula la cooperación y la competencia es desbordado por esa diferencia a través de la figura del conflicto, tal como veíamos en el caso de las áreas protegidas. Antiguos conflictos que instauraban la incomunicación entre ambas comunidades eran desplazados a un campo simbólico. La restitución del orden devenía por medio de la competencia simbólica expresada en los campeonatos de fútbol y en la cooperación ritual expresadas en las actividades católicas, tales como la celebración de San Pedro; y como prácticas de cooperación-

¹ Este concepto fue enunciado en un trabajo conjunto entre J. Borja y M. Castells y ha tenido una importante difusión. (Borja, J. y Castells, M. Lo local y global; *La gestión de las ciudades en la era de la información*, UN Center Human Settlements, Istanbul, 1996.)

competencia surgían las actividades de la semana isleña, a través de concursos y fiestas en que participaban toda la comunidad, incorporando incluso a los que residen en el continente. Podemos señalar que estos eran los mecanismos por los cuales la cultura volvía a conectar lo comunicado.

Una proyección de la actualidad nos presenta otro escenario respecto a esta dinámica de articulación interna. En parte por la influencia del pentecostalismo que tiende a generar grupos articulados exclusivamente por la dimensión religiosa, y en parte por la consolidación de asentamientos en el continente con los cuales se vinculan diferenciadamente ambas caletas. El orden local se restituye a partir de escasas expresiones, en general, sólo de identificar con claridad en lo que se refieren a las tragedias y accidentes que sufren los isleños. Pero además de ellas, ya no hay fiestas en conjunto, ni partidos de fútbol, a la vez de la existencia de una comunidad ritual excluyente. De esta manera los vínculos se restituyen, principalmente, en el trabajo en el mar, ya sea en la Isla o en el continente. Esta carencia actual de mecanismos de integración ha dejado con poco contrapeso a un tipo de vínculo contractual, donde prima la racionalidad instrumental, en los cuales sus participantes son de tipo individual e intercambiables, además de operar solo para los hombres. Por ello planteamos que la dimensión local de la identidad Isleña podría estar experimentando un debilitamiento, arriesgando tal vez en un futuro próximo su función glocalizadora, de referente primero que permite articular el recorrido de su discurso identitario.

Si bien este proceso no aún no logra consolidarse, nos puede llevar a hipotetizar respecto a una inevitable y continua fragmentación de la Isla como territorio local. Lo que encontraríamos ahí entonces, con un poco de ficción, más que la desaparición del *lugar*, sería la emergencia de una serie de *lugares* que articularían identidades con diversidad de territorios, como por ejemplo; Puerto Sur con Lo Rojas y Puerto Norte con San Vicente. Este proceso sería una forma de expresión de la preponderancia del movimiento por sobre la residencia.

Ahora bien, si volvemos sobre la noción de residencia podemos desarrollar otro elemento de esta proyección especulativa. Lo que se encuentra en juego a partir de esta relación con el

movimiento es una relocalización de la residencia. Podríamos plantear que los nuevos *lugares*, como producto de la fragmentación, al dar cuenta de la existencia de identidades isleñas del tipo arriba señaladas, lo que podrían estar indicando es un cambio de residencia de la dimensión local, de la función glocalizadora. Esta idea de relocalizar residencias se asemeja en algo a la figura de la diáspora, en la cual se constituyen comunidades de identidad a partir de nuevas residencias, se realiza un proceso de traslado de elementos sociales, políticos, económicos, etc., desde un 'origen' a otro lugar, no obstante el resultado de ello, es el desarrollo de curvaturas espaciales particulares de ese grupo en ambos territorios. Sin embargo, a diferencia de las poblaciones en diásporas, los isleños sometidos a la aceleración de su movimiento adoptarían prácticas de multi-residencialidad.

Las múltiples residencias estarían albergadas por un solo territorio que las agrupa, ligadas por los viajes y sus itinerarios. Frente al problema de la identidad en versión de multi-residencialidad no tiene sentido preguntarse por ese núcleo identitario - si es preciso decirlo así - que los isleños llevan consigo cuando viajan y residen temporalmente en otros lugares.

La identidad más que estar compuesta por elementos inalterables, esta compuesta por una serie de prácticas - normas, valores, conocimientos, etc. - que se actualizan, se recuerdan y ejecutan, y que finalmente se concretizan en una particular curvatura espacial. Pues bien, planteábamos que la identificación de una dimensión local permitía otorgar un orden de posibilidades a estas prácticas, frente a su debilitamiento y bajo esta condición de múltiples residencias, el *lugar* isleño adoptaría una morfología de red. Donde básicamente su principal característica es la inexistencia de una jerarquía. Es decir, la condición de residencias múltiples sería la mejor expresión, la más pura por llamarla así, de un lugar construido por la itinerancia, el movimiento y la circulación. Donde ninguna de las residencias goza de la exclusividad en las funciones de la dimensión local, pues al estar en red, efectivamente la distinción entre lo local y lo extra local no tiene sentido, y por lo tanto la función glocalizadora no existe.

Si bien lo anterior refiere a una especulación, pues el lugar isleño lo hemos identificado a partir de la figura del viaje y su ejercicio de combinación de prácticas de residencia y movimiento, para profundizar en el actual desarrollo de esta experiencia sobre la comunidad,

reconocemos una deficiencia en términos metodológicos. La idea de viajar a la Isla para co-residir con su comunidad, para describirla y analizarla, es en sí misma una concepción que requiere ser revisada en el ámbito de la práctica etnográfica: ¿viajar para co-residir con otros viajeros?. Frente a la sorpresa de la movilidad del isleño, y de su importancia para establecer su *lugar*, una identidad territorializada, esta estrategia requiere ser replanteada. El desarrollo de ésta podría develar interesantes elementos, para lo cual debiera ser trabajada sobre grupos sociales que, hipotéticamente, ya experimentan este fenómeno. Más, ellos sólo podrían ser abordados desde una estrategia de trabajo de campo que contemple la 'co-residencialidad múltiple' como base de su procedimiento metodológico y no sólo como su extensión.

Finalmente, hemos arribado al término de este trabajo de investigación con la convicción que hemos logrado articular una tesis respecto a una contemporánea forma de comprender el vínculo entre la identidad y el territorio a partir de la noción de *lugar*. ?

El *lugar* isleño es absolutamente contemporáneo, combina prácticas de residencia con movilidad, su *lugar* no sólo lo constituyen sus asentamientos bien dispuestos en sus costas, también forman parte de él Lo Rojas en Coronel, el puerto de San Vicente, y también en menor medida las caletas del Golfo de Arauco, y algunas del Norte y del Sur, como Caldera y Chiloé. Un territorio amplio que se conecta a través de los viajes colectivos, de historias personales que cada uno experimenta y que logra coherentizar en el permanente retorno a su Isla.

La experiencia cotidiana ya no radica los materiales de su identidad en la permanencia y límites bien dispuestos, más bien busca y consolida en las experiencias de encuentro una forma de significar. Al contrario de lo que postula el romanticismo de volver a la comuna, a las raíces étnicas o religiosas para encontrarnos de cara con nuestra historia, que permitan significar el presente y proyectar un futuro, la sociedad contemporánea, al igual que nuestra Isla, debe explorar en estos nuevos materiales una forma de entenderse a sí misma. En el proceso de selección y conexión, en el tejer una red de significados que permitan abrirse y comprender la experiencia transcultural, esa que esta compuesta por materiales disímiles, pero de la cual ningún grupo social ya puede desertar.

La realización del trabajo de campo en la Isla Santa María, tenía por objeto extremar la idea de la generación de procesos identitarios exclusivamente emanados de sus fronteras geográficas, por el contrario, nos encontramos con una figura inversa, pero con la misma fuerza ilustrativa. Si el mar representó en el transcurso de mucho tiempo, el espacio y su práctica de navegación, la experiencia del encuentro y de la generación de nuevas comunicaciones, hoy en día ese espacio se ha invisibilizado por los viajes aéreos y la comunicación satelital como imperativos de velocidad². No obstante, nuestra Isla, y quizás es en este exclusivo sentido es que podríamos tener una lectura 'tradicional' de ella, se comunica con el mundo y experimenta el encuentro en virtud del mar que la circunda, al que equivocadamente se le podría atribuir su confinamiento y aislamiento.

² Taussig, M. *The beach (a Fantasy)*, www.uchicago.edu/research/inl-cnt-inp/26.2/taussig/html, 15/03/2002.

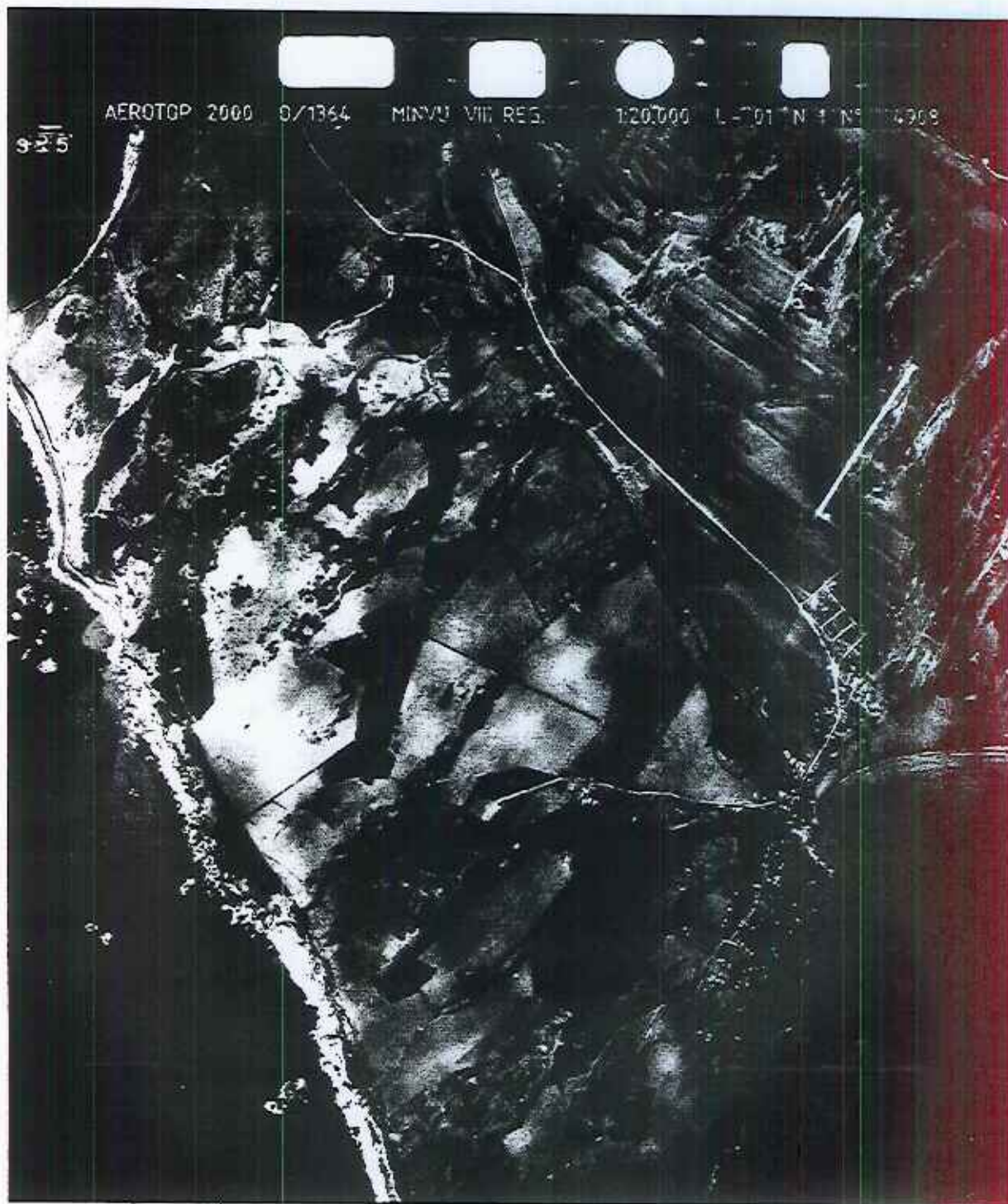


Fig. 15. Foto aérea de la Isla en el sector Sur.

BIBLIOGRAFÍA

- Amendola, G., *La città posmoderna; Magie e paure della metrópoli contemporanea*, Laterza, Roma, 1997.
- Augé, M., *Los lugares y 'no lugares' Espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona, 1994.
- Augé, M., *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Gedisa, Barcelona, 1995
- Augé, M., *El viaje imposible; el turismo y sus imágenes*. Gedisa, Barcelona, 2001
- Balandier, G., *El Desorden: La teoría del caos y las ciencias sociales*, Gedisa, Barcelona, 1997
- Baudrillard, J. *La transparencia del mal: Ensayo sobre los fenómenos extremos*, Anagrama, Barcelona, 1993.
- Berman, M., *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI, México, 1998
- Borja, J. y Castells, M. *Lo local y global; La gestión de las ciudades en la era de la información*, UN Center Human Settlements, Istanbul, 1996.
- Brünner, J., *Globalización cultural y posmodernidad*, Fondo de cultura económico, Chile, 1999.
- Castells, M., *La ciudad informacional; Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano regional*, Alianza, Madrid, 1995.
- Castells, M., *La sociedad informacional: la sociedad Red*, Alianza, Madrid, 1999,
- Clifford, J., *Itinerarios Transculturales*. Gedisa. Barcelona, 1997
- García Canclini, N., *Culturas Híbridas; Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijaldo, México, 1989
- García Canclini, N., *Imaginario urbanos*, Eudeba, México, 1997
- García Canclini, N., *La globalización imaginada*, Paidós, México, 2000
- Geertz, C., *Tras los hechos: dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Paidós. España, 1996
- Hannerz, U., *Conexiones transnacionales; culturas gentes y lugares*. Cátedra, Madrid, 1998.]

- Harvey, D., *La Condición Posmoderna*, Amorrortu, Madrid, 2000
- Jameson, F., *El Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona, 1984
- Lévi-Strauss, C., *Tristes Trópicos*, Piados, 1997
- Lynch, D., *La imagen de la ciudad*. Infinito, Buenos Aires, 1966]
- Lyotard, J-F., *La condición posmoderna*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1993
- Nogueira, L., *La risa del espacio; El imaginario espacio temporal en la cultura contemporánea*, Tecnos, Madrid, 1997]
- Sassen, S., "Ciudades en la economía global: perspectivas teóricas y metodológicas", *EURE*, Santiago, núm. 71, 1998
- Sennett, R., *Carne y Piedra*, Alianza, Madrid, 1994
- Serres, M., 'Discurso y recorrido' en *La identidad*, Petrel, Barcelona, 1981
- Signorelli, A., *Antropología urbana*, Anthropos, México, 1999
- Stewart, J., "El concepto y el método de la ecología cultural" [1955] en *Antropología; Lecturas*. Mc Graw-Hill. España, 1993
- Taussig, M. *The beach (a Fantasy)*, www.uchicago.edu/research/inl-cnt-inp/26.2/taussig/html, 15/03/2002.

